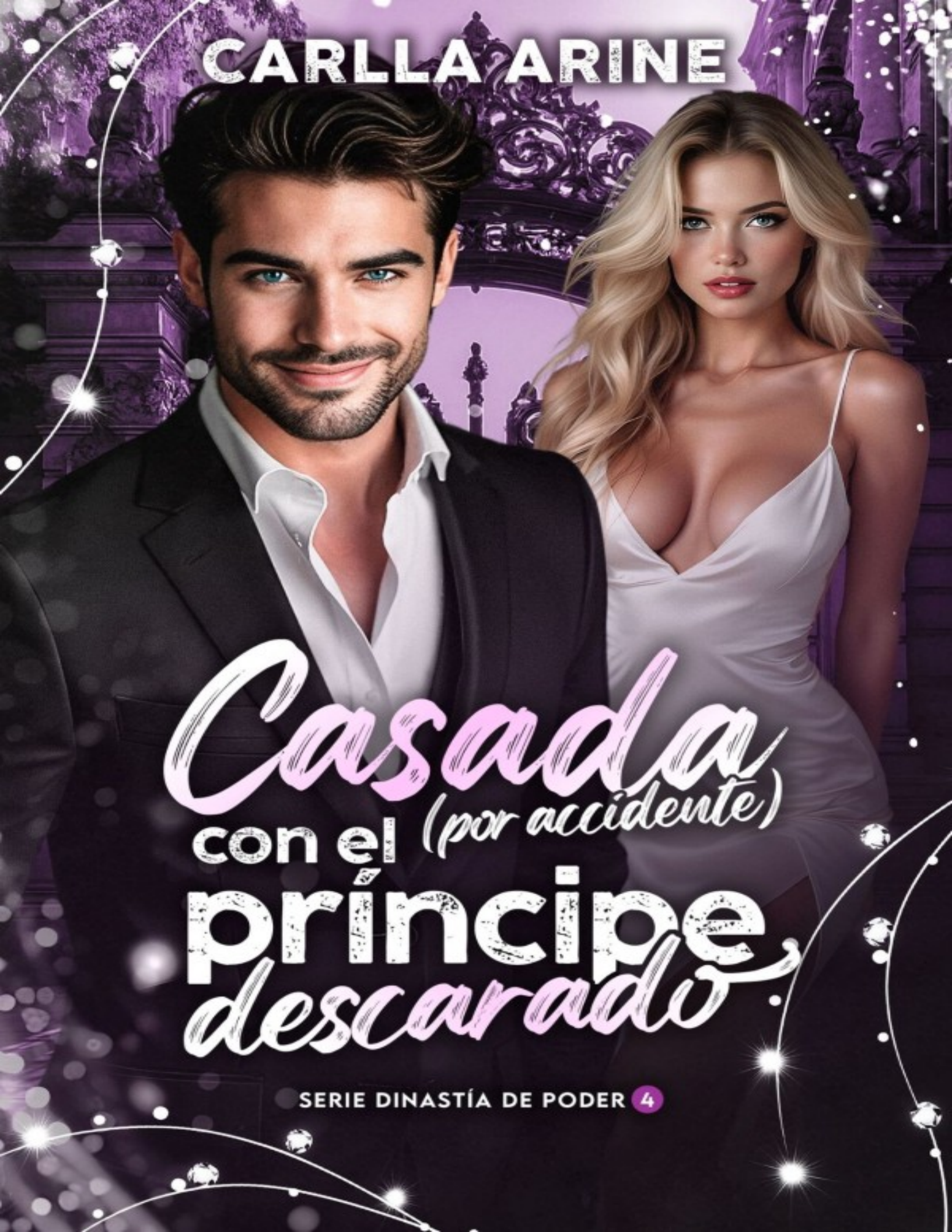
CARLLA ARINE



Casada (por accidente) con el príncipe descarado

SERIE DINASTÍA DE PODER 4

Casada (por accidente) con el príncipe descarado

SERIE DINASTÍA DE PODER 4

CARLLA ARINE

Copyright © 2025 – Carlla Arine
Portada: Sarom Designer
Lectura Beta: Carla Freitas
Maquetación Digital: Carlla Arine
Revisión: Alves Souza
Traducción: Antonia Maria

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas o hechos reales es mera coincidencia.

CASADA (POR ACCIDENTE) CON EL PRÍNCIPE DESCARADO

1.ª Edición
2025

Todos los derechos reservados.

Está prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio — tangible o intangible — sin el consentimiento escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Sinopsis
Nota de la autora
Mapas De Los Reinos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo Bônus
Epílogo
Epílogo
Agradecimientos
Sobre La Autora
Otras Obras
Redes sociais

Sinopsis

Nunca fui el tipo perfecto.

¿Canalla? Sin duda.

¿Guapo? Sin falsa modestia. Soy el príncipe Lucius Stell del Reino de Diamántia.

¿Comprometido? Ni en sueños.

Sin embargo, cuando era más joven, hubo una chica que puso mi mundo de cabeza: América Feitag.

Pero se fue sin darme la oportunidad de un adiós… y nunca logré sacarla de mi cabeza.

Años después, lo improbable sucedió.

En una noche alocada en Las Vegas, desperté con un anillo en el dedo y casado con la mujer a la que siempre quise llamar mía.

Esta vez, ella no tiene a dónde huir. Y yo no tengo arrepentimientos.

En cuanto a América…

Inexplicablemente, despertó sin recordar el motivo por el que ahora lleva mi apellido.

Ahora está decidida a anular nuestro matrimonio, mientras lucha contra lo que siente por causa de cierto secreto que aún desconozco.

Pero la verdad es que, cuando la pasión estalla entre nosotros, ni ella consigue ocultar la verdad:

Entre nosotros, nunca existió el control. Solo deseo, locura y un sentimiento que ni el tiempo logró borrar.

Esta vez, América no tiene escapatoria. Excepto hacia mis brazos.

Nota de la autora

Hellou, mis lindas.

Tardó, pero por fin llegamos al final de Dinastía de Poder.

Lucius y América lo dieron todo y ustedes van a reír y suspirar con la historia de amor del último príncipe soltero de los Stell.

Ahora, vamos con los avisos.

Bien, esta deliciosa comedia romántica forma parte de la serie Dinastía de Poder, que cuenta con tres libros publicados y todos están disponibles en Amazon. También hay historias relacionadas, que son las novelas: Embarazada del juez que me rechazó y Mi mejor regalo.

Importante: aunque se trate de realeza, no es fantasía y mucho menos una historia de época. Chicas, ellos se casan en Las Vegas, no hay manera de que todo esto sea en el pasado.

Ahora, sobre América. Ella es mencionada en el primer libro de la serie, pero también aparece en las historias Mi mejor regalo y Una farsa de amor. Es la amiga de las protagonistas Grace y Amber.

Hablando de eso, en la historia notarán que transcurre en el intervalo de dos obras, y así es en realidad. Lo hice al revés: empecé con Grace, luego fui con Amber y cerré con América y un príncipe canalla.

Hay algunas preguntas que no serán respondidas en este libro, pero lo harán en un futuro muy próximo, así que… ríndanse a otra historia del ArineWord que les divertirá enormemente.

También me tomé la libertad de usar el término de realeza estándar "Majestad". No es un error, fue una elección de la autora.

¿De acuerdo?

Ahora les deseo una muy buena lectura.

Mil besitos.

Mapas De Los Reinos



Dedicatoria

Para todas aquellas que se vieron atrapadas en sus propias historias.
¡Les deseo un gran y maravilloso despertar!

Prólogo

América

Años antes…

—¿De verdad tienes que irte, América? —se queja mi novio, intentando atraerme de nuevo a la cama.

Me río, aún desnuda, sintiendo sus brazos subir por mi cintura hasta alcanzar mi seno.

—Sabes que podemos continuar donde lo dejamos, ¿verdad? —susurra ronco en mi oído, haciéndome desear exactamente eso.

Pero no puedo.

—Lucius, sabes que ya me he quedado demasiado tiempo en tu habitación —le recuerdo, a regañadientes—. Dentro de poco mamá vendrá a buscarme y…

Él besa mi hombro con ternura.

—Lo sé… —suspira—. Pero me encantaría que fueras solo mía.

Me doy la vuelta en la cama, encontrándome con sus intensos ojos azules, del color de un cielo que solo Diamántia tiene. Esos ojos que todo el mundo reconoce como herencia de la reina Joan. Su cabello es oscuro como la noche. Dios mío… mi novio es demasiado guapo.

—No quiero salir ahí fuera —confiesa, cabizbajo—. Después de todo lo que pasó…

Toco su rostro, sintiendo el peso de ese momento. Diamántia está hecha un caos y los atentados contra la familia real han puesto a todos en alerta. Nadie sabe con certeza quién está detrás. Ni

siquiera la habitación de Lucius fue salvada, pues fue una de las dañadas por una bomba y, desde entonces, todo cambió.

Corrí a sus brazos en cuanto me enteré e hicimos el amor como si el mañana fuera incierto. Porque tal vez lo sea. Y ahora, en el silencio que sigue, lo último que quiero es dejarlo.

—Te amo, mi Serena.

Sonrío, enamorada del apodo que me dio. Porque, incluso con las discusiones constantes con sus hermanos mayores, yo siempre fui su calma. Mi novio es el más joven de los príncipes… y el más guapo de todos también.

—Yo también te amo, Confusión.

Me acoplo a su cuerpo y lo beso con todo lo que llevo dentro. Él se aparta un poco.

—Voy a coger otro preservativo del cajón —dice, levantándose.

En menos de dos minutos, vuelvo a sentirlo llenarme, sin prisa, profundo, con una intimidad que solo él conoce. Un gemido escapa de mis labios cuando embiste más hondo.

—Mi preciosa… —susurra, besándome sin dejar de poseerme.

Lucius conoce el camino de mi placer, y su toque en mi clítoris me hace visitar las estrellas de tanto éxtasis. Y cuando me coloca sobre su cuerpo, cabalgo sobre su miembro con ganas, sintiendo cada embestida con intensidad.

Sus dedos aprietan mis pechos y una palmada en mi trasero me hace jadear. Mi cuerpo se contrae a su alrededor cuando llego al orgasmo, llamando su nombre en medio del placer.

Tardo unos segundos en recuperar el aliento, pero pronto vuelvo a moverme, hasta que él también alcanza el clímax.

—¡Joder, Serena! —exclama, aún jadeante, atrayéndome a sus brazos—. Por eso eres la mujer de mi vida.

Sonrío, acariciando su pecho.

—¿Prometes que serás solo mío, Confusión?

—Prometo que tú serás, para siempre, mi princesa.

Lástima que, momentos después, toda nuestra historia se hiciera polvo.

Capítulo 1

América

Tiempos actuales...

—Espero que hayas elegido tu mejor vestido, América. Tienes que estar como una maldita diosa también, igual que la exnovia —empieza Grace, sin pelos en la lengua.

Como siempre.

Suelto un bufido, resignada.

—Pero me parece tan raro hacer una despedida de soltera… y seguir soltera, amiga —comento, intentando ignorar la incomodidad—. Rebeca no se merecía…

—Mira. —Se gira hacia mí con esa mirada de sabiduría cínica —. De hombres inútiles tengo un doctorado. Y la mejor forma de librarse de uno así es simple: te sientas sobre otro más bueno. Y que tenga una buena polla. Esa es una regla que jamás puedes ignorar.

Pongo los ojos en blanco, riendo.

—Amiga, deseo fervientemente que te cases con uno así y que tenga… un gran instrumento.

Ella se echa a reír.

—¡Acepto la profecía!

Sigo organizando mis maletas, separando algunas cosas que se habían quedado en casa de Grace mientras terminamos de alistarnos para el viaje. Vamos rumbo a Las Vegas.

Si Grace ya está loca en Nueva York, imagínate en la ciudad del pecado.

—Lástima que Amber acaba de dar a luz… si no, podría venir con nosotras —comento mientras doblo una blusa.

Grace sonríe, metiendo unas botas en la maleta.

—¿Con esa barriga que parecía un planeta entero? ¡Imposible! Pero, seamos sinceras, esos gemelos son lo más tierno del mundo. Y consiguió atrapar al tío más guapo de la universidad, ¿no?

Suelto una risita, recordando la historia tan bonita y algo caótica que Amber y Henry vivieron. Empezó con un noviazgo falso, pasó por un drama intenso y terminó con amor verdadero, boda y niños.

—Deben de estar volviéndose locos con dos bebés llorando al mismo tiempo —dice Grace, riendo mientras busca algo en el cajón.

—Totalmente. Si un bebé ya da trabajo, imagínate dos. Menos mal que nacieron después de la boda… y que las familias de ambos están ayudando.

Grace se gira hacia mí con esa mirada que conozco demasiado bien. Aquí viene bomba.

—Sí, pero… hablando de bodas —hace una pausa dramática —. Y aprovechando que dentro de poco ya no estaremos solas… ¿qué fue ese encontronazo tuyo con el Príncipe?

En el acto, mi cara se calienta.

—¿Qué encontronazo? —intento disimular, concentrándome en la ropa, fingiendo una atención absurda a unas bragas dobladas.

Ella pone los ojos en blanco, cruza los brazos y me mira fijamente.

—Venga, América. Cada vez que ves a ese príncipe guapísimo de ojos azules, cambias de tema, desapareces, te quedas callada. Suéltalo. ¿Qué pasó?

Intento escapar, pero sé que no va a funcionar. Con Grace, es misión imposible.

—Grace, yo…

—¿Tú qué? ¿Vas a seguir huyendo? Porque desde lejos ya se nota que hay pasado entre ustedes dos.

Suelto un suspiro resignado. Pensar en Lucius todavía me remueve por dentro. No terminó bien. De hecho, ni siquiera terminó de verdad. Aparte de lo que ya he visto en los tabloides a lo largo de los años —él y sus innumerables acompañantes—, el reencuentro fue un shock.

Pero, indiferente a todo, él simplemente… reapareció, de la nada, como si no hubieran pasado años desde la última vez que nos vimos. Fue una conversación intensa y pensé que lo había convencido de dejarme en paz cuando me encontró por casualidad en la NYU. Pero, si quieres saber, parece que todo se intensificó hasta el punto de que empezó a aparecer con más frecuencia que antes.

Y lo peor: está incluso más guapo de lo que recordaba. Más alto, más fuerte y con ese aire sexy mucho más pulido que cuando éramos adolescentes. Un hecho: los años le han sentado de maravilla y, con solo verlo, me agitó el corazón de una forma que…

—¡América!?

—¡Ay! —me sobresalto, saliendo de mis pensamientos.

—Si no me cuentas aunque sea una línea de lo que pasó, te juro que aquí mismo dejamos de ser amigas, ¿entendido? —amenaza, nerviosa.

¿Dónde está Amber cuando la necesito? Solo ella sabe contener a Grace. Siempre ha sido más sensible, siempre ha respetado cuando decía que no quería hablar.

—No puedo decirlo, porque se trata de un problema familiar —declaro.

—Pero yo puedo guardar el secreto.

—Lo sé, amiga, pero… nadie puede imaginar que este reencuentro ocurrió. Que volví a ver a Lu… digo, al Príncipe.

Cruza los brazos, mirándome como si estuviera loca. Y quizá lo parezca. Sobre todo porque, si contara el motivo de todo esto, parecería una completa locura, aunque tiene una buena razón y… mi madre realmente sabe más. Pero es mejor no revivir el pasado, porque los sentimientos aflorarían y no quiero para nada llorar por todo lo que pasé desde que tenía dieciséis años. Sobre todo ahora que… las redes sociales ya me han confirmado la "linda y primorosa" fama de mi ex, al que no consigo olvidar.

Le tomo las manos.

—Grace, hemos sido amigas desde hace mucho tiempo, pero… sobre este tema, no puedo hablar con nadie. Debería haberse quedado en mi pasado y…

—Entonces el príncipe buenorro reaparece y…

—Mi madre ni debe soñar que él me encontró. Solo espero que esta vez se rinda. Que me olvide de una vez.

Ella me mira con ternura y me abraza.

—De acuerdo. Pero si huelo a príncipe en el aire, te juro que te lo aviso, ¿vale?

—¡Gracias!

La abrazo de vuelta, intentando aferrarme a esta nueva etapa, a este nuevo comienzo. Aunque mi corazón aún desee a Lucius Stell con cada fibra de mi ser… lo más importante es que desaparezca. Que me deje vivir en paz.

***

—Él… acabó con todos mis sueños —lamenta Rebeca, sentada a nuestro lado en el avión—. Teníamos planes que…

Y ahí viene otra oleada de lágrimas.

La abrazo, pasándole la mano por la espalda en un gesto de consuelo. Sé que es difícil. Rebeca Adams es una pelirroja guapísima, de esas que parecen sacadas directamente de un comercial de champú. Fue animadora durante años, hasta que sufrió una caída grave en una de las pirámides del equipo y tuvo que dejarlo.

Como si no fuera suficiente, su prometido, un guapísimo estudiante de intercambio de Corea del Sur, la engañó. Con su propia prima. Y los pillaron en una cena familiar.

Grace me lanza una mirada que dice "una lágrima más y me tiro de este avión sin ni siquiera usar paracaídas", pero, por ahora, finge empatía.

Rebeca continúa:

—Y lo peor… es que todavía tuvo la audacia de publicar una foto con ella diciendo que por fin encontró a su alma gemela. A-L-M-A G-E-M-E-L-A, ¡América! ¡Después de tres años conmigo! Yo ya me estaba preparando para que tuviéramos un hijo. ¡Con tratamiento caro y todo!

Solloza más fuerte. La azafata pasa con el carrito y nos mira con pena.

—Te vamos a ayudar a olvidar a ese desgraciado, Rebeca —digo, intentando sonar firme.

Grace sonríe de medio lado.

—O, al menos, a hacer que se arrepienta amargamente de haber perdido a una pelirroja tan guapa. Empezamos con una secuencia de stories sensuales, unos shots de tequila y, por supuesto, un vestido bien escotado que grite "estoy buenísima". Luego encontramos a unos tíos guapos y seguimos…

—Ay, son las mejores… —Rebeca sorbe por la nariz—. Solo quiero olvidarme de todo esto en Las Vegas…

—Te vamos a ayudar, amiga —dice Grace, ya cogiendo unos auriculares—. Solo recuerda que, en Las Vegas, lo que pasa puede volver casado contigo. Así que disfruta con moderación.

Rebeca pone los ojos en blanco.

—No quiero volver a casarme nunca más en mi vida —declara—. Decido hoy mismo que jamás entrará una alianza en esta mano.

Me río con eso.

—¡Eso es! —celebra Grace—. Somos tres solteras listas para disfrutar de unos días maravillosos e intensos.

—¡Sí! —exclama Rebeca, levantando la mano como si brindara con su propia valentía.

—Porque lo que pasa en Las Vegas… —empieza Grace.

—¡Se queda en Las Vegas! —declaro junto con Rebeca.

Gritamos emocionadas y, por primera vez en días, veo a la exnovia sonreír.

Parece que, ahora sí, tendremos días maravillosos.

Capítulo 2

Lucius

«¿Por qué no me olvidas de una vez, Lucius? No existe la posibilidad de que algún día haya un futuro entre nosotros. Principalmente siendo tú quien eres».

Hace casi un mes desde la última vez que la vi y esas palabras siguen martillando en mi cabeza como si me las hubiera susurrado esta misma mañana.

América.

Mi dulce obsesión.

La única que nunca salió de mi mente desde el instante en que la conocí, siendo aún adolescente. Tuvimos un noviazgo rápido, ardiente, que hacía hervir todo el cuerpo… pero tan repentino como empezó, terminó.

O mejor dicho, ella lo terminó. Porque simplemente desapareció sin decir nada.

Fue durante uno de los periodos más caóticos de la historia de Diamántia. La familia real enfrentaba una serie de atentados misteriosos. Pero, en medio de todo aquel caos, lo que más me destruyó fue descubrir que mi novia había desaparecido.

Le pedí a mi padre, el antiguo rey, que ordenara buscarla. Pero pronto supimos, por los registros fronterizos, que ella, su madre y su hermana se habían marchado por voluntad propia.

Pasé días esperando una explicación. Cualquier cosa. ¿Pero quién dijo que llegó?

El tiempo pasó. La vida siguió, y yo también. Forjé amistades sólidas, como las que tengo con Catherine y Alex, pero siempre faltaba algo. Ella.

Hasta que el destino, o el infierno, decidió jugar conmigo.

Hace algunos meses, estaba visitando una universidad con Alexander Vanderbilt cuando la vi. Rubia. Hermosa. Con esos ojos azules con los que llevaba años soñando. Mi Serena.

Pero el reencuentro fue un desastre. Me miró como si yo fuera un error y escupió cada uno de mis defectos como si tuviera una lista memorizada. Dijo que me había convertido en un frívolo. Y cuando el tema fue "relaciones", bueno… tenía razón.

Me follé a muchas. A varias. A veces, a más de una en una sola noche. Nunca me importó fingir romance. Porque, para mí, solo era sexo.

Pero, con el tiempo, incluso eso perdió la gracia.

Sí, ser el Príncipe de Diamántia abre puertas y también piernas, pero ninguna de ellas era ella. Ninguna me sacaba de mi centro.

Y fue cuando América me dijo que desistiera que lo supe: no voy a hacerlo y, mucho menos, puedo hacerlo.

Tal vez solo quiera una última vez. Una follada con la rubia buenorra que fue mi primera novia. Verla cabalgar de nuevo sobre mi polla como si todavía fuera mía. Después de eso, página pasada. Como todas las demás.

Pero ese recuerdo… necesito revivirlo. O no me llamo Lucius Stell, Príncipe del Reino de Diamántia.

Miro el teléfono. La pantalla muestra la foto que el investigador me envió.

Ella está distraída, junto a sus amigas, Amber y Grace, según el informe. Pero, entre todas, la más hermosa es ella. Mi América.

Esa carita angelical no revela lo mucho que sabe dar placer.

Perdió la virginidad conmigo y me aseguré de enseñarle de la manera correcta.

A mi manera, y fue demasiado intenso y completamente inolvidable.

Lucius: «¿Ya tienes algo?»

Envió el mensaje y espero la respuesta con impaciencia.

Investigador: «Sí, majestad. Ha ido a Las Vegas con una de las amigas mencionadas en el informe que le envié».

Sonrío para mis adentros y mi segundo acto es ordenar que preparen una de las aeronaves de la familia real para mi viaje.

***

—Lucius, ¿qué mierda estás haciendo en Las Vegas? —gruñe Alex al otro lado de la línea.

Claro que tuve que contárselo. Alexander es mi cómplice en las mayores cagadas que he hecho. Pero como decidí ignorar a todos los guardias de seguridad y viajar de incógnito en busca de cierta rubia que conozco desde hace mucho tiempo, alguien tenía que saber la verdad.

—¿Y encima sin seguridad? Los paparazzi te van a encontrar en tres minutos y ya hasta sé en qué va a terminar esta historia...

—Calma. Sé lo que estoy haciendo, Alex.

—A la mierda que lo sabes —replica, seco—. Estás pensando con la cabeza de tu polla. Si fuera tú, tomaría el primer vuelo de regreso antes de hacer una cagada tan grande que ni el rey Liam pueda encubrir.

Pongo los ojos en blanco, impaciente.

—Tú sigue ahí con tus empresas, Vanderbilt. Yo solo estoy detrás de un polvo. Después de eso, vuelvo a mi vida y no se vuelve

a hablar del tema.

Al otro lado, se ríe con sorna.

—¿Y si ella no quiere acostarse contigo? ¿Si te suelta un buen "no"? ¿Qué vas a hacer entonces, Príncipe de Diamántia?

Me quedo en silencio unos segundos.

—Ella ya te conoce, Lucius. Y bien podría mandarte a la mierda. Decirte que no vales nada, que vives detrás de chochos como si fueran tu oxígeno. Lo cual, seamos sinceros… es la pura verdad.

Frunzo el ceño.

—Y hablas como si fueras un santo. No somos tan diferentes, Vanderbilt.

—No hasta el punto de salir de mi oficina detrás de una —lo escucho suspirar—. Nada me saca de mi enfoque. Si quiero a una mujer, la mando buscar, de una forma bien simple.

Vuelvo a poner los ojos en blanco, irritado.

—Si fuera cualquiera, yo también lo haría. Pero ella es… diferente.

Él suelta una risita seca.

—¿Te has enganchado, eh?

—Ni de coña. América es solo mi ex y… tenemos una historia.

Empieza a reír.

—Ya me imagino en qué va a acabar esto —declara.

—Con ella desnuda en mi cama. Simple. Ahora déjame en paz. El investigador solo me pasó el hotel donde está hospedada, pero no la habitación.

—¿Hasta eso querías? Sabes que estás sonando como un acosador, ¿verdad?

—Joder…

—Te lo digo en serio. Si necesitas un abogado para sacarte de la cárcel, ya dejo el número del rey Liam listo. Y él no lo va a resolver de la manera "realmente diplomática" —sigue riéndose de mí.

—Mi hermano no es mi padre, pero que se joda. Sé que esta noche América va a estar en mis brazos.

—Solo si es América del Norte —me pincha—, con una inversión multimillonaria para compensar la vergüenza real que vas a pasar.

—Coño, Alex. Pensé que ibas a ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿Con esta idea absurda? Si fuera tú, estaría en Diamántia disfrutando de la vida… o en Safovia, en una de esas fiestas de Dark Room.

Sonrío de lado, recordando lo buenas que eran esas fiestas. Hasta que me viene a la mente la última vez que estuve allí, cuando llevé a mi amiga Catherine Aurum, que ahora es mi cuñada, porque se quedó embarazada por accidente de mi hermano, Lindon Stell, en una casa de intercambio de parejas.

Vaya con la gente con la que me junto.

—Tengo otros planes y…

Entonces, veo a América y a otras dos mujeres caminando hacia el vestíbulo del hotel. A una de ellas la reconozco como Grace Anderson, pero la pelirroja no sé quién es. Por eso, me escondo detrás de una de las columnas para que ella no me vea. Todavía es muy pronto para eso.

—No voy a seguir insistiendo —dice Alex al otro lado de la línea—. Pero mándame noticias de esta… aventura tuya. Solo espero

no ver tu nombre en los titulares.

—Está bien, Alex. Hasta luego.

Cuelgo sin quitarle los ojos de encima. Pero enseguida me doy cuenta de que puedo ser descubierto y decido dar una vuelta para luego regresar a la recepción. Cuando calculo que ha pasado el tiempo suficiente, entro al vestíbulo y pido la mejor habitación.

Mis inusuales ojos azules llaman mucho la atención y la recepcionista, una morena sonriente de labios pintados, reconoce mi apellido al instante. El apellido Stell… abre puertas.

Y sé bien que, si estuviera detrás de algo más que una cama cómoda, esa mujer me daría todo lo que quisiera.

—La suite presidencial, majestad —dice ella, entregándome la tarjeta-llave con una sonrisa encantadora.

—Solo pido absoluta discreción. Nada de usar mi título nobiliario por aquí. ¿Está claro? —digo, lanzando mi sonrisa ladeada.

Esa que siempre funciona.

Ella asiente despacio, como si estuviera hipnotizada.

Típico.

—¿Puedo ayudarle en algo más, majes… digo, señor Stell?

Sé que no debería hacerlo. Pero ¿quién dijo que resisto una oportunidad fácil?

Claro que no puedo ser directo. A las mujeres les disgusta ser usadas como un medio para llegar a otra. Así que uso una de mis tácticas favoritas.

—¿Puede decirme dónde están los principales locales de eventos? Necesito con urgencia desestresarme.

Ella sonríe y ahora está completamente entregada a cualquier deseo mío.

Puedo tener lo que quiera de esta hermosa, pero común, desconocida.

Capítulo 3

América

—¡Un brindis por mi compromiso que ya no existe! —grita Rebeca, levantando su cuarto shot de tequila como toda una campeona del caos.

Yo ya me he tomado dos, pero si hubiera sabido que ella estaría en este ritmo descontrolado, habría parado en el primer trago. Rebeca está tan desatada que trajo los accesorios de su vestido de novia y nos los puso a Grace y a mí.

Sí. Llevamos un velo improvisado y collares de perlas falsas.

—Me encanta un buen desmadre, pero está más loca de lo que imaginaba, América —susurra Grace en mi oído, acomodándose el tul en la cabeza.

—Lo sé y…

—¿Tu pelo es rubio natural? —una voz desconocida interrumpe y, antes de que me dé cuenta, un tipo extraño toca mi cabello como si tuviera confianza conmigo.

Me aparto, incómoda.

—¡Eh! ¿Qué quieres, loco? —reclama Grace, lista para empujarlo.

Él levanta las manos en señal de rendición.

—Nada, solo… me pareció bonito.

—Tío, ¡deja de molestar a las chicas! —Otro hombre aparece detrás de nosotras, encarando al primero con hostilidad.

—Vale, paro.

Ambos se alejan, discutiendo entre ellos, y salen por la puerta trasera. Grace y yo nos miramos con alerta, intentando

entender qué fue eso. Pero antes de que podamos decir algo, Rebeca regresa, tropezando con sus propios pies y empujándonos dos shots en las manos.

—¡No están celebrando conmigo! ¡Brindemos por la libertad!

Sin pensarlo demasiado, aceptamos. Por solidaridad, por impulso y por la completa terquedad de Rebeca.

Pero en cuanto el tercer shot baja, algo cambia. No es como los otros. Minutos después, todo a mi alrededor parece ir más lento, como si el mundo estuviera en cámara lenta y las luces parpadearan dentro de mi cabeza.

La música suena amortiguada, como si estuviera bajo el agua.

Y mi cuerpo… demasiado ligero.

Uno de los tipos de antes se acerca. Me besa y yo… no lo detengo. De hecho, no es tan malo como imaginé.

Mi cuerpo se relaja, como si todas las barreras que me contuvieron durante años simplemente se disolvieran. Las cadenas invisibles del pasado se rompen.

Por primera vez, me siento… libre. Suelta. Desinhibida.

Y todo eso… en los brazos de un completo desconocido.

Pero entonces, una voz retumba en medio de la confusión.

—¡Suéltala!

Me giro, o lo intento, y mis ojos se encuentran con los suyos.

Ese azul intenso, imposible de olvidar.

Lucius.

—Lucius —sonrío ampliamente, como si fuera la mejor sorpresa de la noche, y me lanzo a sus brazos.

—¡Suéltala ahora! —le gruñe al tipo.

—¿Esta novia no es tuya, tío? —el hombre replica, confundido, antes de desaparecer, temiendo el problema.

Lucius me sujeta con firmeza y me mira de arriba abajo.

Su expresión es extraña. Una mezcla de sorpresa, tensión… y algo que no sé nombrar.

—América, ¿qué… qué te está pasando?

Le beso la cara, ignorando por completo su pregunta.

—Tu olor es maravilloso, ¿lo sabías?

Frunce el ceño y yo río, sintiéndome ligera, mareada y más libre que nunca.

—¡Bésame, príncipe! —ordeno, con una sonrisa atrevida.

—¿Estás bien de verdad, América? —pregunta, confundido, con la voz más baja.

Pero yo solo sonrío más.

Sin darle tiempo a dudar, me lanzo de nuevo a sus brazos, intentando besarlo.

Él me sostiene el rostro y me detiene.

—¿Quién era ese tipo? —pregunta, con celos evidentes en la voz—. Ese supuesto novio…

Mi sonrisa no desaparece. Ni un poco.

Me apoyo en su hombro.

—Solo recuerdo que fui prometida a ser tu princesa, ¿recuerdas? —susurro, acercándome más, como si fuera mi único punto de equilibrio—. A ser solo tuya. Y…

Él me sujeta levemente, intentando enfocar mi rostro. Buscando respuestas.

—Estás… vestida de novia de discoteca. Tipo despedida de soltera.

Levanto las manos, teatral.

—¡Pero aquí no hay anillo! —digo, mostrando mis dedos desnudos con una sonrisa provocadora.

Él me mira y su respuesta llega como un disparo directo:

—¿Quieres que te ponga uno ahora en la mano izquierda?

La firmeza de su pregunta me provoca una alegría extraña.

Calor. Euforia. Confianza ciega.

—¡Quiero! —respondo, animada, como si fuera la mejor idea del mundo.

Después de eso, son destellos de momentos que no entiendo bien, pero Lucius y yo estamos frente a una especie de cura vestido de Elvis y solo recuerdo el "sí" gritado desde ambos lados. Después, tengo recuerdos de flashes de fotos, anillos y, enseguida, él me lleva al hotel.

Nada puede detenerme esta noche y lo que más quiero es estar con el príncipe que nunca salió de mis pensamientos. Ni siquiera sé por qué huí de él tanto tiempo. Tal vez solo estaba esperando este momento. Esta libertad.

En cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, me quito el vestido y camino completamente desnuda hacia él.

—Estás imposible, señora América Stell —lo escucho susurrar en mi oído.

—No quiero dormir —digo, acariciándole la polla por encima del pantalón con la palma de la mano—. Te quiero dentro de mí.

Él me besa, apretando mis pechos con ambas manos.

—¿Qué mujer incansable es esta con la que me casé?

—Soy Su Majestad. Y tienes que obedecerme.

Suelta una risa ronca.

—Prefiero un acuerdo mutuo antes que obediencia, Serena.

—Solo quiero que me obedezcas primero. Luego hablamos.

Lo tomo de la mano y lo llevo hasta la cama.

Lucius viene hacia mí y yo, sedienta de él, no espero nada.

Me monto sobre él y empiezo a cabalgar su polla con hambre.

Sin tiempo para preliminares. Quiero sentirlo profundo. Rápido. Intenso. Mis gemidos llenan las paredes de la suite.

—Jodidamente deliciosa —murmura entre dientes, dándome palmadas en el culo, lo que me acerca más a mi orgasmo.

—Fóllame… —pido, jadeando, guiando su mano hasta mi pecho.

Él, todavía parcialmente vestido, con los pantalones solo bajados, me gira con firmeza. Lucius me pone a cuatro patas en la cama, agarra mi cintura y empieza a follarme con embestidas fuertes, profundas, sin piedad.

Los sonidos de nuestros cuerpos llenando la habitación. La fricción. El calor.

Los suspiros entrecortados.

No recuerdo que alguna vez fuera tan bueno. Tan salvaje. Tan correcto.

Hasta que me atrae contra su cuerpo, una mano firme en mi clítoris. Me corro fuerte. Alto. Quedando con la respiración completamente descontrolada. Entonces lo siento apretar mi cintura con fuerza, sus dedos marcando mi piel mientras se corre dentro de mí, hasta la última gota.

—Mi esposa deliciosa y fogosa —susurra en mi oído, saliendo de mí.

—Tu princesa —lo corrijo, jadeante.

Él ríe.

—Mi princesa que necesita aprender buenos modales.

—Me encantaría una nueva lección —provoco, tirándome en la cama y abriendo las piernas en una invitación descarada—. Quiero otra vez.

Él empieza a quitarse el resto de la ropa, despacio, con la mirada fija en mi cuerpo, volviendo hacia mí y tomándome de nuevo, en un placer tan insano como la noche que nos unió, y así seguimos, intensos y sedientos, hasta quedarnos dormidos exhaustos… de tanto placer.

Capítulo 4

Lucius

Parece que estoy soñando, viviendo una fantasía erótica con la mujer más buena que me he follado en mi vida. América. Porque no puede ser real todo lo que pasó.

Primero, encontrarla, tan receptiva. Luego, la locura de la boda. ¡Vale! Sé que fue más una insensatez mía, pero… jamás permitiría que un hijo de puta me la quitara. La sangre de los Stell corre por mis venas y no entraría en una pelea para perder. Por eso hice esta gran apuesta de casarme en Las Vegas con mi antigua novia de adolescencia, que hasta hoy nunca ha salido de mi cabeza.

Pero lo que no imaginaba… era que tuviéramos un polvo tan intenso.

Ella me devoró.

Se sentó en mi polla como si me hubiera estado esperando durante años y, claro, yo respondí a la altura. Pero estaba… sedienta. Y, honestamente, si no hubiera pedido una pausa, todavía estaría metiéndola en su coño mojado.

¿Qué tiene esta mujer? ¿Cómo puede ser tan insaciable?

Ahora estoy preparando la bandeja del desayuno, en plena tarde, porque, nos guste o no, somos recién casados, cuando…

—¡AHHHHH!

El grito.

La bandeja casi vuela de mis manos.

Corro de vuelta a la habitación.

—¿Qué me hiciste? —grita, envolviéndose en una sábana y apuntándome con una lámpara como si fuera un arma.

—¿De qué…?

—¡Aléjate! —ordena, con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada—. ¡Sé perfectamente lo que me hiciste, Lucius!

Me detengo. Quieto. Parpadeando. Intentando entender si esto es un ataque de histeria, una obra de teatro… o si está bromeando.

—América, ¿cómo así…? ¿De qué estás hablando?

Ella mira su mano izquierda y se queda congelada. Parece que ha visto un fantasma. O peor: una factura de boda que pagué al contado.

—¿Qué es esto? —susurra, como si la alianza estuviera a punto de morderla—. ¿Cómo llegó esto aquí?

—¿Esto? —señalo—. Es tu alianza de matrimonio.

Me mira como si acabara de decirle que soy un extraterrestre.

—¿Cómo que… matrimonio? —grita—. ¡Esto NO pudo haber pasado! ¡NO PUEDE SER VERDAD!

Yo solo la observo.

¿En serio está en este nivel de negación? Porque el vestido tirado en el suelo está ahí. Nuestra foto con el Elvis oficiante está en mi móvil. Y, bueno… solo llevo un albornoz que disimula muy poco mi erección.

—¡Lucius! ¡Dime qué pasó! —berrea, ahora marchando hacia el baño como una novia de película de terror.

—América, deja eso…

—¿Qué me hiciste? Porque tengo un moratón en la cintura y…

—Ay, por favor, ¿sí? —digo, intentando mantener la calma—. No empieces con novela mexicana. ¡Tú estabas más animada que

yo!

—Despertar desnuda, con la ropa tirada por ahí, una alianza en el dedo y tú ahí parado… —hace un gesto con los brazos—. ¡Definitivamente ESTO NO ES UNA MAÑANA NORMAL!

Se agacha, coge el vestido blanco y… se queda paralizada.

—¿Dónde está mi braga?

—No lo sé. Te la quitaste —me encojo de hombros.

—¡Jamás haría eso!

—Claro que sí. Y lo hiciste. Te lo quitaste todo y hasta me atacaste en la cama como si llevaras años planeando la noche.

—¿Qué?

—Te sentaste en mi polla diciendo: "Te quiero dentro de mí", América. Si alguien fue seducido aquí, ese fui yo.

Se lleva la mano a la cara, roja como un tomate.

—¿Tienes idea de lo absurda que es esta historia? ¡Jamás estaría contigo! ¡No vales nada!

—Mira, basándome en las tres veces que lo hicimos anoche, discrepo completamente —replico.

—¿Tres veces?

—Y no hubo una cuarta porque yo pedí tregua. Estaba al límite y tú seguías diciendo: "Obedece a Su Majestad, Príncipe".

Se queda muda. En shock. Y yo… sinceramente, casi pidiendo un replay con mi princesa mandona.

—Yo… no me acuerdo de nada… —susurra.

Es entonces cuando me golpea un pensamiento incómodo.

¿Está hablando en serio?

—América, no puedes estar hablando en serio. ¡Bailaste en el altar con Elvis! ¡Me llamaste "príncipe buenorro" DELANTE DEL CURA!

—¿Dónde está mi braga? —repite, como si eso fuera la solución a todos sus problemas.

—Ya te lo dije. Desapareció antes de la acción. Quizá la tiraste. Te juro que parecías poseída por la diosa del sexo, América.

Corre hacia el baño.

Yo me quedo allí, de pie, con el albornoz, una alianza en el dedo, el desayuno enfriándose en la otra habitación y preguntándome…

¿Acabo de casarme con una mujer que ni siquiera recuerda que dijo "sí" en el altar… antes de follar conmigo tres veces?

No puede ser.

Escucho la ducha y aprovecho para vestirme. Revisando las sábanas, termino encontrando la dichosa braga. Encaje negro.

Debajo de la almohada.

Es oficial: esta mujer sabe cómo destruir a un hombre.

Cuando sale, aún con ese vestido blanco de "novia de discoteca", y sé bien que debajo no lleva nada, me mira con pánico en los ojos.

—Tengo que irme, Lucius —dice, cogiendo el bolso y encendiendo el móvil.

—Esposa, no puedes irte así —le recuerdo con la mayor naturalidad.

—¿Cómo que no? ¿Y qué es eso de matrimonio? ¿Te inventaste esta fanfic en tu cabeza?

—América…

—¡Esto tiene que anularse INMEDIATAMENTE!

—Claro que no voy a anular una mierda.

—¿¡Qué!? —abre los ojos de par en par—. ¡TIENES que hacerlo!

—¿Para que salgas corriendo detrás de otro? Ni de coña.

—¿Qué otro, Lucius?

—Ahora eres mi esposa, América. Y no te vas a ir.

Cierra los ojos, intentando contener la rabia, como siempre hacía. Serena es muy tranquila, pero en algunas situaciones…

—No puedes obligarme. No sé qué me hiciste en este circo, pero no me quedo casada contigo ni cinco minutos. ANULA esta tontería. ¡Necesito volver a mi vida!

—Deja de decir que "no te acuerdas". Yo no te hice nada. Solo tuve el disgusto de sacarte de los brazos de un cabrón. Luego fuiste tú quien quiso todo y hasta pidió más.

—No pongas esa cara de que saliste ganando porque no me acuerdo de UNA MIERDA de lo que pasó…

—Entonces debiste golpearte la cabeza, porque hace unas horas estabas muy segura de lo que querías. Y de cómo lo querías, esposa mía.

Ella pone los ojos en blanco, furiosa.

—Si me golpeé la cabeza…

Su móvil suena y corre hacia la sala. Yo me quedo observando.

—Grace. ¿Dónde estás? Necesito salir de aquí inmediatamente.

Se queda escuchando la llamada.

—¿Marido? ¿Tú también sabes de esta…? —hace una pausa —. ¿Qué? ¿Vídeos? Yo nunca haría eso, amiga.

Su mirada choca con la mía.

—Pero Grace, no me acuerdo de nada de eso.

Y ahí, en ese instante… le creo. América realmente no recuerda la noche anterior.

Joder. ¿Será que… la drogaron?

***

—¡Quiero que me hagan todas las pruebas posibles! —ordeno en cuanto entramos en el consultorio—. Necesito saber qué pasó anoche.

—Yo quiero las de ITS también —replica ella, fulminándome con la mirada—. ¡Todas!

—Puedes hacerlas todas las que quieras, esposa. Yo sé que no tengo nada —le murmuro al oído, solo para provocarla.

Ella gira la cara, indignada. América está hecha una fiera.

El médico nos observa, claramente sin saber si está en una consulta o en una telenovela de la realeza.

—Entendido. ¿Para la señora…?

—América Feitag —responde ella.

—¡Para la señora América Feitag Stell! —completo con firmeza, cruzándome de brazos y sintiendo la mirada asesina de ella quemándome la nuca.

El médico lo anota, disimulando la sonrisa.

—Debe de estar encantado con todo esto, ¿verdad, Majestad? —pregunta ella, con la voz empapada de ironía.

Le dedico una sonrisa ladeada.

—¿Pasar de "Príncipe canalla" a "marido oficial"? Estoy viviendo mi mejor momento, Serena.

Ella pone los ojos en blanco con tanta fuerza que casi se oye el movimiento.

Sé que se está conteniendo para no saltarme al cuello. Literalmente.

—¿Quieres que me quede a tu lado en la sala de exámenes por la aguja, Princesa? —provoco, con el tono más dulce posible, solo para irritarla.

—Si apareces ahí, te apuñalo con lo primero que encuentre. Terco de mierda.

Salimos de la sala y trato de hacer una llamada, y es solo en ese momento que recuerdo que, en medio de la locura de ayer, me quedé sin batería. Ni el móvil sobrevivió a la noche de bodas.

Acompaño a América hasta la zona de triaje de los exámenes y un nombre en la lista me llama la atención: BETA HCG. Me detengo al instante y el corazón me da un vuelco.

Joder. Nos follamos las tres veces sin preservativo y recuerdo perfectamente haberme corrido dentro en todas.

¿Será que… embaracé a mi esposa fogosa EN LA NOCHE DE BODAS?

Me callo, obviamente.

Porque si lo suelto ahora, América me tira por la ventana del hospital. Pero, por dentro… ya tengo la sirena sonando a todo volumen.

Pasamos por las pruebas y ella me ignora con maestría. Casi tres horas después, nos llaman de nuevo al consultorio.

El médico se ajusta las gafas, revisa el historial y dice, con una voz demasiado calmada:

—Señora Stell, según su relato y lo que identificamos en el examen toxicológico… podemos afirmar que hay indicios reales para la pérdida de memoria de la noche anterior.

América palidece y yo me quedo quieto.

—¿Qué? —pregunto, tragando saliva—. ¿Qué le dieron?

El médico suspira.

—Es una droga nueva y muy usada por abusadores —me muestra en su teléfono—, una tal DMR-21, también llamada Eclipta en la calle. Es una pastilla incolora, sin sabor, normalmente usada en fiestas. El efecto principal es la inhibición total de la razón y una euforia repentina.

—Ella estaba… animada, feliz y… —empiezo a explicar.

—Es parte del efecto. Hace que la persona esté más predispuesta a todo. Actúa fuertemente en la zona de inhibiciones y causa un apagón de todo lo que ocurrió.

Se gira hacia América.

—Tuvo suerte de que su marido la socorriera, porque su situación podría haber sido muy distinta. Muchas mujeres han sido violadas y despertaron en condiciones deplorables.

América aprieta los labios, claramente intentando no derrumbarse ahí mismo.

Y yo solo puedo pensar en una cosa:

Joder.

—¿Y eso… eso puede haberse puesto dónde? —pregunto, intentando mantener el tono controlado.

—Normalmente en bebidas. Especialmente en shots, cócteles. El sabor es imperceptible.

Ella cierra los ojos y murmura en voz baja:

—Los shots de mi amiga Rebeca…

Y entonces, todo encaja.

América en el bar. Suelta. Risueña. Besándome. Subiéndose a mí como si fuera la última copa de vino del planeta.

Joder. Ella realmente no estaba borracha. Estaba drogada.

Y yo no me di cuenta de una mierda.

Capítulo 5

América

Lo sé.

Mi primera reacción fue querer gritarle. Echarle en cara a Lucius que no recordaba absolutamente nada de lo que había pasado.

Pero su cara… esa expresión de alguien realmente molesto… me rompió.

Si esa tal Eclipta hace realmente todo lo que el médico explicó, entonces… quizá él no tenga tanta culpa.

En realidad… puede que hasta me haya protegido.

Según el médico, muchas víctimas ni siquiera logran denunciar, porque los agresores lo graban todo y alegan que hubo consentimiento.

Solo de pensarlo, se me revuelve el estómago.

Pudo haber sido mucho peor.

Podría haber despertado en otra habitación. Con otro hombre… o con varios; sola, indefensa.

Pero, en cambio… desperté casada con un príncipe terco, descarado y presumido que, aparentemente, me sacó de una situación que podría haber sido un desastre.

Y ahora estoy… con rabia, vergüenza y un anillo en el dedo que ni siquiera sé si puedo quitar legalmente.

Solo espero que la noticia no se haya filtrado. Porque si no… no tengo idea de lo que haría mi madre.

Necesito anular esto cuanto antes, antes de que sea demasiado tarde.

En este momento, regresamos al hotel —el mismo en el que estoy yo—, pero no pienso hablar del tema.

No ahora.

Subimos al piso de la suite presidencial —obvio, él está en la presidencial—, cuando nos intercepta la recepcionista de ayer.

La misma.

Y todavía con esa sonrisa empapada de segundas intenciones.

—Majestad —dice, mirando a Lucius como si fuera el último chocolate de la caja.

Eso basta para que yo suelte su mano como si me hubiera quemado.

Porque lo último que necesito hoy… es imaginarme que ella también se colgó del cuello del muy atractivo Príncipe de Diamantia.

Él lo nota enseguida y ya se pone a la defensiva.

—América, no es lo que estás pensando.

—Voy a mi habitación, Lucius.

—Aún tenemos que hablar.

—Olvídame.

Y yo, que hace apenas unos minutos pensaba en darle el beneficio de la duda a este descarado con pedigree…

—América…

Entro en el ascensor y, claro, él entra conmigo.

Como si no supiera que "olvídame" es el código universal de "déjame en paz", se coloca justo encima de mí, acorralándome como si fuera su presa indefensa.

Pero la América que conoció de adolescente ya no es la misma, y no voy a ceder.

Aunque me lance esa mirada de príncipe injustamente ofendido, la que seguro ensayó horas frente al espejo.

—¿Podemos hablar, esposa mía?

—No soy tu esposa, Lucius.

Suspira, como si estuviera tratando con una niña terca.

—Claro que lo eres, América. Solo tienes que mirar mi móvil cuando logre cargarlo. Tengo las fotos de nuestra boda para probarlo.

En mi mente, pasan las posibles consecuencias si esta historia sale a la luz.

No puede pasar.

Así que lo miro a los ojos y digo, con la voz más calmada posible:

—Lucius, tenemos que anular esto.

Él pone los ojos en blanco, como si le estuviera pidiendo que cancele una pizza y no un matrimonio hecho en una capilla dudosa de Las Vegas —que, sé perfectamente, es válido—.

—No vamos a anular una mierda, América.

Entrecierro los ojos, sintiendo hervir mi sangre.

Necesito que este cabeza dura, príncipe multimillonario, piense con coherencia y termine esta locura.

—¿Sabías que puedo huir por el mundo y desaparecer por completo?

Él sonríe de lado, como quien cree haber ganado.

—Pero no lo harás…

Su mano roza mi rostro, y por más que me moleste admitirlo, su gesto logra silenciarme por un segundo.

Solo un segundo.

Acorta la distancia, hasta que puedo sentir su aliento en mis labios… y hasta desear su beso.

—Podrán pasar semanas, pero siempre voy a encontrarte, esposa.

La palabra suena como una provocación.

Y odio lo natural que le sale.

Lo empujo, pero se desequilibra y me arrastra con él —porque, claro, hasta en eso tiene que estar al mando—.

Las puertas se abren y, como guinda de mi pesadilla, una señora llena de joyas y prejuicios entra en la cabina.

Su mirada no pregunta. Afirma.

Antes de que pueda hablar o huir, Lucius aprieta mi mano con firmeza.

—Mi esposa está bien —dice, sereno.

Actúa como si fuéramos una pareja de portada de revista, y la señora deja la expresión severa para sonreír, encantada.

Él me lleva fuera del ascensor sin soltarme.

—¿Dónde está tu habitación? —pregunta.

Respiro hondo, señalo el número de la puerta y sigo por el pasillo sin mirarlo.

Ojalá fuera fácil odiarlo, que bastara con recordar quién es para no sentir nada.

Pero, incluso con la vergüenza, el orgullo herido y el caos… es imposible ignorar lo que me provoca.

—Entro sola —digo, seca, frente a la puerta.

Él se apoya en la pared, con esa mirada que sabe que me afecta, aunque finja lo contrario.

La puerta se abre.

—¡América, dónde estabas, mujer! —Grace aparece preocupada, con un moño deshecho y cara de no haber dormido.

Intento entrar, pero, claro… Lucius viene detrás.

—¿Y trajiste al marido? —pregunta ella, con sonrisa pícara.

—¡No es mi marido! —respondo al instante, irritada.

Ella ladea la cabeza, confundida.

—Amiga, ¿cómo que no? Ayer tú…

—Me drogaron, Grace.

Silencio.

—¿Él hizo eso? —pregunta, abriendo los ojos como si fuera a pegarle con el bolso.

—¡Claro que no! —responde Lucius, serio.

—En realidad… me ayudó —aclaro, bajando la voz—. Pero…

Levanto la mano y muestro el anillo.

Grace abre aún más los ojos.

—Entonces, casaditos —dice como si nada—. Bueno, al menos es guapo. ¿Te imaginas si fuera un príncipe feo?

Pongo los ojos en blanco.

Lo peor es que… tiene razón.

—Ahora necesito anular este matrimonio —digo.

—Y yo necesito que tú o tu amiga me den el número de ese tipo —responde Lucius.

—¿Qué tipo?

—El novio.

—Ya empiezas otra vez con lo del novio —murmuro.

—América, vamos a hablar claro. Eres mi esposa y ya estás casada. Punto.

Grace nos mira sin entender nada.

—Los dejo solos un rato… —dice, yendo a la puerta—. Voy por pan.

Antes de salir, y sin importarle el pelo revuelto, suelta:

—Compórtense… o no… lejos de mi cama.

Cierra la puerta con fuerza.

—¿Me vas a dar el número o tengo que investigarte? —sigue Lucius, como si nada.

—¡No sé de quién hablas, Lucius! —respondo, perdiendo la paciencia.

—¿Quién es tu novio, América?

—No tengo novio. Y mucho menos marido. Porque vas a anular este matrimonio, sí o sí.

—No vas a correr a los brazos de otro. ¿Entendiste?

Reviro los ojos, harta de su complejo real.

—Dame su número. Necesito enviarle las fotos y probar que eres mía.

—No existe ningún "él", Lucius.

Suelto una risa seca.

—Aunque ahora me gustaría que existiera. Sería otro motivo para librarme de un príncipe arrogante que cree que por nacer en cuna de oro puede decidir sobre mi vida.

Me alejo, buscando algo en la maleta.

Pienso en cómo era mi vida antes de la fiesta de Rebeca.

¿Estará bien? Grace seguro lo sabe.

Si hubiera pasado algo, Grace no estaría tan tranquila.

En este momento, lo único que necesito es un manual de Cómo librarte de un príncipe descarado y presumido.

Si él creía que yo iba a casarme con otro… ahora debería entender que no hay futuro entre nosotros y que este matrimonio merece anularse cuanto antes.

Mientras organizo mi ropa, él abre la boca otra vez —porque el silencio con Lucius Stell dura poco—.

—Entonces, ¿por qué estabas vestida de novia? —pregunta, cruzado de brazos.

Suspiro y lo miro.

—Nuestra amiga Rebeca era la verdadera novia. Todo estaba pagado, pero al descubrir que la engañaban, decidió aprovechar todo lo que el dinero del novio había cubierto y nos trajo. Insistió en que Grace y yo fuéramos las novias con accesorios y todo.

Cruzo los brazos.

—¿Ya ves que todo fue una confusión absurda? ¿Que este matrimonio debe anularse?

Él suspira, pero no responde enseguida.

Mala señal.

—Hay otro problema… —dice con esa voz baja que precede a la bomba.

—¿Cuál? —pregunto, sintiendo el estómago encogerse.

Se acerca un poco.

—Tuvimos sexo… —dice con la calma de quien está a punto de detonar una granada— pero no nos protegimos. Ni una vez.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué quieres decir con eso, Lucius?

Me mira directo a los ojos.

—Quiero decir que… podrías estar embarazada de mi hijo.

Mi corazón se congela y el aire me falta.

Por unos segundos… no puedo decir nada.

Él me observa como si hubiera anunciado el fin del mundo con toda la serenidad que no le corresponde.

Parpadeo una vez. Dos.

Pero la frase sigue flotando en el aire, como una sentencia.

—Ah, no… —murmuro casi sin voz—. Me niego. El universo no me odia tanto.

Doy dos pasos atrás, como si eso pudiera alejarme de la idea.

Pero ahí está, clavada como un sello invisible en mi frente.

—¿¡Embarazada!? —digo ya con desesperación—. ¡Lucius, has perdido la cabeza! Estoy casada contigo contra mi voluntad, he pasado por una serie de absurdos y ahora me dices que tal vez esté embarazada.

Él levanta las manos, en falsa rendición.

—Solo estoy siendo realista. Estabas sedienta por mi polla y, claro, hice lo máximo para darte lo que querías…

—Ay, Dios… —me llevo las manos a la cabeza, caminando de un lado a otro—. Te corriste…

—Dentro todas las veces. No dejabas de montarme y encima lo pedías.

—¡DIOS MÍO, LUCIUS!

Me detengo. Me apoyo en la pared. Intento respirar, pero el nerviosismo me ahoga.

—Esto no puede estar pasando. Voy a hacerme una prueba. Hoy. Ahora. Ya. Dame un test de farmacia.

—Tranquila. Ya te hiciste uno en el hospital, ¿recuerdas, Serena? Y no es tan rápido que…

—¡No me llames Serena ahora! —grito más fuerte de lo que pretendía—. Estoy a punto de arrancarme este anillo con los dientes y lanzártelo a la cara por todo lo que me has hecho.

Él cierra los ojos y suelta una risa baja.

—Tu manera de perder la calma es muy sexy, ¿sabes?

—Una palabra más y destrozo esta habitación sobre tu cabeza, y la cuenta la pagas tú.

Levanta las manos en rendición.

En segundos, me doy cuenta de que las posibilidades de anular este matrimonio se me están escapando de las manos.

Si antes había una mínima opción… ahora no queda nada.

Mi única pregunta es:

¿Cómo voy a resolver ahora esta situación con mi familia?

Capítulo 6

Lucius

—Puedes llevar sus cosas a mi suite —le ordeno al empleado del hotel, con la misma naturalidad de quien pide una almohada extra.

Él obedece sin dudar. América, en cambio, sí. Sigue sentada en la cama, con los brazos cruzados y esa mirada que dice, sin pronunciar palabra, que me odia profundamente.

Y, para mi desgracia… nunca ha estado tan hermosa.

Claro que no lo digo en voz alta.

Después del episodio "quizás estés embarazada de mi hijo", cualquier comentario mínimamente provocador es un riesgo directo para mi integridad física.

Pero los hechos son claros:

Las maletas están en mi suite.

América está oficialmente casada conmigo.

La posibilidad de anulación: cero.

Yo estoy viviendo mi sueño.

Ok, tal vez no exactamente como lo imaginé —con ella desnuda, sedienta por mí, susurrando "llámame majestad" mientras me arrastra de nuevo a la cama—, sino sobria, furiosa y lista para demandar hasta al hotel si hace falta.

Pero está aquí.

Pasé años pensando en ella, intentando entender qué pasó, por qué desapareció, por qué me miraba con esa mezcla de deseo y rechazo… y ahora lleva mi apellido. Es la nueva señora América Stell.

Y quizás… solo quizás… esté cargando a mi hijo.

Obviamente, no tenía idea de que todo sucedió bajo el efecto de una droga nueva, ni siquiera distribuida en Europa.

Pero no puedo evitar pensar que esa tal Eclipta solo quita inhibiciones. Y eso me deja claro algo: ella quería, pero no tenía el valor de admitirlo.

Lo que significa que todo este odio… tiene un trasfondo emocional que pienso descubrir.

Y como buen príncipe moderno, tengo un plan: poner a la mujer de mis sueños dentro de mi suite y mantenerla cerca. Con el tiempo, seducirla poco a poco, y el resto… es solo cuestión de tiempo, paciencia y un encanto irresistible.

Tres cosas que tengo de sobra.

—¿Vamos, América? —la llamo, extendiendo la mano en un gesto galante que, en cualquier comedia romántica cursi, haría derretirse a la protagonista.

Ella solo pone los ojos en blanco, se levanta y pasa junto a mí como si fuera una planta decorativa en la entrada de su habitación.

Ya sabía que haría eso.

Fácil, América nunca ha sido.

Y, sinceramente, eso fue lo que siempre me hipnotizó de ella.

Aunque me ignore, mis ojos se posan, sin remordimiento, en su trasero perfecto.

Y no puedo evitar recordar… cuando teníamos sexo anal escondidos en el ala este del palacio.

América siempre fue aventurera. Incluso entonces. Este lado mandón es nuevo, pero admito que me gusta. Especialmente cuando camina contoneándose así.

Mi cerebro intenta mantener la compostura, pero solo ver cómo se mueve… me pone duro y…

—¿Por qué me miras así, Lucius? —se gira de repente, atrapándome.

—Nada… Solo que… había un defecto en la alfombra del pasillo —improviso, como el actor nato que soy.

Ella cruza los brazos y frunce los labios.

—¿Y la alfombra estaba, por casualidad, a la altura de mi cintura, Lucius?

Me esfuerzo por no reír.

—No exactamente…

Se acerca, señalándome el pecho como si fuera una espada real.

—Que quede claro que, aunque estemos casados hasta que salga negativo el examen, no vamos a volver a acostarnos. ¿Entendido?

Respiro hondo para no soltar la carcajada, porque ahora sé exactamente qué haré.

—Va a pasar cuando me lo supliques, esposa mía.

Ella bufa, molesta.

—Puedes esperar sentado, porque eso jamás pasará, Príncipe Lucius Stell.

En ese momento, el ascensor se abre. Paso la tarjeta de acceso a la planta ático y entramos. Ella se arrincona en la esquina opuesta, claramente arrepentida de respirar el mismo aire que yo.

Y aun así, no puedo evitar pensarlo:

Incluso con todas sus miradas mortales, cada minuto a su lado me confirma que estoy exactamente donde debo estar.

Aunque el inicio haya sido un desastre… algunas historias solo funcionan con una generosa dosis de caos, y la nuestra tiene todo para ser mi mayor victoria.

Entro a la suite antes que ella, sujetando la puerta con caballerosidad calculada.

Es la mejor habitación del hotel, originalmente con dos camas, para familias.

Obviamente, mandé quitar la segunda, pero dejé el sofá. Porque… bueno… tengo excelentes planes para él, si mi esposa decide ceder antes de lo previsto.

Pero el objetivo por ahora es simple: mantenerla cerca. Porque sé exactamente lo que quiere, y pienso dárselo… con ganas.

Esta vez, sin drogas, sin alcohol, sin efectos secundarios. Solo puro deseo.

—Lucius, ¿dónde voy a dormir? Mejor dicho, ¿dónde vas a dormir tú? —pregunta, mirando con recelo la cama enorme en el centro de la habitación.

—En esa cama caben tres o cuatro personas sin problema —informo, con toda tranquilidad.

—No voy a dormir contigo.

Ya imaginaba su negativa.

—Tienes el sofá…

—Eres tan infantil… —pone los ojos en blanco—. Manda poner otra cama. Ahora.

Frunzo el ceño.

—¿Y por qué haría eso? El ambiente está perfecto. Diseño limpio, flujo energético armónico…

—Basta, Lucius. Sé perfectamente lo que intentas. —Camina por la habitación, desconfiada—. ¡Hasta el baño es transparente! Voy

a volver a mi cuarto.

—Está bien, calma —levanto las manos—. Quédate con la cama. Y… podemos colgar sábanas en la puerta del baño.

Lo que no sabe es que el baño tiene un sistema que, con un botón, vuelve el vidrio opaco.

Pero… ¿y la diversión dónde queda?

Si puede verme desnudo, mejor.

Si tiene que luchar contra la tentación, perfecto.

Si tropieza y "accidentalmente" termina en mi cama, mejor aún.

—Vas a salir cuando yo necesite usar el baño.

Pongo los ojos en blanco, teatralmente.

—América, ya te he visto desnuda. Desde muchos ángulos. Incluido tu favorito.

—No me importa.

—Está bien, América —digo, tomando mi teléfono, descargado desde ayer—. Disfruta tu tiempo, yo… voy afuera y vuelvo enseguida.

Salgo al balcón y la brisa de Las Vegas me golpea el rostro. Por un instante, pienso:

Esto realmente está pasando.

Miro la alianza de oro en mi mano izquierda, confirmándolo.

Luego conecto el móvil al cargador inalámbrico, espero unos minutos a que coja algo de batería y llamo.

Tardan en contestar.

—¿¡Lucius!? ¿Dónde estás? Todos están preocupados aquí en Diamantia.

Suspiro, reconociendo la voz de mi mejor amiga, que… probablemente sea la única que no explotará (demasiado) con lo que voy a decir.

—Caty, no le digas nada a nadie todavía, pero… Me acabo de casar en Las Vegas.

—¿Cómo? ¿¡Te casaste!? ¿Fue una estafa? ¿Quién es ella?

Suspiro.

—Es América.

Silencio.

—¿Te refieres a los Estados Unidos o a tu ex inolvidable llamada "América" a la que nunca superaste?

Sonrío, mirando mi reflejo en el cristal.

—La segunda.

—¡La puta madre! —grita.

—Catherine, ¿qué pasa? —escucho al fondo la voz de mi hermano, Lindon, alias su marido.

—¡Nada, amor! Ya voy —disimula, saliendo rápido.

Sonrío. Aunque esté casada con mi hermano, Catherine Aurum sigue siendo la mejor consejera que tengo, junto con Alex.

—Listo. Ahora cuéntame. ¿Cómo demonios lograste casarte tan rápido? Quiero saberlo todo. Y con detalles directos.

—Está bien. Pero déjame hablar sin interrumpir. Porque… bueno, hay mucho que contar.

Y ni siquiera he empezado.

***

—¿Cómo que puede estar embarazada? —replica ella, con el tono de quien está viviendo un episodio de reality show en tiempo real—. ¡Ni yo quedé embarazada tan rápido, y tú sabes que lo mío fue por accidente!

—Lo sé. Pero… las probabilidades son altas.

—Porque tuviste sexo tres veces sin preservativo, ¿verdad, idiota? —ironiza, con su elegancia habitual.

—Mi esposa estaba muy motivada, Caty. O mejor dicho: montada sobre su instinto y su iniciativa.

Ella suelta una carcajada deliciosa al otro lado de la línea.

—Ella es de las mías —comenta—. ¿Pero sabes qué? No sé por qué, algo me dice que hasta estás feliz con la posibilidad de haber hecho un heredero real tan rápido.

Echo una mirada discreta por encima del hombro, solo para asegurarme de que América no está escuchando nada.

—Necesito esa oportunidad para conquistarla… para demostrar que todavía hay algo entre nosotros.

—Para mí, eso no es solo deseo —señala.

Frunzo el ceño.

—¿Crees que es obsesión? —pregunto, confundido.

Ella ríe.

—Te dejaré descubrirlo solo. Pero… no tardes en volver a Diamantia. Porque si esta bomba explota en los medios antes de que el rey lo sepa, nadie podrá defenderte.

—Hablaré con Liam en cuanto llegue. ¡Lo prometo!

Ella vuelve a reír, con ese sonido lleno de significado, como diciendo "buena suerte intentando explicar esto con dignidad".

—Entonces… felicidades a los novios, ¿no?

Suspiro.

—Creo que el deseo más realista, en este momento, es que América esté embarazada… y que no terminemos solicitando un divorcio real en dos semanas.

Ella suelta una última carcajada.

Nos despedimos y cuelgo.

Miro hacia dentro de la suite, donde la mujer más hermosa y más terca del planeta sigue actuando como si fuera soltera, libre y levemente armada con sarcasmo. Pero ahora, está casada conmigo. Legalmente. Y si el universo colabora, unida a mí por mucho más que una alianza.

Lo que debo hacer ahora es llevarla de vuelta a Diamantia. Necesito dejarle claro, a ella y al mundo:

Que América es mi Princesa Stell.

Capítulo 7

América

Yo ni siquiera debería estar en esta habitación. Mucho menos cerca de Lucius Stell.

Y, sobre todo, porque está usando todas sus armas.

El encanto, la sonrisita ladeada, el silencio provocador y la camisa medio desabotonada… Como si estuviera en una misión secreta para seducirme.

Y lo peor: está funcionando más de lo que me gustaría admitir.

La verdad es que… no recuerdo absolutamente nada de lo que pasó entre nosotros esa noche.

Pero, en el fondo, sé que él jamás me forzaría a nada.

Lucius podrá ser un gran descarado, guapo, atractivo, engreído y con ese acento real insoportablemente seductor, pero nunca, bajo ninguna circunstancia, obligaría a una mujer a algo.

En realidad, es al revés. Las mujeres se le lanzan encima sin pensarlo dos veces.

Basta verlo: un Príncipe heredero de Diamantia.

Pero no es solo el título y la riqueza. Lucius siempre ha sido muy atractivo. Piel clara, cuerpo varonil y cuidadosamente entrenado con ejercicios que, estoy segura, hace sin camisa y frente a un espejo.

Cabello oscuro como la noche, esa sonrisa galante y… los ojos azules.

Ese tipo de azul raro, casi etéreo, marca registrada de la dinastía Stell.

Siempre fue así y siempre llamó la atención.

Y yo, obviamente, me moría de celos cuando éramos novios.

¿Pero hoy? Hoy eso no me afecta.

Claro que no.

Porque, aunque legalmente casada con él por un error jurídico, es solo algo temporal.

Hay muchos hombres guapos en este mundo. Lucius es solo uno de ellos. No el más guapo, solo uno más.

Y, además, nunca me han interesado las riquezas de la familia real de Diamantia, así que no fue tan difícil mantenerme alejada.

Al principio, lo admito, lo eché de menos. Terminamos de forma abrupta, sin siquiera un punto final, y por un tiempo… dolió.

Pero después, con mi madre en mi oído las 24 horas del día, diciéndome que los Stell no valían nada, que Lucius se comportaba como un libertino real y que había escapado por poco… Bueno, el desencanto llegó rápido y certero.

Mi madre siempre lo dejó claro: jamás te involucres con un Stell.

Se enfureció cuando descubrió que salía con él —a escondidas, claro— y creo que fue uno de los motivos por los que literalmente huimos.

Nunca entendí del todo su aversión a la familia real, pero su convicción me mantuvo lejos.

Y estaba segura de que Lucius no era una opción.

Pero mira dónde vine a parar.

Casada con él en Las Vegas, con una alianza brillando en mi dedo y la posibilidad real de estar embarazada…

Sin contar que ni siquiera recuerdo cómo hice a este hijo que quizá esté creciendo dentro de mí.

Aún no creo que todo esto esté pasando.

Y ahora, todo lo que necesito es ir a ver a mamá y a mi hermana. Les dije que sería un viaje breve a Las Vegas para la despedida de soltera de Rebeca Adams. Pero parece que mi madre es vidente, porque me advirtió que tuviera cuidado con las bebidas en esos bares americanos.

Lo que no pudo prever es que mi mayor problema no sería la bebida, sino despertar casada con un príncipe descarado.

Y como si todo no fuera ya lo suficientemente absurdo… Él es tan guapo.

Maldita sea.

Lo miro ahora, de espaldas, recostado en la barandilla del balcón.

Camisa blanca arremangada hasta los antebrazos, porque, claro, sabe que eso es irresistible, y riendo por teléfono.

Sí. Se está riendo como si todo estuviera perfecto.

No con este matrimonio repentino al que no recuerdo haber dicho "sí", pero que Grace ya me envió en video, donde me veo diciendo que quiero casarme con él.

Sin contar que no recuerdo ni un poco las tres rondas de sexo que tuvimos.

Estoy segura de que está hablando con otra mujer.

Alguna de esas modelos europeas que probablemente lo llaman "mi príncipe" en cuatro idiomas distintos.

O alguna heredera aburrida que le envió desnudos junto con una invitación a cenar en Saint-Tropez.

¿Pero quién dijo que me importa?

Que se case con esa infeliz y que sea feliz con ese cuerpo perfecto, esa sonrisa fácil y esos ojos azules ridículamente raros.

Bien lejos de mí.

Porque no me va a importar lo más mínimo.

Me estoy irritando solo de pensarlo. Mejor me ducho de una vez y aprovecho que no me ve en esa llamada con la… quién sabe quién.

Busco mi maleta, pero la encuentro vacía. Mis ropas están dobladas y ordenadas en el armario con precisión quirúrgica. Las bragas por color. Las camisetas alineadas por orden de uso.

Dios mío. ¿Cómo hicieron esto tan rápido? Solo subimos hace un momento.

Claro. Es el trato real.

Tomo ropa cómoda, entro al baño y empiezo a desvestirme, de espaldas a la puerta. Abro la ducha. El agua caliente acaricia mi piel y, por un instante, el mundo entero se silencia.

La temperatura es perfecta. La presión, divina. La sensación… un alivio después de un día tan caótico como este.

El agua besa mi piel y no quiero salir.

Me jabono despacio, mis dedos recorriendo mis hombros, luego mis pechos. Me giro un poco, lo justo para mirar a través del vidrio.

Lucius sigue en la maldita llamada. Riéndose.

Con alguna mujer, obviamente.

No sé qué me molesta más: saber que tiene mil pretendientas… o estar segura de que ni siquiera ha notado que estoy desnuda en esta ducha de vidrio transparente.

Entonces, quizá por impulso… quizá por provocación… Empiezo a enjabonarme más lentamente.

Cierro los ojos y me imagino, por un segundo, cómo sería si me estuviera viendo.

Cómo reaccionaría si viera mis manos tocando mis pechos así… si viera mis dedos bajando hasta mi clítoris.

Pienso en él, en su toque, en su boca caliente y…

—¿Qué estás haciendo?

Escucho su voz al otro lado del vidrio y abro los ojos, petrificada.

¡MIERDA!

Me doy la vuelta, cierro la ducha, tomo la toalla y me envuelvo como si me preparara para la guerra.

—¿Por qué me estás mirando? —replico, intentando parecer ofendida en lugar de… completamente sin salida.

—América, te estabas tocando. ¿En quién estabas pensando?

Claro que pregunta. Parece que Lucius disfruta desmontarme con una sola frase.

—¡En nadie! —digo demasiado rápido.

Demasiado estúpido.

—¿Quién es él? —pregunta, y ahora su tono no es de broma.

Es celos. Puros, desnudos, reales.

Intento pasar de largo, pero él me sujeta y me atrae contra su cuerpo.

Quedo frente al hombre que me deja en ruinas y me odio por la forma en que mi cuerpo reacciona.

Pero una cosa es segura: jamás saldrá de mi boca la verdad. Ni bajo tortura, ni aunque se atreva a besarme como no quiero… y quiero al mismo tiempo.

—Voy a… —empiezo, intentando apartarme.

Pero no me deja.

—Dime, América. ¿Quién es él?

Por dentro, mi cuerpo grita: "¡Tú, idiota!"

Pero él nunca va a escuchar eso.

Lucius Stell nunca va a tener el gusto de saber que todavía lo deseo.

—No vamos a estar casados para siempre, Lucius. Eso no importa.

—Para mí sí importa —retruca, firme—. Eres mi mujer. Y me estás engañando con otro… en mi cara.

—¿Engañándote? —pregunto indignada—. Aquí no hay nadie. ¿Cómo te estoy engañando, Lucius? ¿Con el aire caliente de la ducha?

Me mira con una intensidad que me desarma.

Como si intentara arrancarme la respuesta de los ojos.

—Dame el nombre, América —exige, ahora con la voz baja y firme—. Porque necesito hacer que lo olvides.

Y es en ese momento cuando cometo el error clásico, pero igualmente fatal.

—¿Y si no quiero olvidarlo?

El silencio invade el ambiente.

Entonces me suelta y yo pierdo el equilibrio, cayendo sentada en la cama, aún envuelta en la toalla.

Lucius gira sobre sus talones y sale por la puerta de la suite, dejándome sola sin decir una palabra.

Carajo. Esta vez… realmente lo he enfadado.

¿Y lo peor? Saber que está furioso y seductor caminando por las calles de Las Vegas.

Con esa cara de "príncipe injustamente rechazado", paseando como si fuera soltero y no tuviera una esposa que, por algún motivo inexplicable e injustificable, está molesta con el hecho de que esté lejos.

Capítulo 8

Lucius

¿Quién es el hijo de puta que vive en los pensamientos de América? Necesito esa respuesta. Porque no consigo sacar de la cabeza la imagen de ella tocándose en la ducha... pensando en otro hombre. Un infeliz cualquiera que ocupa el espacio donde, por derecho histórico, físico y emocional, debería estar yo.

Y todavía tuvo el coraje de no decir el nombre. Se quedó ahí, envuelta en la toalla, mirándome con esa cara de "no voy a darte ese gusto". Como si esconder el nombre de ese idiota fuera algún tipo de trofeo. Pero yo vi en sus ojos que existe alguien. Puede que no esté comprometida con ese hijo de puta, pero él vive en su mente. Enciende su deseo y despierta su voluntad que yo daría todo porque fuese por mí.

Ni siquiera sé quién es ese desgraciado, pero ya lo odio con todas mis fuerzas. Sin embargo, necesito pensar en mi próximo movimiento y solo hay una persona que podría ayudarme en este momento. Alex.

Lo llamo, pero el hijo de puta no contesta. Debe estar follando con alguien, o haciendo cualquier cosa en sus empresas. Creo que más lo primero. Yo no veo a Alexander Vanderbilt casado con ninguna mujer. Está demasiado ocupado para desviar su foco hacia una mujer.

Y yo... durante años quise ser como él. Pero la única mujer que siempre deseé... es justamente la que se estaba tocando en mi baño, pensando en otro.

Carajo.

—¡Contesta, joder! —grito al móvil.

—¿Qué pasa, Lucius? ¿Por qué gritas como un loco?

Carajo. Miro la pantalla.

—¿Por qué tardaste tanto?

—¡Porque no tengo vida de príncipe, carajo! —responde sin rodeos.

Pongo los ojos en blanco.

—Podrías colaborar al menos una vez en la vida.

—¿Pero no deberías estar follando con tu Miss América ahora mismo? Esa que se convirtió en tu esposa de la forma más retorcida que jamás vi.

Bufé irritado, resentido y con el ego hecho pedazos.

—Hay otro hombre en la jugada.

—¿Ella está con otro?!

—No de hecho, pero... desea a otro hombre. Lo vi en su cara. En la forma en que mordió el labio y se calló. Se estaba tocando en la ducha... y no era por mí.

—Qué mierda, ¿no?

—Sí.

—Entonces déjala ir. Firma el divorcio, deséale buena suerte y ya está. Si resulta estar embarazada, pagas la manutención y sigues con tu vida de príncipe frustrado.

—¿Estás de coña? ¡Quiero una oportunidad real, Alex! Y no es bueno para la imagen del reino tener un heredero bastardo. Al menos, no en este momento.

Él suspira al otro lado de la línea.

—Ustedes de la Realeza y esa obsesión con la reputación... Está bien. Dime. ¿Qué exactamente quieres de mí?

Entro en un bar, lanzo el cuerpo en el taburete alto y pido un whisky.

—Quiero que me ayudes a hacer que ella olvide a ese tipo. Quiero que desee únicamente a mí. ¿Entendiste?

La llamada queda muda y hasta sé que ese hijo de puta se está riendo de mí. Nunca necesité intentar conquistar a una mujer y sé que esto debe ser la broma del siglo.

—Alex... —me bebo el trago— deja de reírte y respóndeme.

—¿Qué pasa, Lucius? Repítemelo —su voz deja claro lo mucho que se ríe de mí.

—¿Para que tengas la oportunidad de grabar y echármelo en cara en el futuro? —lo acuso— ¡ni de coña! Ahora dime qué hago, joder. Dame una idea.

—Lo que aprendí, en el tiempo con mis novias aleatorias que te querían a ti y no a mí por no haber nacido príncipe, fue que tenía que mostrarles de qué se estaban privando.

Pienso un instante, intentando entender. Porque sí ocurrió algunas veces que una de sus novias prácticamente se me lanzara encima al descubrir mi estatus de príncipe y que no era novio de nuestra amiga Catherine, que siempre andaba con nosotros.

—Yo era galante, seductor y realmente mostraba con gusto lo que solo yo podía ofrecer —continúa él— siendo más claro, me mostraba desnudo, con la polla dura, miraba con deseo, pero hacía el truco que ya sabes, ¿no?

En ese mismo instante recuerdo el truco y eso me hace sonreír.

—Creo que en menos de cinco días ella va a estar suplicándote que la folles contra la pared —dicta su veredicto riendo.

Eso es lo que me gusta de tener amigos depravados. Alexander es uno de los peores. Y es exactamente por eso que somos cercanos.

—¡Gracias!

—Luego me dices si funcionó.

—Puedes apostar a que sí.

—Ah, y no te pongas pedo, idiota. A ninguna mujer le gusta un hombre borracho intentando ser irresistible. Y tu precisión de seducción con alcohol se desploma al nivel de "completamente ignorado".

Suelto una risa y empujo el segundo shot lejos.

—Vale. Haré lo que dijiste, Vanderbilt.

Cuelgo el teléfono con una media sonrisa en los labios. Hora de actuar. Y si depende de mí… América va a olvidar a ese tal "otro" antes incluso de recordar que aún me odia.

Pero, antes de entrar en modo ataque total, voy a ausentarme unas horas. Desaparecer completamente mientras me divierto un poco. Solo para confundir un poco la cabeza de mi dulce esposa.

—América, no tienes ni idea de lo que acabas de activar... —murmuro, saliendo del bar y yendo directo al casino más cercano.

***

—¡Momento de las apuestas! —avisa el crupier de la mesa de ruleta.

Apuesto mil dólares con la tranquilidad de quien sabe que va a ganar.

—Siete rojo —declaro, lanzando las fichas como quien firma un decreto real.

La ruleta gira y la gente contiene la respiración mientras la bola danza.
Y…

—¡Siete rojo, ganador! —anuncia el crupier.

Explosión de gritos. Aplausos. Mujeres saltando.
Y, por supuesto, dos de ellas intentando literalmente caer encima de mí. Doy un paso atrás con el mismo encanto que uso para escapar de paparazzi entrometidos.

—Felicidades, señor... —murmura una morena exageradamente producida, acercándose con una sonrisa muy sospechosa.

—¡Estoy casado! —advierto antes de que intente cualquier aproximación más atrevida—. No va a pasar, guapa.

Ella ríe, intentando fingir que entendió la indirecta, pero sé que no se dará por vencida tan fácilmente, pues ya gané más de cincuenta mil solo esta noche. Como si yo necesitara dinero.

Lo que yo quiero, ni un trillón lo compra, pero haré mi máximo para conquistarlo y llegaré en el momento justo. Cuando ella esté durmiendo sola, porque ya me aseguré de que nadie entró en nuestra habitación y de que tampoco salió de allí. Claro que tengo que fiscalizar todo, principalmente ante nuestra situación singular.

—Apertura para apuestas.

Miro el reloj y veo que ya son casi las once de la noche, y percibo que ya es lo suficientemente tarde como para volver al hotel. Recojo mis fichas y voy a la caja a retirar lo que gané.

En efectivo, por supuesto. Pago a un chófer para que me lleve al hotel y bajo frente al edificio con seguridad y tranquilidad.

Subo a mi suite ya pensando en mis próximos actos. Abro la puerta desabrochándome la camisa y despojándome de la ropa para entrar en el baño. En cuanto enciendo las luces, veo su cabello rubio sobre las mantas, pero sé que está dormida. Sin embargo, América tiene un sueño ligero y en pocos minutos despertará con mi imagen en el ángulo de su visión, y eso es exactamente lo que quiero en este momento.

Capítulo 9

América

Las horas pasan y nada de Lucius aparecer.

Miro el reloj. Luego el techo. De vuelta al reloj. Nada. Ninguna notificación. Ningún mensaje. Ningún golpe en la puerta.

¿Será que... está con otra? ¿La tal mujer del teléfono, que ni siquiera sé si es de verdad una mujer? ¡Ay, Dios mío!

Sé que mi matrimonio es una ironía del destino, pero no quiero ser traicionada. Lucius no haría eso, ¿verdad? ¿Estar con otra mientras yo estoy aquí esperándolo? Pero él piensa que yo quería estar con otro y…

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Podría haber dicho que no era nadie, que era él, pero no... Me quedé callada sosteniendo el orgullo. Gran manera de parecer culpable sin serlo.

¿Y ahora? Ahora debe estar por ahí, coqueteando con otra o algo peor.

Pensar en él todo guapo, siendo galante con otra y recordando el tiempo que no follo con nadie es cruel conmigo misma. Porque, si hay algo que debo confesar… es que es difícil olvidar a un Stell.

Juro que lo intenté. Hubo un chico bueno, educado, pero era demasiado normal. Ese era el problema. Después de que ya fuiste incendiada, no hay forma de fingir que unas velas aromáticas te impresionan.

Y fue entonces cuando terminé y preferí que pensaran que era virgen antes que explicar que ningún hombre consiguió acercarse a lo que Lucius hizo conmigo años atrás.

El problema es que él sigue siendo exactamente eso. El hombre que no consigo ignorar y que ahora está desaparecido por voluntad propia.

Porque sé muy bien que si lo llamo, me va a contestar, pero no quiero darle el gusto de verme corriendo detrás de mi "marido" que desapareció después de una pelea.

Pero las horas pasan y, en medio de la noche, mi hermana, Loreta, me llama.

—¿Y cómo es Las Vegas, América? ¡Cuéntamelo todo!

Loreta es unos seis años menor que yo y todavía no puede venir a un lugar como este, pero es muy curiosa. Si pudiera, estaría con las maletas listas y un gloss brillante en los labios.

Era muy pequeña cuando salimos de Diamántia y ninguna de las dos tenemos padre. El mío murió cuando yo era muy niña y mi madre nunca comentó mucho sobre el padre de ella. Solo que era una persona que ya no quiere cerca y nunca más cuestionamos el asunto.

—¿Está todo bien ahí, Loreta? —pregunto, intentando alejar los pensamientos pesados.

—¡Sí! Solo que te extraño. Mamá está dormida. Pero... soñé que estabas triste. ¿Está todo bien por ahí?

Suspiro, mirando al techo. Ella siempre fue demasiado sensible, como si fuera un tipo de vidente. Incluso sin que contáramos nada, Loreta siempre sintió a toda la familia.

—Está todo bien, sí, mi pequeña —miento, sin querer preocuparla con toda la locura en la que se transformó mi vida.

—¿Segura?

Muerdo el labio, pensando.

—Cuando llegue ahí te hablaré de... algunas cosas —declaro, pensando en Lucius.

—De acuerdo, pero ¡tienes que mandarme fotos de Las Vegas! —pide—. Quiero ver todo para cuando me toque a mí conocer la ciudad que nunca duerme.

Me río, pensando en ella en Las Vegas.

—Está bien. Mañana... sacaré algunas fotos y te las mando.

—Vale. Duerme bien, hermana. ¡Te quiero!

—Yo también, Loretita.

Entonces termino la llamada, viendo que ha pasado aún más tiempo y nada de Lucius aparecer. Decido darme un baño relajante en la bañera, pero vigilando la puerta, porque parece que basta con que yo me quede desnuda para que él aparezca.

Sin embargo, esta vez no pasó. Me puse un albornoz, pedí una cena y comí una comida fabulosa, pero completamente sola. Porque nada del príncipe regresar.

¡Qué rabia!

Entonces decido acostarme en la cama y dormir, pero en cuanto despierte, va a escucharme por haberme dejado sola tanto tiempo.

***

El sonido del agua detrás de mí me despierta. Tardo unos instantes en entender lo que está pasando, hasta que me doy la vuelta somnolienta y mis ojos se abren de par en par al encontrar a Lucius bañándose y tocándose la polla, mirándome fijamente con una sonrisa traviesa brillando en sus labios.

¡Hijo de puta!

Esto es maldad conmigo. Esto es maldad. Esto es cruel. Esto… esto es un golpe bajo.

Debería simplemente cerrar los ojos y fingir que es solo un sueño.
Pero mi cuerpo entero despierta con él.

Debería darme la vuelta y fingir que es solo un sueño, pero todo mi cuerpo se ha encendido y mis ojos están fijos en su miembro erecto, que está pidiéndome a gritos que lo chupe…

¡No puedo hacer esto! Jamás voy a rendirme.

Me revuelvo en la cama, intentando controlar las ganas insanas de levantarme, entrar al baño sin el albornoz y rendirme a él. Lucius sabe lo que está haciendo, incluso después de haber pasado toda la noche fuera del hotel por una pelea idiota.

Sí, en eso es en lo que tengo que pensar. En el rencor de haber pasado tantas horas sola.

—América —me llama.

Me quedo quieta, fingiendo estar dormida, pero sé que él sabe que estoy despierta.

—Esposa, ¿puedes alcanzarme la toalla? La olvidé.

Se siente la sonrisa en su voz, pero no voy a ceder.

—Sé que no estás dormida, esposa —continúa, con la voz cargada de provocación.

Suspiro, vencida, y me siento en la cama evitando mirarlo. Porque la tentación es demasiado, sobre todo estando en la misma habitación.

Entonces salgo de la cama, agarro la toalla y abro la puerta del baño, dándome de cara con sus malditos ojos azules. Sostengo la toalla, evitando mirar su miembro, pero él lo hace a propósito, bajando la vista y obligándome a verlo en toda su gloria de virilidad.

Él agarra la toalla con una mano y con la otra, pasa la mano mojada por mi rostro.

—No mientas, sé que te gusta lo que ves.

—Lucius...

—Calma, esposa —sonríe, con ese aire de canalla digno de premio.

Suspiro.

—Solo estamos nosotros dos aquí, en esta habitación, tarde en la noche y…

Siento sus dedos tocar mi albornoz, abriéndolo despacio, como si cada roce formara parte de un ritual.

Mi cerebro está gritando: NO. Pero el resto de mi cuerpo… grita un "LO QUIERO" tan alto que resuena hasta en mi dedo gordo del pie.

Por eso, antes de que diga algo más… lo beso, tomando la iniciativa. Su boca encaja con la mía como si lleváramos años ensayando este momento.

Dios. Hasta el beso de este hombre es perfecto.

Él me atrae más cerca, me envuelve con sus brazos fuertes y yo simplemente… entro con él bajo el agua. Empapada, entregada, en llamas. Mi albornoz cae al suelo completamente mojado, olvidado.

Mientras me aprieto contra el cuerpo desnudo del hombre que debería ser mi error de Las Vegas, pero que, por alguna locura del destino… se siente demasiado correcto.

Su mano baja hasta mi culo. Aprieta con fuerza y nuestros labios siguen pegados, viciosos. Bajo los dedos por su pecho mojado, caliente, firme e irresistible. Hasta que mis dedos tocan su miembro.

Lucius suelta un gemido contenido. Casi un rugido satisfecho. Continúo con mis movimientos de vaivén sin que deje de besarme. Entonces, me levanta y me lanza en la cama sin ceremonias.

Sus labios cubren los míos antes de repartir besos por mi piel. Lucius pasa por mis pechos, demorándose lentamente en cada uno de mis pezones, baja por mi vientre hasta alcanzar mi sexo. Su lengua se demora en mi clítoris, llevándome a lo más alto.

—¡Más, Lucius! —le pido, sintiendo cómo mete dos dedos dentro de mí y me folla con ellos con maestría.

Pero cuando estoy a punto de alcanzar mi clímax, se aparta y me da un beso tranquilo y satisfecho.

—Buenas noches, esposa. Seguimos otro día.

Entonces se aleja y se acuesta a mi lado en la cama, como si nada estuviera pasando.

—¿Cómo dices? —me giro hacia él y está bajo las mantas, ignorándome por completo—. ¡Lucius!

Lo llamo y él me ignora por completo, dejándome hirviendo de rabia.

Me encendió, empezó todo y… de repente se detuvo.

¡Qué rabia!

Ahora estoy aquí, desnuda y sedienta por follar con él. ¡Pero ya verá! Si cree que esto será olvidado, está completamente equivocado, Lucius Stell.

Capítulo 10

Lucius

Despierto con el mejor aroma del universo: el olor del cabello de América.

Y también con el peor tipo de tortura: su culo presionado contra mi polla.

Solo que cuando abro los ojos... ¡joder! Una lencería beige.

Puta madre. ¿Qué mierda es esa que está usando?

Sé que se cabreó porque no follamos ayer, ¿pero hacía falta golpear tan bajo? ¿Beige, que ni parece que tiene tetas y coño?

Salgo de la cama, yendo al baño, mirándola a la distancia, sabiendo que hizo eso solo para joderme. Estoy seguro. Porque fue realmente jodido dormir loco por metérsela en su coño sediento, pero... lo hice por nuestro bien. Mejor dicho, por nuestro futuro. Porque quiero a esta mujer para mí y sin ninguna posibilidad de que pida el divorcio. Esté o no embarazada.

Ahora, si ella piensa que unas bragas beige y un sujetador sin gracia van a alejarme… está muy equivocada.

Cada centímetro de su cuerpo está tatuado en mi memoria y el sabor de su coño todavía está en mis labios como un maldito recuerdo vívido.

Pero está bien. ¿Quiere jugar? Vamos a jugar. Solo aviso una cosa: soy un Stell. Y un Stell no huye jamás de la guerra.

Tomo el teléfono de la habitación y pido nuestro desayuno. Pero la decisión ya está tomada: hoy mismo volvemos a Diamántia.

Ordeno que preparen nuestras maletas, cierro la puerta de conexión para que nadie ose ver a mi esposa durmiendo de esa manera, aunque sea de beige.

Cuando llega el desayuno, doy un golpecito leve en la cama.

—¿Qué quieres? —pregunta ella, con la sutileza de un puñetazo.

—Buenos días para ti también, esposa. Vine a llamarte para el desayuno. Nos vamos.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué? ¿A dónde?

—¿A dónde más sería, América? A Diamántia. Mi tierra y tu nuevo hogar.

Suelta una risa corta. Irónica. Lo sabía.

—Yo no voy.

—¿Qué?

—Lo oíste. Tengo familia aquí. Tengo que hablar con mi madre y con Loreta. No voy a ningún sitio.

Suspiro, manteniendo la poca calma que me queda.

—Las visitaremos antes. Pero tenemos pocas horas hasta que la prensa lo descubra —alzo la mano, mostrando la alianza—. ¿Crees que en cuánto tiempo esto se convierte en portada?

Ella resopla.

—Ya deberíamos haber anulado todo esto, Lucius. Estoy casi segura de que no estoy embarazada. Y este matrimonio… nunca debería haber pasado.

Pongo los ojos en blanco.

—América. No vamos a empezar otra vez con eso. Ayer mismo estabas loca por mí y no fue ninguna droga la que causó eso.

—Me arrepentí…

Alzo una ceja.

—¿Te arrepentiste? ¿De verdad?

Me acerco y ella no retrocede.

Entonces, hago lo que cualquier príncipe razonable haría:

Tomo su boca en un beso firme.

—Dime que te arrepientes de este beso, América.

Desciendo la mano por su cuerpo.

—Dime que no te gusta cuando te toco así.

Mis dedos alcanzan las malditas bragas beige. Las arranco con facilidad, tocando su coño.

—Dime que estar tan mojada no tiene nada que ver con el hecho de que quieres follar conmigo, porque falta muy poco para que te folle de la manera que adoras, esposa.

Ella abre los ojos como platos, pero no responde. Mi mano sigue ahí, sintiendo su lubricación y lo empapada que está, y no es por la rabia, sino por una excitación brutal.

—Vamos, esposa. Te estoy esperando. Di que te arrepientes de todo.

—Lucius... —murmura, jadeando, el cuerpo completamente entregado aunque su boca intente fingir resistencia.

—Solo dilo. Di que no quieres. Que no deseas. Que no pensaste en mí cuando te tocaste en la ducha, ayer.

Suelta un suspiro que casi me hace perder el control.

Pero no cede. Aún no.

—Te odio —dice, con la respiración entrecortada.

—Claro que me odias. Y por eso estás escurriéndote en mis dedos, ¿no?

Deslizo despacio. Solo para escuchar el sonido que suelta. Ese que intenta ahogar.

—Lucius... Para.

—Solo cuando digas la verdad. Que sí quieres irte conmigo. Que quieres seguir siendo mi esposa. Que no quieres más este jueguito de orgullo herido y estás loca por mí.

Ella cierra los ojos y aprieta los labios.

Y espero, pero no demasiado.

Porque algo aprendí de Alex: si quieres conquistar a una mujer inteligente, terca y orgullosa… haz que su corazón olvide la lógica. El cuerpo dará todas las respuestas.

¿Y el cuerpo de América? Ya está en la palma de mi mano. Ahora solo falta que me suplique.

—¡Hijo de puta infeliz! —explota, mordiéndose los labios—. Fóllame de una vez, Lucius Stell. Te quiero. ¡Ahora!

El sonido de eso casi me hace gemir. Pero no, aún es pronto y ella no dijo lo que yo quería oír. Sonrío de lado, con esa cara de cabrón que sabe que el juego ya terminó.

—Vas a tener que suplicar por mi polla, esposa. Porque está dura y lista para entrar en ti.

Ella entrecierra los ojos y, en silencio, lleva los dedos a sus propios labios, como quien piensa tragarse el orgullo. Entonces, me toca sin piedad.

¡Maldita bandida! Sabe exactamente lo que está haciendo, pero yo también sé jugar y necesito ganarle.

—¡No! —le sujeto la muñeca, deteniendo sus movimientos—. Solo tendrás si suplicas.

—No voy a suplicar, Lucius.

Paso la lengua despacio por su barbilla, sintiendo su cuerpo estremecerse bajo el mío.

—Sí lo harás… o no vas a correrte.

—Sabes que puedo hacerlo sola, ¿verdad?

—Sí, pero también sé que no será ni la mitad de lo que yo te hago.

Intenta replicar, pero su respiración ya está descompasada. Su cuerpo habla más alto que su terquedad. Le sujeto las piernas con fuerza, abriendo espacio entre ellas, rozando mi miembro contra su coño caliente y mojado.

Despacio, cruel y lento como merece.

—Di que este coño es mío, América. Suplica por lo que más deseas… o seguirás sintiendo solo la punta de mi polla rozando tu lubricación hasta que me canse.

Sé que alguien va a ceder. La cuestión es: ¿será ella... o yo?

Entonces, la bandida se abre el sujetador beige, exponiendo sus pezones rosados y sonriendo con ese gesto travieso que solo ella sabe hacer.

—Si tanto quieres oírlo... —dice, apretando sus propios pechos— por favor, Lucius Stell, fóllame este coño que sabes que es tuyo. Estoy suplicando. Métemela fuerte, como sabes que me gusta.

Joder. Ni lo pienso. Entro de una sola embestida. Profundo. Y el gemido que sale de nuestras gargantas al mismo tiempo… podría derribar todo Las Vegas.

La follo con la fuerza con la que me implora. Sus gemidos, sus piernas aferradas a mi cintura. Y su boca... que no deja de pedir más.

—Qué rico, Lucius... dame más.

Se sienta sobre mí y cabalga mi polla como si fuera dueña de ella, lo cual, joder, lo es. Luego la pongo de pie, la presiono contra la pared y la follo de espaldas, dándole palmadas firmes en ese culo perfecto que se menea para mí.

La giro de frente, tomo su boca y sigo metiéndola con ganas.

Ya muy cerca, ella se corre en mi polla, me ruega que disminuya… solo para, segundos después, pedirme más. Hasta que alcanzo mi clímax, corriéndome dentro de ella como si el mundo fuera a terminar allí.

—¡Mujer buena para follar de la hostia! —le susurro al oído, jadeando.

Ella ríe, me da un beso rápido y desaparece en el baño como si no acabara de dejarme completamente adicto a ella.

Suspiro, satisfecho, aún sin aire. Hasta escuchar el golpe en la puerta de comunicación.

Y entonces recuerdo a los empleados que mandé a preparar nuestras maletas.

Joder.

Lo escucharon todo.

Me visto rápido, intentando parecer el príncipe digno que el pueblo cree que soy y no el depravado que acaba de gemir demasiado alto con su esposa.

Abro la puerta como quien no debe nada a nadie, con la calma de quien nació con un trono garantizado.

—Majestad... —dice la empleada con las mejillas en llamas —. Las maletas de ambos ya están listas.

Asiento con la cabeza, completamente impasible.

Si me escucharon follando como un animal con mi mujer, mejor.

Soy de la realeza, al fin y al cabo. Y América es mi esposa. Así que que se jodan con lo que piensen.

Asiento con la cabeza pensando en cómo contarle esto a mi esposa. Mejor que no lo sepa. O se pondrá avergonzada, y lo que no quiero es a América con vergüenza de nada, especialmente después de esta follada increíble.

Capítulo 11

América

Sé que no debería haberlo hecho, ¿pero quién dijo que estoy arrepentida?

¡Dios mío! ¡Él es tan increíble en la cama! A un nivel que debería estar prohibido en quince países.

Y los dos tenemos un encaje perfecto. Cuerpo, respiración, piel, pecado. Aunque sea completamente errado lo que pasó.

Quiero decir… Si no quiero estar casada, ¿por qué demonios estoy follando con mi marido? Y lo peor. Otra vez… sin preservativo. Felicidades para mí. Estoy oficialmente compitiendo por un bebé real sin ni siquiera haberme inscrito.

Cuando éramos adolescentes, ok, no siempre usábamos, pero yo tomaba una pastilla que una amiga de mi madre me indicó, sin pensarlo, cuando descubrió que estaba saliendo con "un Stell". Pero ¿hoy en día? Después de siglos sin ver siquiera a un hombre desnudo, dejé todo por completo. Claro, porque ¿qué podría salir mal? ¿Verdad?

Spoiler: ¡todo!

Y ahora, aquí estoy. Sentada en un aeropuerto privado, al lado de un príncipe, el más joven de los Stell, claro, esperando autorización para el vuelo que me llevará directo a Nueva York, donde tendré que enfrentar a mi madre.

Mi madre que, detalle importante, siempre detestó a los Stell.

Imagina su alegría cuando sepa que su yerno… es el Príncipe Lucius Stell.

El mismo al que me mandó olvidar, borrar de mi vida, bloquear en todas las redes sociales y, de paso, evitar incluso en pensamiento.

Ese mismo ahora es el hombre con el que me casé accidentalmente, con el que follé deliberadamente… y con altas probabilidades de estar embarazada de él. ¿Soy o no soy el ícono de las comedias románticas?

—América —dice él a mi lado, extendiendo un café en un vaso carísimo con esa sonrisa convencida de quien sabe exactamente lo que hizo con mi cuerpo unas horas atrás.

¿Y lo peor? Yo también lo sé y adoré cada instante.

Tomo el café más sabroso que he probado en mi vida y respiro hondo, pensando en cómo será cuando mamá sepa lo de Lucius. Dios, va a ser una locura. Y hasta hoy no entendí los motivos reales para tanto rencor.

Quiero decir, Lucius tiene una pésima fama, sí, pero desde que nos reencontramos… se ha comportado. No parece estar follando con otra mientras está conmigo. Porque si lo estuviera, su camisa blanca estaría manchada de pintalabios, perfume, o cualquier otra evidencia. Y sí, fui a revisar. Después de que se durmiera y me dejara frustrada, claro.

Soy desconfiada. Con motivos. Nadie con sus ojos y ese historial de libertinaje se convierte en un ángel de la noche a la mañana.

—Majestad, no tenemos cómo seguir hacia Nueva York en este momento —avisa uno de los empleados del aeropuerto, con la expresión tensa—. El mal tiempo cerró el aeropuerto. Estamos sin previsión.

—¡Joder! —suelta Lucius, furioso—. ¿Y el aeropuerto más cercano?

El empleado muestra la pantalla, exhibiendo un mapa con todo el norte en rojo. Genial. Atrapada con mi marido por accidente. En clima de romance involuntario. Y ahora, sin ninguna posibilidad de fuga.

—Vamos a esperar. Ver si mejora —dice él, ya impaciente.

El hombre se aleja y, como si el universo quisiera ponerme en un reality show sin guion, el móvil de Lucius empieza a sonar.

—¡Mierda! —resmunga, mirando la pantalla.

Leo con claridad: "Liam". El rey. Así de simple.

—Necesito contestar, América.

Se aparta y, incluso desde lejos, oigo:

—Iba a contártelo en el instante en que llegara a Diamántia, Liam…

Mientras él intenta evitar la tercera guerra real, mi teléfono vibra. Grupo: "Mis Locas Preferidas". Amber y Grace.

Amber: "¿Cómo que te casaste con un príncipe en Las Vegas, mujer???"

Ella manda una noticia en un sitio y ahora sé por qué el rey está llamando. La noticia se filtró.

Grace: "Todavía estoy en shock. Pensé que ya habrían anulado todo, pero por lo visto…"

América: "Chicas, todo está tan complicado".

Grace: "Complicado es lo mucho que estás follando con el príncipe, eso sí".

Amber: "Jajaja".

Grace: "Amiga… ¿quieres quedarte con el REY en la barriga? Literalmente".

Cierro los ojos y respiro hondo.

Simplemente Grace siendo Grace.

Y yo siendo... la mujer que no consigue decidir si mata a Lucius o si se casa con él otra vez.

—América, no podemos esperar, necesitamos ir ahora mismo a Diamántia —me informa Lucius y sé que no hay espacio alguno para discusión.

—Está bien. Vamos.

***

Seguimos por horas en un avión privado, mientras siento mi corazón oprimido en el pecho.

Hace años que no me acerco a Europa, mucho menos a Diamántia. Con excepción de la boda de Amber, que fue en Italia. Pero tan rápido como estuve allí, regresé a Nueva York.

Mi madre siempre repetía que debía mantenerme lo más lejos posible de ese reino y yo obedecí. Sin preguntas, sin titubear.

Pero hoy, casada con un príncipe, es un poco más complicado simplemente decir "no quiero".

Principalmente después de la noche de ayer.

Esta situación es una paradoja andante. Estoy viviendo lo que, años atrás, habría sido mi mayor sueño... y al mismo tiempo, la peor pesadilla de mi madre.

¿Y lo peor de todo? Que aún me gusta.

Mucho más de lo que debería.

Lo que pasó ayer lo dejó dolorosamente claro. Incluso intentando ser racional, incluso luchando contra todo lo lógico… no consigo evitarlo.

Soy adicta al Príncipe Lucius Stell.

Y, incluso después de años, incluso después de un océano entero de distancia... absolutamente nada cambió.

—Un diamante por tus pensamientos, esposa —su voz corta mi ensoñación, cargada de ironía.

Mi mandíbula se cae.

Literalmente.

—Normalmente la expresión es "un dólar por tus pensamientos" —lo corrijo, cruzando los brazos.

—Pero no todos son príncipes —retruca, soltando esa sonrisa insolente que seguramente practicó frente al espejo.

Pongo los ojos en blanco, sin disimular el tedio.

—Lo sé, pero... —suspiré, ya sintiendo la irritación subir por mis venas— ¿podrías ostentar un poco menos, no crees?

Él simplemente ríe, como si mi frustración fuera una función divertida. Y eso, honestamente, me irrita más de lo que debería. ¿Estará ironizando el hecho de que no soy tan adinerada como su noble linaje? Porque, si es así, juro que ni el título real lo salvará.

Entonces, de la nada, Lucius deja de reír, leyendo mi expresión de completo descontento.

La sonrisa desaparece como si nunca hubiera existido y me mira con una seriedad que llega a ser incómoda.

—No, América —dice, bajando el tono—. Yo solo... me estaba acordando de mi amigo. Alexander Vanderbilt. Siempre decía algo así.

Cruzo los brazos, no del todo convencida.

—Él no nació en familia real —continúa Lucius, ahora más serio, dejando de lado la sonrisa de canalla que domina casi siempre sus facciones—. Alex es hijo de un juez de Nueva York que se mudó a Diamántia. Nathaniel Vanderbilt. Pero es uno de mis mejores amigos. Simplemente me lo recordaste. Nada más.

Él toma mi mano de nuevo, esta vez con más suavidad, y la lleva a sus labios, dejando un beso lento, cuidadoso, como si estuviera tatuando el gesto en mi piel.

El escalofrío es instantáneo. Sin autorización ni lógica. Y, por un instante, es difícil recordar por qué luché tanto contra esto. Sus ojos azules se clavan en los míos. Intensos y completamente peligrosos.

Entonces, una azafata se acerca para ajustar algo en la cabina y, como un reflejo de puro instinto de supervivencia emocional, retiro mi mano de golpe. No puedo ceder. Especialmente ahora.

Necesito mantener, al menos, algún resquicio de cordura. Lucius ni parece inmutarse. Solo apoya los codos en el reposabrazos y me observa como quien ya decidió por los dos.

—No te preocupes por Diamántia —dice él, con esa confianza absurda que parece genéticamente programada en los príncipes de esa estirpe—. Todos tendrán que aceptarte como mi esposa.

"Esposa". Esa palabra todavía suena tan surreal para mí como un cometa cayendo en medio del desierto. ¿Cómo de la noche a la mañana me casé con Lucius? Sé cómo ocurrió, claro, pero aún me cuesta creer que sea real.

Respiro hondo, intentando organizar mis pensamientos.

—Lucius... —empiezo, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Liam está furioso porque la noticia se filtró —me interrumpe—. Necesitamos ser rápidos.

Mi estómago se encoge. Mi madre. Loreta. ¿Cómo voy a explicar esto?

—Mi madre va a enloquecer —confieso, más para mí misma que para él.

Lucius solo sonríe. Una sonrisa de quien cree controlar todo el tablero.

—La señora Úrsula tendrá muchas alegrías al tenerme como yerno —dice, con una arrogancia real que debería estar prohibida.

Si supiera lo que mi madre realmente piensa sobre la familia Stell…

Inspiro con calma, me concentro en los hechos y aprieto fuerte su mano, obligándolo a mirarme.

—Lucius —digo, seria—, sabes que... dentro de dos meses, si la prueba da negativo, todo esto termina, ¿verdad? Esta historia de matrimonio, de futuro. Todo.

Él cierra los ojos por un segundo, como quien sopesa una decisión difícil.

—América, para evitar problemas, necesitamos actuar como si estuviéramos... perdidamente enamorados —dice, como si fuera una simple cuestión estratégica.

Alzo la ceja.

—¿Perdidamente enamorados? ¿Estás bromeando conmigo?

—No es broma. —Se acomoda en el asiento, firme—. Esperan que oficialicemos la unión con una boda real. Un evento. Solo necesitamos ganar tiempo hasta que todo se resuelva.

Me recuesto en la butaca, cruzo los brazos y lo encaro.

—Entonces, básicamente, ¿fingir que soy la mujer más enamorada del mundo del príncipe más insoportablemente engreído de la historia?

Él sonríe. Como si acabara de arrancarme un contrato verbal sin que yo me diera cuenta.

—¡Exactamente!

Suelto una risa seca.

—Genial. Que empiece el teatro.

Pero dentro de mí, algo terco y completamente estúpido susurra:

Tal vez no todo sea tan teatro, ¿verdad, América?

Capítulo 12

Lucius

Una esposa falsamente enamorada, que anoche folló conmigo con una devoción inolvidable. Esa es mi señora América Stell.

Finalmente llegamos a Diamántia y fuimos recibidos por un mar de reporteros hambrientos por cualquier detalle sobre mí y, principalmente, sobre mi esposa. Los guardias nos rodearon de inmediato y seguimos apresurados hacia el coche oficial de la realeza.

Confieso que no solté la mano de América ni por un segundo y tampoco lo haré.
El alboroto es tal que hasta para salir del aeropuerto resulta complicado.

Las cámaras destellan como explosiones alrededor del coche, mientras los reporteros gritan preguntas que, obviamente, ignoro. Sé muy bien lo que quieren: su imagen. La de la mujer hermosa que ahora lleva mi apellido.

América tiene los ojos abiertos de par en par, claramente aterrada por todo aquello.

—¿América? —la llamo, intentando traerla de vuelta.

El primer instinto de ella es aferrarse a mí. Le sujeto la cintura con firmeza y hablo, rozando mis labios en su cabeza:

—Tranquila. Estoy aquí contigo.

Acaricio su espalda despacio, sintiendo la tensión que recorre su cuerpo.

—¿Cómo...? —susurra, sin poder concluir— esto es una locura, Lucius.

Beso la cima de su cabeza, en un gesto automático de protección. Podría decirle que va a mejorar. Mentir para aliviar su miedo. Pero la verdad es una sola: esto es solo el comienzo.

Como todo explotó por culpa de un maldito chisme, es obvio que la curiosidad se expandió como fuego en paja seca. Mi familia la conoció en la adolescencia, pero el mundo entero aún no tiene idea de quién es la nueva señora Stell. Y, honestamente, eso solo lo hace aún más peligroso.

Tras unos minutos en medio del caos, finalmente atravesamos las puertas del Palacio Real de Diamántia, protegido por rejas reforzadas, cámaras de alta seguridad y hombres armados en cada rincón.

—Esperen la autorización de salida, Majestad —solicita el chófer en un tono seco.

América se aparta de mí, limpiándose discretamente las lágrimas de desesperación. No digo nada, solo la observo.

Mis ojos se vuelven hacia el lugar que conozco desde que nací.
El palacio imponente, con su arquitectura robusta, las torres erguidas bajo el cielo nublado. Hasta en las paredes externas hay diamantes incrustados, de menor valor, claro, pero aun así preciosos.

La imponencia de Diamántia es conocida en todo el mundo.
Existen otros reinos alrededor, es cierto... pero ninguno es como el nuestro.
Somos tradición, somos poder y amo esta tierra con cada gota de mi sangre.

—¡Autorizados! —informa el guardia.

Las puertas del coche se abren y yo salgo primero, de postura erguida, con toda la pose que exige mi título. Espero que América venga conmigo.
Ella vacila un segundo, pero termina acompañándome. Seguimos

escoltados hasta dentro del palacio, las cámaras aún intentando captar lo que puedan desde afuera.

Pero en cuanto atravesamos el vestíbulo principal, lo que encuentro me hace soltar un maldito insulto mental. Las primeras personas con las que me topo son Liam y Lindon.

¡Joder!

Los dos esperándome como si fueran mis carceleros particulares.

—¡Vienes con nosotros ahora mismo, Lucius! —ordena el rey Liam, sin espacio para negociación.

—América... —intento argumentar, ya previendo que será un desastre si la dejan sola.

Antes de que logre terminar la frase, Lindon se acerca a ella con la expresión cerrada y me responde seco:

—Se quedará con Catherine en la biblioteca.

Veo cuando Lindon llama a uno de los empleados para acompañarla. América, por supuesto, me mira como si la enviaran al cadalso.

Entonces camino hacia ella y hablo bajito, junto a su oído:

—No te pongas nerviosa. Todo está bien.

Echo un vistazo a los dos armarios de traje frente a mí y agrego:

—Necesito resolver unas cosas con ellos. Caty es una de mis mejores amigas. Te va a gustar.

En ese mismo instante, veo un brillo instantáneo de celos en sus ojos.
Casi me dan ganas de reír, pero me contengo, porque en el segundo siguiente, Liam ya clava su mano en mi cuello, como hacía cuando yo era niño, y me empuja hacia el ala real.

En cuanto entramos en la sala del rey, que, claro, no es la sala del trono oficial, pero sirve como sala de reprimendas de emergencia, la puerta se cierra de golpe. Solo estamos los tres y, por sus caras, sé que estoy absolutamente jodido.

El rey Liam es el primero en explotar, obvio:

—¿Qué mierda fue lo que hiciste, Lucius? ¿Desaparecer y casarte con una desconocida en Las Vegas? —grita— ¡parece que tienes mierda en lugar de cerebro! Tu fase de orgías ya era un desastre, pero ahora te superaste. ¿Cuál es tu próximo plan? ¿Divorciarte mañana y dejar un hijo bastardo en el camino?

—Liam, yo...

—Si supieras la cantidad de mierda que estoy intentando controlar desde que salió la noticia...

—Sé que es complicado…

—¿Complicado?! Ningún príncipe en la historia de Diamántia se casó fuera del palacio. ¿Y tú apareces casado con un Elvis de fondo?

Lindon, claro, no pierde la ocasión y me muestra en el móvil el vídeo que ya dio la vuelta al mundo. Elvis. Las luces estridentes. Nosotros diciendo "sí" entre risas. Un circo completo.

—Sé que no fue lo correcto —murmuro.

—¿No fue lo correcto?! —Liam aprieta los dientes—. El reino está en crisis diplomática por tu culpa. Y ahora, aunque ella sea una desconocida, tendrán que casarse oficialmente. ¿Lo entiendes?

—¿Cuál es su nombre, Lucius? —pregunta Lindon, frío.

Exhalo, derrotado:

—América Feitag.

Inmediatamente, los dos se detienen a mirarme y el silencio llena el ambiente.

—Recuerdo ese nombre —dice Liam, entornando los ojos.

—Claro que lo recuerdas —asiento—. No es cualquiera, es mi primera novia, a la que conocí aquí.

Liam lanza una mirada rápida a Lindon y solo entonces entiendo que acabo de empeorar la situación.

—Entonces, se casan mañana mismo —decreta el rey.

Cierro los ojos, imaginando perfectamente el "no" de América en el altar si intentan forzar esto tan rápido. Necesito conquistarla de verdad antes de que eso ocurra.
Solo tengo una salida.

—Ella... está con sospecha de embarazo.

Listo. Lo solté.

—Era lo que faltaba —resmunga Liam, ya arrancándose los cabellos de la desesperación.

—Si fuese de otro reino... —empieza Lindon.

Ya sé lo que está pensando. En Diamántia, ninguna mujer puede casarse embarazada. Está en las leyes, pero en el caso de mi hermano Lindon, él se casó en Safóvia, en una boda apresurada porque la princesa en cuestión, mi mejor amiga, estaba embarazada.

—¿Ya se hizo la prueba para confirmar? —pregunta Liam, ahora más tenso que un cable de alta tensión.

—Sí... pero aún es inconclusa —miento sin pestañear.

Ellos se lanzan una mirada pesada y yo mantengo la pose. Porque, si me quiebro aquí, estoy acabado. Están a punto de matarme con sus propias manos. Sin embargo, mi prioridad es conquistar por completo a América para que realmente se case conmigo y encontraré la forma de retrasar esa boda lo máximo posible. Porque será mía.

—Tú y ella se quedarán en tu habitación hasta que tengamos la confirmación. Si es negativo, se casan al día siguiente

sin mucho alboroto. Positivo, ya sabes lo que pasará, Lucius.

Exhalo con fuerza, porque ni había notado que contenía la respiración. Porque, si América realmente está embarazada, quedará en el palacio, confinada hasta el nacimiento de... nuestro hijo y luego, tendremos la boda real.

Vaya. Solo la idea ya me marea de felicidad. Un hijo mío. Con la mujer que más he deseado en toda mi vida. ¡Es simplemente perfecto!
Y si hereda su cabello rubio, será la perfección absoluta.

Pero, claro, mi felicidad dura exactamente tres segundos.

—Pero no pienses que será solo eso —Liam añade, sacándome de mi pequeño brote de optimismo—. A partir de hoy, hombre casado, asumirás funciones en el reino y trabajarás para ganarte tu casa. Solo tendrás derecho a ella después de la boda oficial, como manda la ley.

Cierro los ojos, intentando procesarlo todo.

Ahora es oficial: estoy completamente jodido.

Capítulo 13

América

Mi vida cambió por completo de la noche a la mañana. ¿Cómo podría imaginar que despertaría casada con Lucius... y que, además, estaría de vuelta en Diamántia?

Está bien, no todo son flores. ¿Estoy viviendo la vida de Cenicienta? Tal vez. Pero en mi caso, la medianoche aún no llegó. Y ya empiezo a sospechar que los zapatos de cristal vinieron con espinas escondidas.

En cuanto Lucius se alejó, sin siquiera presentarme formalmente al rey, me vi siendo conducida hacia... "una amiga suya".

Y, sinceramente, sé muy bien lo que "amiga" significa en el lenguaje de un príncipe mujeriego.

¡Qué rabia! Llegar al Palacio Real de Diamántia y encima tener que lidiar con tal Catherine. Apuesto a que es preciosa, perfecta y…

—Entre aquí, señora —indica uno de los trabajadores del palacio, deteniéndose frente a una puerta gigantesca.

Me giro hacia él, algo desconfiada:

—¿Qué hago?

—Basta con llamar. La princesa ya la está esperando.

La tal princesa. La posible amante. Genial.

Hago lo que me pide y espero, en una mezcla de tensión y antipatía hacia la mujer que ni siquiera conozco. Sabía que Lucius tendría que hablar con el rey, pero pensé que... tal vez estaría a su lado.

Pero, claro, los reales se reúnen y yo... que soy solo una chica común que despertó, por el mayor azar del universo, casada con un príncipe, quedo fuera de toda discusión.

Miro el pasillo y me vienen recuerdos de cuando caminaba aquí con Lucius. Éramos adolescentes, pero... muy enamorados. Él me conoció cuando cabalgaba por la ciudad. Claro que yo sabía quién era, todos los habitantes conocían a los reales, pero después de que salimos de aquí, cerramos los ojos por completo sobre Diamántia. Solo sabemos que Liam ahora es rey y cómo fue el comportamiento de Lucius con el paso de los años. El resto, ni lo imagino.

Recuerdo a la Princesa Lindsey y al serio y reservado príncipe Lindon, que por lo que vi, no cambió mucho. Si me hubieran dicho que estaría con alguno de ellos, habría sido más fácil. Pero esta tal princesa Catherine, nunca había oído hablar de ella.

La puerta se abre.

—¡Hola! Así que tú eres la famosa América Feitag... —sonríe y completa divertida— perdón, quiero decir: ¿la nueva Princesa América Stell?

Me congelo.

Me quedo en shock. Es completamente hermosa. Tiene más o menos mi edad, la piel morena clara y el cabello rizado. Sus ojos color miel me saludan con una sonrisa amistosa, que no sé si me gusta tanto. Si fuera amante de Lucius, me voy a volver loca.

—Hola... —respondo, seca.

Necesito recordar todo lo que mi madre me enseñó: Diamántia es un nido de víboras. No confíes en nadie. No muestres demasiada simpatía.

Pero entonces ella continúa:

—Olvidé presentarme. Soy la Princesa Catherine Grace Stell. Casada con el Príncipe Lindon Stell. Creo que ya oíste hablar de él,

¿no?

¿Casada?

Repito la palabra mentalmente, solo para estar segura.

CASADA.

En ese mismo instante, me viene a la cabeza la cuestión: ¿sería Lucius tan cabrón y...?

—¿Podemos entrar a la biblioteca? En cualquier momento aparece la Reina Wendy y estoy eligiendo una película para nosotras —dice con tanta naturalidad que me deja confundida.

Catherine va adelante y, sin alternativa, la sigo.

En cuanto la puerta se cierra, ella me sujeta por los hombros y dice sin rodeos:

—Antes de que pienses tonterías, porque conozco demasiado bien a Lucius... —pone los ojos en blanco— yo nunca me acosté con él. Ni con Alex. Siempre fueron solo mis amigos. ¿De acuerdo?

Parpadearía de sorpresa si aún pudiera. Pero ahora tengo una certeza basada en su convicción. Catherine no es amante ni mucho menos una princesa dentro de los patrones esperados. ¡Estoy impactada!

—América, ¿vas a decir algo? —provoca— porque, por lo que sé, Lucius dijo que sabes quejarte muy bien.

Lucius. Seguro le contó horrores de mí a esta mujer.

Respiro hondo, pensando. Lucius dijo que eran amigos y debería confiar en ella, pero... aún estoy recelosa. No obstante, debo hablar para demostrar un mínimo de simpatía hacia alguien que me está recibiendo tan bien.

Aunque desconfiada, decido ser, al menos, educada:

—Perdón.

—¡Relájate! —Catherine sonríe—. Me encantó el vídeo de Las Vegas. Si pudiera, iría con Lindon allí, pero trabaja con Liam todo el tiempo y las vacaciones tardan en llegar.

La sigo hasta el área de sofás de la biblioteca, que está en una parte acristalada, con cortinas discretas. Ayudo a acomodar cojines, aún intentando entender si es una trampa real o si... de verdad está siendo amable conmigo.

Confieso que es raro que no haya empleados del palacio aquí, pero Catherine parece más una mujer sencilla que se casó con un príncipe que una princesa de cuna. Sin embargo, no seré la primera en cuestionar. Especialmente cuando me recibe tan bien.

—¿Será que... van a tardar en devolverme el teléfono? —pregunto.

—Creo que no. Es solo por seguridad —guiña un ojo— y tranquila, no van a revisar tus nudes.

Me río, aunque no quiera. Al menos es bueno saber que alguien aquí se toma la vida con menos... teatralidad.

En el instante siguiente, su atención se dirige al lado opuesto al nuestro. Al inicio del pasillo, veo a una mujer pelirroja muy guapa y no necesito mucho para saber que es la Reina Wendy, pero no viene sola: trae consigo a una muchacha preadolescente, de cabello rojo como el de la reina, y a una mujer morena de ojos verdes, que irradia un aura algo... venenosa.

—Qué raro... —murmura Catherine— Wendy trajo a Ingrid. Justo hoy.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—La reina, la princesa Sabrina Stell y... la condesa Ingrid Aurélis —responde, haciendo una mueca discreta—. Y la última... no sería precisamente una buena visita para un día como hoy.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Mierda... Después te cuento.

Y solo con mirar a esa condesa, ya siento que no traerá nada bueno. Genial. Una más para la lista de "peligros andantes de Diamántia".

La Reina Wendy se detiene frente a nosotras y sonríe. Ese tipo de sonrisa que es tan perfecta que llega a dar miedo.

—Así que, finalmente, conociendo a la famosa América Feitag —dice ella, con voz firme y a la vez gentil—, la nueva princesa de Diamántia.

Me siento tan incómoda que apenas logro hacer una torpe reverencia.

—América, no hace falta eso aquí —susurra Catherine, divertida.

—Sí —confirma Wendy—. Aquí es una zona libre de protocolos reales. Al menos, lo intentamos.

Se gira hacia la niña a su lado.

—Sabrina, preséntate.

—Hola, tía América. Soy Sabrina, encantada de conocerte.

No puedo evitar sonreír al mirar a la princesa, pelirroja como su madre y con unos ojos azules intensos como los de Lucius.

—El placer es mío, princesa.

Ella me sonríe y se sienta en el sofá.

Entonces, mi atención se centra en la tal Ingrid. Lo que tiene de guapa, lo tiene de falsa. Si Grace viera a esta mujer, estoy segura de que soltaría una de sus perlas sobre la falsedad sin pensarlo dos veces.

—Hola, ¿qué tal? —dice ella, con una sonrisa que ni se acerca a sus ojos—. Debes estar volviéndote loca con tantas

novedades, ¿verdad?

—Muy agitado —respondo, con el mismo tono educado.

—Pero pronto te acostumbrarás. Sobre todo casada con un hombre como el Príncipe Lucius —añade, dejando escapar un brillo sospechoso en la mirada.

Sé que puede parecer manía mía, pero... en cuanto pronunció el nombre de mi marido, capté el interés y no me gustó nada. De acuerdo, mi matrimonio fue un accidente, pero nada me quita de la cabeza que esta mujer lo desea de alguna manera.

—Cierto —replico seca y me acomodo en el sofá junto a Catherine, que me lanza una sonrisita cómplice.

Durante la película, finjo prestar atención a la pantalla. Pero siento, a cada segundo, la mirada de Ingrid clavada en mí como un cuchillo afilado.

Y ya sé una cosa: no voy a quitarle los ojos de encima a esa mujer.

***

Después de unas horas en las que pasamos conversando, llega el aviso de descanso para la cena y nos dispersamos.

Sigo por el pasillo, intentando recordar el camino hacia donde quedaba la habitación de Lucius, pero en medio de las escaleras, siento unas manos firmes en mi cintura.

Me giro de golpe... y me encuentro con él. Mi Lucius.

Me abraza como si el día hubiera sido una eternidad.

—Gracias a los cielos, Liam y Lindon me soltaron de la sala del rey. —Me besa el cuello.

—¿Has estado todo este tiempo allí? —pregunto, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—Sí. Y, América... —suspira, pegando su cuerpo contra el mío— mis hermanos son unos grandes hijos de puta. Con todo respeto a nuestra madre, claro.

Suelto una risa baja, aunque intento mantener la compostura, sobre todo cuando siento sus manos bajando peligrosamente hasta mi trasero.

—Lucius, aquí no —advierto, empujando suavemente su pecho antes de que tenga la brillante idea de besarme en plena escalera real.

Él ríe, pero retrocede.

—Está bien. Pero cambiando de tema, tenemos que hablar urgentemente sobre lo que conversé allí dentro.

Asiento con la cabeza y él me guía por el pasillo.

En cuanto gira el pomo y abre la puerta, un mundo entero de recuerdos me atropella.

La habitación... está prácticamente igual.

Follamos mucho en su cuarto. ¿Escondidos? Sí, pero no por eso menos placentero. Hasta que…

—Aquí será nuestro cuarto por ahora —aclara.

Asiento, de acuerdo, y observo la ventana de cristal de su cuarto. Aquella donde, una noche, me tomó por detrás en la penumbra, mientras mis pechos se apretaban contra el vidrio helado.

Trago en seco.

Me siento en el borde de la cama, intentando ignorar la avalancha de recuerdos indecentes. Pero me doy cuenta de que Lucius... también recuerda.

Se nota en sus ojos el deseo explícito que brilla allí, quemándome.

Entonces, en un acto impensado, me levanto y lo beso con hambre, deseo, rabia.

—Serena, vas a volverme loco —gime contra mis labios, usando aquel apodo que solo él empleaba.

—Solo una vez. Por los viejos tiempos, Confusión —susurro, deshaciendo uno a uno los botones de su camisa.

Siento sus músculos bajo mis dedos y eso solo me hace más voraz.

Lucius retrocede medio paso, sonríe con esa mirada descarada que solo él tiene y da la orden:

—Siéntate en la cama, ¡ahora!

Sonrío y obedezco, con el corazón martilleando en el pecho.

—Quítate las bragas.

Sin dudar, deslizo la prenda por mis piernas y la dejo caer al suelo.

—Túmbate. Y abre las piernas para mí.

Levanto la falda del vestido, exponiendo mi coño para él, sin pudor.

La mirada de Lucius recorre cada centímetro desnudo con un hambre que me hace estremecer.

—Tócate, mi Serena —ordena, con voz ronca.

Muerdo mi labio y deslizo mis dedos hasta donde más lo necesito, comenzando a acariciarme. Veo cómo la mirada de Lucius se vuelve aún más sombría de deseo.

La sonrisa depravada que surge en sus labios me deja completamente a su merced. Y en ese momento, estoy segura: estoy completamente hechizada por Lucius Stell, que es mi mayor locura.

Capítulo 14

Lucius

¿Si pensaba que ya lo había visto todo? Estaba completamente equivocado.

Porque ahora estoy aquí, presenciando la escena más erótica de mi vida:

Mi América, acostada en mi cama, con las piernas abiertas, tocándose solo para mí.

Y, joder... qué suerte la mía.

Ella no solo es deliciosa. Le gusta tanto el sexo como a mí, o quizá más, y por eso ordené que estuviera así: expuesta, obediente y completamente mía.

A partir de hoy, esa cama también es suya. Y va a aprender que no existe lugar más seguro... ni más peligroso, que entre mis sábanas.

Empiezo a quitarme la ropa despacio, sin prisa, manteniendo mis ojos clavados en ella.

Me detengo en los calzoncillos a propósito, dejando bien claro el efecto que ella tiene sobre mi polla. Pero no me los quito. Aún no. Tengo otros planes para ella primero.

Me recuesto sobre América, robándole un beso de los labios... y cuando intenta abrazarme, le sujeto las muñecas por encima de la cabeza.

—Tus manos se quedarán aquí arriba mientras te follo bien rico, Serena —murmuro en su oído.

Ella sonríe con esa malicia que solo ella sabe.

—¿Entendido? —refuerzo.

Ella solo asiente con la cabeza, obediente.

Levanto su vestido, exponiendo sus deliciosos pechos, y atrapo uno con la boca, lamiendo y mordisqueando sus pezones.

Sus gemidos me enloquecen, pero impongo la orden:

—Sin ruido. Compórtate, Serena.

Es nuestro juego. Y sé que a ella le encanta.

Le doy atención al otro pecho mientras mis manos bajan hasta su coño ya empapado. Bajo besos por la línea de su vientre, hasta llegar a donde más quiero estar. Abro sus labios y paso la lengua lentamente, probando la miel que es solo suya.

Joder, el sabor de América... es una adicción que ni en mil años podría curar.

Le meto dos dedos, moviéndolos con ritmo calculado, follando su coño como sé que le gusta.

Sus gemidos se vuelven más altos, más desesperados, pero yo continúo.

Acelero el ritmo, hasta que se corre en mis dedos. Sin piedad, lo limpio todo con mi lengua, saboreando cada segundo.

Acaricio sus pechos mientras su respiración aún se entrecorta.

Me levanto, bajo mis calzoncillos y, sosteniendo mi polla ya palpitante, pregunto:

—¿Estás lista para ser follada, Serena?

Ella me mira con esa mirada nublada de deseo, y solo asiente con la cabeza.

Tomo su boca en un beso salvaje, dejándola sentir su propio sabor mezclado con mi hambre.

Entonces, levanto su pierna y posiciono mi polla en su entrada, sin prisa.

—Ahora que has sido una niña obediente... Puedes decirlo. ¿Quieres mi polla en tu coño, Serena?

—¡Fóllame, Confusión!

Es todo lo que necesitaba.

La penetro de una sola vez, profundo, arrancando suspiros de ambos.

Empiezo lento, solo para torturarla un poco más.

Pero América pide más... y yo nunca supe negarle nada.

La pongo a cuatro sobre la cama y la follo fuerte, palmoteando su culo redondo en cada embestida. Ella se mueve contra mí, volviendo locos mis instintos más primitivos.

La jalo hacia arriba, pegando su cuerpo al mío y frotando mi pulgar en su clítoris mientras continúo follando duro y sin tregua.

Ella se corre primero y su cuerpo entero se estremece. El sonido de su placer hace explotar mi resistencia y entonces, me corro dentro de ella, con fuerza, sujetando su cintura para sentirla toda. Beso su espalda desnuda, mientras aún intentamos recuperar el aliento.

Nos soltamos despacio, el sudor mezclado entre nosotros dos, y yo voy hacia el baño anexo de la habitación.

—Este baño es nuevo —comenta América, aún con la voz arrastrada por el placer.

Sonrío.

—Sí. ¿Quieres ducharte conmigo, esposa?

Ella ríe de lado, esa risa que me hace querer estrellarla contra la pared otra vez y, sin dudar, América se quita el vestido que apenas cubre su cintura y corre desnuda hacia mí.

***

—¿Estás cansada? —pregunto, besando su espalda mientras aún intentamos recuperar el aliento, después de empezar la siguiente follada en la ducha... y acabar en la cama otra vez.

—¿Y tú no? —ella sonríe, girándose hacia mí, aún sin aliento — pero... ¿por qué la pregunta?

—Porque tenemos la cena real... dentro de unos quince minutos.

—¡Lucius! —América salta de la cama como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué pasó?

—¿Qué voy a ponerme?! ¡No tengo nada y...! —empieza a alterarse.

—Relájate, Serena. —Me siento en la cama, tomando el teléfono.— Sé que Caty resuelve eso por ti.

Hago la llamada y ella atiende en la tercera.

—¿Solo vestidos? —pregunta mi amiga cuando le explico— también necesita zapatos, pero no sé su talla, y algunas joyas. Puedo prestarle una de las mías también.

—Eres un amor, Caty —declaro, recibiendo una mirada asesina de América— te mandaré por mensaje la talla de sus zapatos.

—Y tú eres un caradura. Dentro de poco el personal estará llegando por ahí con algunos vestidos y, por favor, no tengan sexo sobre las piezas, ¿vale? —responde Caty.

—De acuerdo.

Ella corta la llamada y ya sé que tendré que dar explicaciones a mi hermosa y ardiente celosa.

—Lucius... —cruza los brazos, todavía desnuda— ¿has tenido algún tipo de relación con la princesa Catherine?

Suspiro.

—No. Caty es solo mi amiga. Casada con mi hermano Lindon. Jamás llegué a tanto.

—¿Y con la condesa? —dispara ella.

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Qué condesa?

—La condesa Ingrid Aurélis —gruñe—, ¿qué me dices de ella?

¡Mierda!

—¿Cómo la conoces?

—¿Entonces sí existe algo? ¿Es eso? —América me encara como si estuviera lista para despellejarme.

—América...

—Habla, Lucius. Porque claramente ella tiene intereses en ti. ¿Es tu amante?

—Joder...

—¡Explícate, Lucius!

Suspiro.

—Me encanta cuando te pones celosa, pero...

Entonces, nuestra conversación es interrumpida por dos empleados trayendo montones de zapatos —porque no dije la talla de América—, vestidos y varias cajas de joyas.

Claro que Caty entendió "traigan todo" literalmente.

—¿Podemos terminar esta conversación después de la cena? —pregunto, mirando la montaña de cajas— o vamos a llegar tarde.

Ella se mete en el baño para adelantar la ducha, mientras yo separo lo que vestiré para enfrentar a mi familia con la presencia de

Ingrid Aurélis. Casi me la follo una vez, pero Alex me detuvo. Sin embargo, un simple beso fue suficiente para que esa mujer pensara que podría tener algo conmigo algún día.

Siempre la desmentí, diciendo que jamás tendría nada con ella, pero ahora que volví casado y muy involucrado con mi esposa, sé bien que Ingrid no disfrutó ni un poco de conocer a América.

Tardamos un poco en salir de la habitación porque, claro, mi esposa quería arreglarse mejor.

Lo máximo que me permite es abrocharle el collar de diamantes en su cuello.

Ni se imagina que, media hora antes, yo estaba dentro de ella, oyendo su boca linda implorar por más.

Bajamos juntos y, como acordamos, para mantener la farsa del matrimonio apasionado, América sostiene mi mano con un toque ligero pero firme.

Entramos al comedor enorme, demasiado iluminado y formal incluso para los estándares de Diamantia, y me paralizo al ver la disposición de las sillas. El rey Liam y la reina Wendy están a la derecha. Caty al lado de Lindon. ¿Y quién está allí, en el lugar reservado para mí? Ingrid, junto a mi silla.

Respiro hondo y cambio de lado sin dudar, llevando a América conmigo. Prefiero sentarme al lado de Caty y mantener a mi esposa cerca de mí, antes que cerca de Ingrid. La quiero lejos de la serpiente disfrazada de condesa.

—Disculpen nuestra demora —digo, ayudando a América a sentarse.

—¡Bienvenida, América! —mi hermano Liam la saluda con ese tono real oficial que todos fingen ver como natural.

Ella se sonroja a mi lado y solo asiente con la cabeza. Sé bien que para ella todo esto es muy extraño, pero se está

defendiendo con tantas novedades encima, salvo nuestra pelea por Ingrid.

—Gracias, Majestad.

Pocos instantes después, empiezan a servir la cena. Cuando tengo el primer plato delante y degusto una receta del libro de la reina, Caty llama mi atención.

—Hasta con tu esposa consigues pelear —comenta, riendo con la copa de vino en la mano.— Se nota que discutieron.

Respiro hondo.

—Caty, ¿por qué carajos América conoció a Ingrid? —pregunto en voz baja.

—Fue Wendy quien la llevó —aclara, con tono de quien tampoco lo aprobó— yo también me sorprendí. Ni imaginaba que aparecería, sobre todo por ese platónico loco que tiene contigo.

Rueda los ojos y continúa:

—Pero según la reina, fue medio por casualidad. Ingrid se autoinvitó a nuestra tarde de películas.

Suspiro, resignado. Claro que fue "por casualidad".

—América me preguntó por ella —confieso.

Ella me mira sorprendida.

—¿Y qué le respondiste?

—Le pregunté cómo la conocía.

Ella niega con la cabeza, conteniendo la risa.

—La cagaste, Lucius. Si Lindon me responde con otra pregunta, yo me pondría en alerta. ¿Por qué no fuiste claro de una vez? Fue solo un beso que te arrepentiste y punto.

Pongo los ojos en blanco.

—Ella es jodidamente celosa. Hasta de ti me preguntó, y sé que hablar contigo ahora me traerá problemas.

—¿Y todavía dudas de que le gustas? —Caty ríe bajo.— Si de verdad te odiara, ya te habría metido ese anillo real por el culo. Lo sabes.

—No estaría tan seguro. —Discrepo.

Ella bebe un sorbo de vino.

—Si te odiara, no estaría aguantando todo lo que está pasando para quedarse contigo. —Me lanza una guiñada.— Aprovecha y cásate de una vez, carajo.

Suelto una risa seca y vuelvo a mirar a América, que está asesinando el pollo con el cuchillo de mesa.

—¿Quieres más jugo? —pregunto, como si no estuviera desesperado por arrancarle una sonrisa.

Por la sospecha de embarazo, no toca el vino y yo tampoco.

—¿Estaba buena la conversación? —pregunta ella, con esa mirada lista para degollarme.

—Solo estábamos... hablando de novedades. —Improviso, intentando sonar casual.

Ella arquea una ceja, claramente desconfiada, y ya sé que la noche será larga.

—Quiero volver a la habitación, Lucius —anuncia, sin rodeos.

—Pero tú…

—Necesito irme ahora —corta firme, levantándose de la mesa sin mirar atrás.

Todos en la sala siguen la escena y, por puro instinto —y para evitar un escándalo mayor—, me levanto también.

—América se siente indispuesta. La acompañaré —explico, antes de seguirla apurado.

Tardo algunos minutos en encontrarla. Y cuando la veo, está discutiendo con uno de los guardias del palacio.

—Quiero mi teléfono de vuelta. ¡Ahora! —exige.

—Majestad, yo…

—¡Anda! —replica ella, con la autoridad de quien sabe que tiene el mundo a sus pies.

—América, calma —intento intervenir.

—Mantente lejos de mí, Lucius —ordena, firme.— Si ahora soy la más nueva princesa de Diamantia, debes obedecerme. Excepto, claro, si el rey exige lo contrario.

El guardia me mira, perdido, esperando instrucciones. Pero conozco a mi esposa lo suficiente para saber que enfrentarla ahora sería pedir ser decapitado.

Hago un gesto para que le entregue el aparato.

El guardia obedece y América agarra el celular como si fuese una espada en batalla. Intenta encenderlo, pero está totalmente descargado.

—¡Qué rabia! —resopla, marchando hacia nuestra habitación.

Conecta el móvil al cargador, toma ropa y se encierra en el baño para quitarse el vestido de la cena. Yo me acomodo en la cama, esperando, pero lo que recibo es a América acostándose de espaldas a mí, ignorando por completo mi existencia. Intento tocar su hombro... y soy recompensado con un manotazo en el brazo.

—No va a pasar nada. Duérmete y punto.

Cierro los ojos, soltando un largo suspiro.

Listo. Ahora sí empezó la verdadera vida de casados: menos sexo, más manotazos y noches enteras peleado con la esposa.

¡Maravilloso!

Capítulo 15

América

He estado horas esperando a que Lucius se duerma, pero las lágrimas ya desbordan.

Me esfuerzo por ser fuerte, pero no sirve de nada.

Si todo lo que me dijo hasta ahora es mentira... ¿qué voy a hacer?

Me quedé prácticamente sola en esa mesa enorme, mientras él charlaba con Catherine —que hasta me cae bien— y la maldita condesa Ingrid me miraba como si quisiera arrancarme de la silla con los ojos.

Solo de recordarlo, siento el estómago revolverse.

Por eso necesitaba mi teléfono. Tengo que hablar con mis amigas, con mi hermana, con alguien que me recuerde quién era yo antes de todo esto.

Lucius puede ser un dios griego en la cama, pero nadie sobrevive solo de buen sexo. Y la mejor persona que conocí aquí dentro es la mejor amiga de él y, sinceramente, aún intento confiar en ella. Ya la tal condesa... ni bajo tortura.

Cuando noto que Lucius ya ronca bajito, me pongo cualquier cosa, agarro el teléfono y salgo de la habitación. Necesito oír una voz amiga, alguna locura de Grace, o voy a enloquecer. Me siento tan sola que... necesito la irreverencia de mis amigas.

Entro en la biblioteca, cierro la puerta, enciendo la luz y me dejo caer en uno de esos sofás absurdamente lujosos con detalles en diamante, porque, claro, aquí todo tiene que gritar "riqueza" en cada centímetro.

Hago una videollamada al grupo.

Solo contesta Grace, porque Amber, con dos niños pequeños en casa, ya debe estar en el décimo sueño.

—¿No deberías estar follando con un príncipe ahora mismo, América?

Suelto una risa, sintiendo que el peso del pecho se alivia un poco.

—También te extrañaba, amiga.

—Vale. Sé que fui directa. Pero es que... ¡todo el mundo aquí habla de ti! Eres como la nueva Cenicienta... solo que, en vez de perder el zapatito, perdiste la vergüenza y te casaste en Las Vegas.

Esta vez río de verdad.

—Si fuera tan simple, estaría en paz. Pero aquí... no es ningún cuento de hadas, Grace. Solo quería volver a cuando nuestra mayor preocupación era elegir una optativa.

—¿Qué pasó, amiga?

Ella pone esa cara seria que conozco demasiado bien.

—¿Quieres que organice un equipo para darle una paliza real a ese príncipe? Porque conozco unos tíos del hockey y del fútbol americano. Todos grandes y fuertes. Tú me dices y tomamos ese castillo.

Me carcajeo, sintiendo la tensión aflojar solo por tenerla conmigo, aunque a kilómetros de distancia.

—Pero dime la verdad. ¿Qué está pasando? ¿Alguien te hizo daño?

Me limpio una lágrima.

—Solo creo que... la vida me está atropellando y me siento más sola de lo que jamás imaginé.

—¿Pero no conocías a Lucius de tu misterioso pasado?

—Sí, pero... no creo que sea real. Quizá solo sea sexo, pero... existe la posibilidad de que esté embarazada y... aún no sé si debo casarme de verdad sin entender qué ocurre.

Ella aprieta los labios.

—¿Sabes lo que yo pasé con un hombre que no sirve, no?

Le doy una sonrisa triste.

—Justin.

—Sí, pero... al menos tiene una polla decente y siempre disponible.

—No voy a decir nada más, ya sabes mi opinión.

—Sí, pero me sirve de conejillo de indias para mis prácticas de odontología. ¿Te conté que ahora estoy segura de que seré dentista?

Sonrío.

—¿Por fin te decidiste? ¡Felicidades! Serás la mejor. Quizá encuentres una sonrisa de valor.

Ella pone los ojos en blanco.

—Es más fácil encontrar oro en la playa que una boca de valor.

Río.

—Mi vida será restaurar dientes y, en algunos casos, arrancarlos. Y creo que me divertirá más lo segundo.

Reímos juntas.

—Pero basta de mí, cuéntame qué pasa. ¿Por qué estás triste?

—Porque creo que me equivoqué al dejarte a ti y a Rebeca atrás... y quedarme con Lucius.

Río sin humor.

—¿Dejar a tu marido? Amiga, el video que no recuerdas y que está en las redes deja claro que ustedes se quieren, como mínimo.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre la Eclipta…?

—Pero él estaba contigo, sin nada que ocultar. Mira el video completo que te mandé y verás lo que digo.

—De acuerdo. Lo haré.

—Buenos días allá en Diamantia, amiga.

—Buenas madrugadas para ti en Nueva York.

Corto la llamada. Y aunque sigo con el corazón apretado, abro el video que ella me mandó.

La escena es intensa. Yo parezco feliz. Libre. Beso a Lucius sin miedo.

¿Y lo más impactante? Su mirada. Una devoción que ni recuerdo haber visto antes.

¿Lucius enamorado?

Si fuera en el pasado, lo creería. Cuando éramos adolescentes y todo era más simple.

Pero hoy... después de años separados y de tantas mujeres perfectas que pasaron por su vida... es difícil de creer.

Sí, soy la "esposa" del príncipe. Pero sé muy bien cómo ve él un matrimonio real. No lo quiere. Le gusta lo que tenemos entre cuatro paredes, la química, la intensidad.

¿Pero hacerme su princesa de verdad? Casi seguro que no.

A no ser que... realmente esté embarazada.

Aún es pronto para una nueva prueba. Unos diez días más y podré confirmarlo. Por lo menos de aquella noche en Las Vegas.

Lo más loco es que cada vez que tenemos sexo, olvido los preservativos. El deseo es más fuerte que la lógica. Me entrego entera.

Pero si la prueba da negativa... creo que será el fin. La anulación, mejor dicho, el divorcio, será nuestro destino. Porque todo el mundo sabe que un matrimonio en Las Vegas, para alguien de la realeza, no tiene validez.

Entonces él seguirá adelante, con noches interminables de mujeres hermosas, y yo... volveré a mi vida.

—¿Qué haces aquí sola? —la voz grave de él me sorprende.

Doy un salto y me giro hacia él.

—Vine... a atender una llamada —digo, intentando sonar casual.

—¿En una biblioteca, a estas horas?

—¿Está prohibido?

—No es recomendable. No me gusta la idea de que andes sola por estos pasillos, América.

Solo el modo en que lo dice ya me irrita.

—¿Cómo que "no te gusta"? —replico— tú no mandas en mí, Lucius.

Él se lleva los dedos a las sienes, clásico gesto de quien se controla para no explotar.

—Vamos a nuestra habitación —dice firme.

—No, hasta que te disculpes por tu tono. No soy tu propiedad.

—¿Y yo dije eso en algún momento? —responde, claramente molesto.— Solo me preocupé porque desperté en medio de la noche y mi esposa había desaparecido después de una pelea. ¿Satisfecha?

Me encara y la tensión late entre nosotros.

—Joder. Odio este clima, América. Discutes por todo y luego te quejas cuando intento protegerte.

—No soy una niña…

—Pero viviste a la sombra de la realeza. ¿No entiendes que tu imprudencia te convierte en un blanco fácil? Diamantia tiene enemigos. Gente que podría hacerte daño solo para alcanzarnos. ¿Lo entiendes ahora?

Me quedo quieta. Nunca lo había visto desde ese ángulo. Que incluso dentro de un palacio... yo podía estar vulnerable.

—Lucius...

—Ya nos atacaron aquí dentro, y no hace tanto. La familia real casi terminó en tragedia, América.

Me atrae a un abrazo fuerte. Pero no es un abrazo de deseo.

Es algo más. Es cuidado, preocupación, sentimiento.

—No me hagas esto. No te pongas en riesgo. Yo... yo no sé qué sería de mí si te perdiera, América.

Llevo mi mano a su rostro. Y, por primera vez en mucho tiempo, lo veo de verdad.

Un sentimiento auténtico. Un amor que no nació en Las Vegas. Que ya estaba allí desde antes. Lucius Stell siente algo por mí.

—Pero estoy aquí —susurro— está todo bien.

Él me besa, pero no como antes. Tiene deseo, claro. Tiene fuego.

Pero lo que sobra es amor, y ese sentimiento también me desborda.

—¿Me prometes que no te irás, Serena? —me pide, mirándome directo a los ojos, y mi corazón tropieza.

—Te prometo que me quedaré, Confusión.

Entonces me besa de nuevo, apretándome contra su cuerpo, dejando que el deseo de siempre se mezcle con lo que ahora existe entre nosotros. Algo nuevo, fuerte e imposible de ignorar.

—Lo quiero todo contigo, Lucius.

—Y tendrás lo mejor de mí, mi princesa América.

Capítulo 16

Lucius

Trim. Trim.

El maldito teléfono no deja de sonar y me arruina el sueño, que estaba delicioso.

Sobre todo ahora, con el cuerpo de América pegado al mío y su culo rozando mi polla.

Estamos en una pereza rica y cansada.

Después de conversar en la biblioteca, nos acercamos más y... literalmente tuvimos una "luna de miel" en nuestra habitación. Han pasado algunos días y todo ocurre a un ritmo delicioso, con mucho sexo en cada momento que logramos encontrarnos.

Si alguna vez tuve dudas sobre América, en estos días juntos habrían huido de mi cabeza a la velocidad de la luz. Porque mi esposa es perfecta, jodidamente deliciosa, y yo soy adicto a ella.

Pero no todo son rosas, sobre todo porque de hecho tuve que empezar a trabajar con mis hermanos. Me encargaron actualizar los mapas cartográficos de Diamantia. Eso significa viajes a regiones remotas del reino. O sea: estar lejos de ella.

Y todo lo que quiero ahora es seguir exactamente aquí: abrazado a mi mujer, planeando cómo pasaremos el resto del día follando. Lo que ya podríamos estar haciendo en este mismo momento.

Paso el dedo lentamente por su brazo, solo para verla estremecerse, y me permito recordar lo bueno que fue reencontrarla… y casarme con ella, por más loco que haya sido, fue lo mejor que hice.

Ahora, más que nada, quiero su "sí". Un "sí" de verdad.

Ya mandé hacer una joya con un diamante extraído de nuestra tierra. Va a brillar en su mano como merece.

Solo me falta el momento justo. Porque para mí, ella ya es mi princesa.

Después de eso, solo faltará esperar el gran día, que será inolvidable.

—Lucius... ¿es tu teléfono? —indaga ella, con la voz ronca.

Me giro en la cama, buscando el aparato y lo veo quieto en la mesita de noche.

—No, Serena.

El teléfono vuelve a sonar otra vez y es una melodía distinta.

Al escucharla, América salta de la cama, completamente desnuda, corriendo a atender.

Se queda en silencio unos instantes.

—¿Qué? ¿Mamá?

Me mira y ya sé que viene mierda.

—Claro que iré, hermana. Mañana mismo estaré ahí.

América termina la llamada y me mira. De inmediato, noto la preocupación en sus ojos y sé que no es buena noticia.

—¿Qué fue? —pregunto.

—Mi madre. Loreta llamó diciendo que está hospitalizada, que no es tan grave, pero para mí es preocupante. Yo... no había podido hablar con ella estos días y solo hoy mi hermana logró contactarla.

Se sienta, cabizbaja. Yo voy hasta ella y la envuelvo en un abrazo.

—Lucius, necesito ir. Mi madre me necesita en Estados Unidos.

—Claro que irás —respondo sin pensarlo dos veces— voy a llamar y reservar tu vuelo para hoy mismo, Serena.

Ella sonríe, agradecida, y me besa.

—Solo voy a extrañarte, Confusión —declara, acariciando mi rostro.

—¡Yo mucho más! —afirmo, dejando hablar a mi corazón— pero, ¿quieres ayuda para preparar tus cosas? ¿O llamo a alguien que…?

—No hace falta —responde, levantándose— creo que será rápido. Pronto estaré de vuelta.

—Por supuesto que sí —concuerdo— solo llámame y mando a buscarte en el momento.

Ella ríe, se pone la camisola, pero enseguida la atrapo contra mí, apretando su culo.

—Si tardas demasiado, iré yo mismo a buscarte.

Ella suelta una carcajada.

—¿Y dejarte tanto tiempo cerca de esa infeliz de la condesa? Ni loca, Lucius.

Río de mi celosa, la atraigo y la beso con ganas.

Pero antes de que la cosa se caliente como quiero, el despertador suena de nuevo, recordándome mi día de trabajo con mis hermanos.

—Detesto ser el príncipe menor —rezongo, besando su rostro.

Ella ríe y desliza la mano por mi pecho... hasta mi polla.

América se arrodilla con esa carita de perversa que me desarma.

—Pero quédate tranquilo... jamás me metería con uno de tus hermanos mayores. Tú lo sabes, ¿verdad?

—No hables de mis hermanos antes de empezar a chuparme la polla, amor.

Ella no responde y simplemente me roba el aliento, tragándose mi rabo entero hasta atragantarse.

—¡Joder! —exclamo, sintiéndola engullir hasta el fondo.

Luego se lanza a mis huevos y sigue excitándome como una condenada.

—Levántate ya, que voy a follarte ese coño delicioso, Serena.

Ella obedece y se empina contra la pared.

Yo me agacho, le abro el culo con gusto y paso la lengua despacio por la entrada.

El sabor de ella es adictivo.

Dios, cómo está de mojada.

Le doy una palmada en el culo y me coloco en su entrada, metiendo lento y arrancando gemidos de los dos.

Empujo despacio y sabroso, y ella me pide más rápido. Voy aumentando el ritmo, intensificando nuestras sensaciones.

Después la giro de frente, la encajo en mi cintura sin salir de dentro.

América se deja caer sobre mi polla al ritmo de mis embestidas, cabalgándome deliciosa.

Luego me siento con ella en la cama, bajando el ritmo para que goce como más me gusta verla: intensa, descontrolada, mía.

No tarda en correrse y yo la sigo, fundiéndome en su cuerpo.

—Voy a extrañarte mucho, Serena.

—Yo también, Confusión.

Y nos besamos, ignorando el reloj que vuelve a sonar, llamándome a mi deber de príncipe.

***

—¿Cuándo vas a llamar? —pregunto, ya en el aeropuerto, esperando su vuelo a Nueva York.

—En cuanto llegue —responde. —Después, todos los días. No te preocupes.

Suspiro. El pecho ya siente el vacío.

—¿Segura que no quieres un guardaespaldas? Puedo mandar a alguien discreto…

Ella sonríe y me besa con ternura.

—No, Príncipe Lucius Stell. Puedo arreglármelas sola. Si pasa algo, te llamo.

Levanto el dedo.

—Vas a estar en un lugar seguro. Compartir ubicación. Y…

—Y luego voy a llamarte. Sea la hora que sea.

—Correcto.

La abrazo fuerte, ignorando el frío de la madrugada en Diamantia.

Ella está caliente. Presente. Real. Y no quiero soltarla.

Por mí, me iría con ella. Mandaría todo al demonio: mapas, reuniones, compromisos diplomáticos, mi título.

Pero el deber real es una mierda, y mantener el título será bueno para nuestro futuro.

Ser un Príncipe tiene un precio y su nombre es distancia.

Sin embargo, si tarda demasiado… iré por ella.

Aunque sea al infierno.

Y no es una amenaza.

Es una promesa.

—Ahora... tengo que irme, Confusión —dice, con esa mirada que siempre desordena mi mundo.

La beso de nuevo. Un beso lento, cargado.

Un beso de quien quiere decir "quédate" aunque no pronuncie la palabra.

Pero nos interrumpe el aviso del piloto.

—Pórtate bien, ¿sí?

Asiento de inmediato, tratando de mantener la pose, y ella me da un último beso casto, suave y, aun así, devastador.

Entonces América se suelta poco a poco de mis brazos, y cada paso que da lejos de mí pesa más de lo que podría soportar.

Camina hacia el jet privado de la familia real.

Y yo me quedo. Parado. Inmóvil.

Siendo el príncipe que no puede correr detrás de la mujer que ama.

Cuando la aeronave comienza a rodar, mis dedos se cierran en un reflejo inútil.

Quisiera gritar. Detenerlo todo. Subir a ese avión e ir con ella.

Pero no lo hago. Solo me quedo allí, mirando, con los puños apretados y el pecho estrangulado, viendo a la mujer que, sin duda alguna, amo, desaparecer una vez más de mi alcance.

—Es por una buena causa, Lucius —murmuro para mí mismo, pensando en su madre. —Y ella volverá a mí.

Porque si no vuelve... yo mismo iré a buscarla.

Capítulo 17

América

¿Por qué estoy llorando por él?

—¿Desea beber algo, majestad? —me pregunta la azafata, interrumpiendo mis pensamientos.

Yo solo niego con la cabeza, mirando a Lucius de pie, observando el avión. Tan cerca, pero tan lejos. Todo fue tan intenso e inusual, arrebatador y... extraordinario, que no sé en qué momento el deseo se transformó en este sentimiento tan profundo que sobrevivió a los años.

Yo amo al Príncipe Lucius Stell.

Mi descarado favorito, que también es mi esposo guapo, ardiente... y que también siente algo por mí.

Quisiera demasiado tenerlo a mi lado, aunque sé que será una locura cuando llegue a casa, con o sin mi marido de Las Vegas.

Los días anteriores fueron perfectos, salvo los momentos en que él trabajaba con sus hermanos. No como una persona común, con horarios fijos y jornada laboral que cumplir.

Lucius, cuando no necesita viajar al interior del Reino, pasa gran parte de la mañana y de la tarde trabajando en el Palacio, pero antes del anochecer ya vuelve a nuestra cama. Eso, claro, cuando no sucede en la hora del almuerzo. A veces saltamos la comida y nos quedamos haciéndonos el amor en la cama...

Hablando de eso, ayer fue la primera vez en años que me llamó “amor”.

Sé que fue en una situación en la que yo estaba a punto de hacerle sexo oral, pero... creo que fue real, y no solo deseo.

Después de nuestra última pelea, él me mostró que no es solo aprecio y pasión. Lucius se preocupó de verdad por mí. En los días siguientes hablé con algunos empleados y hasta me sorprendió la reina. Pero fue muy bondadosa conmigo y me contó un poco de lo que había pasado.

La historia más oscura de Diamantia.

Los atentados.

El secuestro del rey.

El Príncipe Aidan, el hijo mayor de los reyes, y cómo todo terminó. Me quedé en shock con lo que supe, y pensar que todo comenzó con alguien de confianza del rey Henry, un hombre llamado Daxton.

Juro que ya escuché ese nombre en algún lugar, pero... no logro recordar de quién se trataba. Tal vez mi madre lo conozca, pero sé que preguntar será complicado. Ella detesta a Diamantia y... no está bien, así que ni siquiera pienso sacar ese tema ahora.

En este momento, sobrevolando el cielo de mi nuevo hogar, mis pensamientos están en el hombre que ahora tiene mi corazón y que a cada segundo está más lejos de mí.

Me acomodo en la butaca, y cuando estoy por quedarme dormida, la azafata me habla de la cama disponible en la parte trasera del avión. Le agradezco y me acuesto, pensando en lo maravilloso que sería tener a Lucius a mi lado, sobre las nubes.

***

—Majestad, el señor Stell... —dice el piloto.

—Voy a llamarlo ahora mismo —respondo, tomando mi maleta y dirigiéndome a la entrada del aeropuerto.

Pido un taxi y, durante el trayecto, ya marco el número de Lucius. Sin embargo, no contesta. Debe estar durmiendo o

demasiado ocupado para no ver una llamada mía.

Pongo los ojos en blanco, irritada, y enseguida le escribo.

América: "Espero que solo estés dormido, Lucius. Ya te extraño. Respóndeme en cuanto puedas."

Pienso unos segundos en qué más escribir y, con una sonrisa de nostalgia, tecleo:

América: "Te espero. De tu Serena."

Suspiro enamorada, cerrando la pantalla.

En cuanto me detengo frente a la casa de mi madre, percibo que ha llegado la hora de enfrentar las consecuencias de mis actos. Pero antes de eso, ¿por qué no enfocarme en otra cosa? Como el hecho de estar de vuelta y saber qué tiene mi madre.

Respiro hondo y avanzo con paso firme hacia la puerta de casa. La abro y, claro, la primera persona que encuentro es a mi madre en el sofá, mirándome con su eterna cara de juicio.

—Hola, mamá —digo, intentando un mínimo de calor humano.

Me acerco para abrazarla, pero ella levanta la mano con más precisión que un guardia real.

—América. La hija que más me ha decepcionado en la vida.

Wow. Empezamos bien.

—Mamá, no le hables así —aparece Loreta, con una bandeja de comida en las manos, al estilo doncella de drama histórico.

—Solo tenía un pedido. ¡Uno! Mantenerte lejos de los Stell y de esa tierra maldita. Pero no... fuiste y te casaste con uno de ellos. Igual que una... cazafortunas coronada.

—Mamá... —intento argumentar, pero ella ya está en modo Drama Máximo Activado.

—¡Solo falta que me digas que estás embarazada! ¡Que vas a darme un nieto de esa gente soberbia!

Y... ¡bingo! Toque de terror interno. Porque sí existe una posibilidad. Aún no lo sé. Pero, ¿y si...?

—¿Estás embarazada, América? —pregunta Loreta, con los ojos abiertos como si estuviera viendo un reality show en vivo.

—Yo... no quiero hablar de eso ahora.

—Si lo estás... —y ahí viene la bomba— no tengas a ese hijo. No quiero ver mi sangre mezclada con esa gente.

—¡Mamá! —exclamo, colocando la mano en mi vientre. —Si estoy embarazada, voy a tener a mi hijo. Y usted no me lo impedirá.

Ella se levanta de un salto, pareciendo una versión dramática de la Reina Malvada de Blancanieves.

—¿Entonces es eso?! ¿Quieres un hijo de ellos? ¿Quieres mezclarte con esa chusma?

Y antes de que pueda responder, pierde el equilibrio y cae.

Loreta corre, la sostiene y la ayuda a sentarse de nuevo en el sofá.

—Mamá... yo no entiendo todo este odio —respiro hondo— pero Lucius es mi esposo. Y…

—Aún no tienes una corona, América —responde con frialdad. —Todavía hay tiempo de desistir. Tú no eres una de ellos. Y ellos no merecen una joya como tú.

—No voy a discutir mi vida contigo en este momento. Estás enferma y vine a ayudarte.

Ella me mira con desaprobación y se recuesta en el sofá.

—Ruego al cielo para que todo esto termine bien y te des cuenta pronto de la estupidez que estás cometiendo, América.

Suspiro, cada vez más irritada con todo esto, y me aparto de ella, yendo hacia la cocina. Tomo un vaso de agua, pensando en sus palabras.

Ya imaginaba que detestaría mi matrimonio completamente inesperado, pero decirme que aborte a mi hijo... eso es demasiado.

¡Jamás haría eso! Aunque ese bebé haya sido concebido en una noche de la que... no recuerdo nada, aún así se convirtió en mi hermosa historia con el príncipe. Al principio dudé, pero después de aquella entrega entre nosotros dos, de la conexión que hasta ahora no logro explicar, es simplemente perfecto.

Y claro. Me descubro imaginando, sí: un bebé de ojos azules intensos, del hombre que amo desde la adolescencia y que, de alguna forma que no sé explicar, nunca salió de mi vida ni de mi corazón.

—América, no te pongas triste... mamá siempre fue así —dice Loreta, mirándome con cariño.

—Lo sé, pero... es complicado —respondo, sin siquiera saber cómo explicarlo.

Ella, con apenas diecisiete años, es absurdamente madura para todo lo que ya pasó. Físicamente, somos parecidas: los mismos ojos, pero su cabello es más claro y voluminoso. Lo que no daría por tener ese volumen natural.

—Te extrañé, hermana —me dice, abrazándome fuerte. —Ahora, quiero saberlo todo. ¡¿Cómo es que... te volviste princesa?! ¡Viralizaste por todas partes!

Echo una mirada hacia el pasillo.

—¿Será que mamá no se va a quejar?

—Seguro que sí —responde. —Pero qué importa, tengo curiosidad. ¿Cómo fue vivir en un castillo? ¿Mi cuñado es tan guapo y simpático como en los videos?

—Loreta, no entres en esos temas con tu hermana ingrata —la voz de mi madre corta el momento como un cuchillo de pan. —¡Jamás pondrás un pie en esa tierra! Ya basta con la desgracia de que la otra haya regresado...

—Mamá, solo no te respondo como mereces porque estás enferma —digo, respirando hondo— pero, por favor, deja de hablar mal de Diamantia. Desde que llegué allí, solo me han tratado bien…

—¡Porque quieren algo de ti allí, niña tonta! —rebate ella, con su tono típico.

—¡Basta, ustedes dos! —explota Loreta. —Mamá, América volvió a casa. Estamos las tres juntas otra vez y usted solo sabe quejarse.

—Loreta, tú no entiendes…

—Entonces explícalo —interrumpo. —¿Por qué todo este odio hacia Diamantia, mamá? ¿Qué fue lo que pasó?

Ella me mira. Silencio. Tensión. Esa pausa intensa que me deja con la duda. Por un segundo, pienso que lo dirá. Que abrirá la verdad, pero claro que no sucede.

—No voy a perder mi tiempo explicando lo obvio a ustedes dos. Son demasiado niñas para entender.

Entonces, se va a su cuarto sin mirar atrás.

***

Más tarde, después de la cena, Loreta guarda los platos y mi celular vibra.

—Maridito llamando —bromea, con una sonrisa pícara.

—Voy afuera a atender —respondo, sonriendo y saliendo por la puerta trasera.

Me siento en la silla del jardín de mamá y atiendo la videollamada.

—¿Por qué tardaste tanto en llamarme? —pregunto.

—Porque dormí demasiado sin ti en mi cama, Serena —responde él, con ese tono pícaro que siempre me desarma.

Suelto una risa.

—¿Así que dormir conmigo te quita el sueño?

—Exactamente. Dormir contigo es como... adrenalina convertida en sábana.

Suspiro.

—¿Hay alguien cerca? —me pregunta, con esa voz sugerente.

Miro alrededor. Solo los grillos.

—Sola. Mamá está dormida y Loreta sabe que vine a atenderte.

—Ya me cae bien mi cuñada —dice, riendo. —Pero volviendo a lo nuestro... adoro perder el sueño metiéndome en mi esposa deliciosa…

—Yo también quisiera estar contigo y…

—¿Qué poca vergüenza es esta, América? —mi madre aparece de repente en la terraza como un susto.

—¡Mamá! —casi dejo caer el celular.

—Tenía que ser un Stell. Esa promiscuidad…

—Lucius, necesito colgar —digo, desesperada.

—¿Por qué tu madre está hablando así de mí, América?! —pregunta él, indignado.

—Después te lo explico. Te lo prometo.

Cuelgo la llamada con el corazón en la garganta.

—Mamá, estaba hablando con mi esposo…

—¡Entonces regresa con él! ¡Ve a ser feliz con él allá!

Pongo los ojos en blanco.

—Pues así como estamos, eso es exactamente lo que voy a hacer. Porque, aunque tengas todas las críticas del mundo, yo amo a mi marido. Y no me arrepiento ni un poco de que sea un Stell.

—Si supieras lo que realmente estás diciendo…

—No empieces con frases a medias y verdades escondidas, mamá. Ya entendí que no vas a contar nada.

Ella me mira como si quisiera decir más, pero se queda callada.

Suspiro y entro a la casa. Me acomodo en mi antiguo cuarto, que todavía tiene el póster de mi boyband favorita y una colcha rosa con mis ositos de peluche.

Mañana será un nuevo día y, si depende de mí, será con respuestas. O al menos con menos drama y mejor señal de celular.

Capítulo 18

Lucius

Un mes después…

—¿No puedes dibujar la curva de un maldito río? —murmuro, mirando al cartógrafo como si hubiera perdido el juicio.

—Aquí, Majestad... —extiende el plano, vacilante.

—Está mal. ¡Rehazlo! —suelto la pluma sobre la mesa y dejo la sala antes de perder la compostura de una vez por todas.

Joder. Hace un mes que América se fue para quedarse con su madre y mi paciencia ya se está yendo completamente al carajo. Todavía no conseguí salir de aquí para ir hasta ella y, después de que confirmó que mi suegra tiene cáncer, estamos separados por las circunstancias.

Hablamos todos los días, pero aun así, no es suficiente, porque necesito sentir su cuerpo junto al mío otra vez y, si sigo tanto tiempo solo, voy a cometer la locura de viajar solo para pasar unas horas con mi esposa y mandar al carajo todas las atribuciones de la realeza.

Sin embargo, América me pidió que no fuera... todavía. Porque, por algún motivo, la señora Úrsula detesta a mi familia. Claro que no hablé del asunto con Liam ni con Lindon, pero es raro que alguien que vivió años en nuestras tierras deteste a la familia real.

Pero quien amo es a mi Serena, su madre... eso es aparte. Principalmente porque, al menos, tengo el apoyo de Loreta, mi cuñada. La chica es lista. Me recuerda demasiado a una antigua novia de Liam. Juro que el parecido es absurdo. Pero no puede ser

pariente. Sería demasiado bizarro. Y sinceramente, ya tengo suficiente confusión para lidiar.

—Está listo, Majestad —dice el funcionario, entregándome la nueva versión.

Le doy un vistazo rápido. Ahora sí.

—Por fin, acertaron.

Cierro las actividades un poco antes, porque quiero pasar un tiempo cabalgando para relajar la cabeza. Necesito dejar de pensar en América, que está muy ocupada al otro lado del océano. Tengo que enfocarme en algunas cosas y... quién sabe, conversar con algunos amigos. En especial con Alex, que llegó esta mañana. Estoy seguro de que tiene muchas historias y podemos charlar.

Voy a caballo hasta la casa del juez Vanderbilt y lo llamo.

—¿De verdad crees que voy a subirme a un caballo por tu culpa, Lucius? —aparece en la puerta, todo lleno de pose.

—Tus hermanos montan. Tu madrastra lo adora. Así que no vengas con mariconadas. Vamos a salir un poco, carajo.

—Joder —murmura, entrando de nuevo en la residencia.

Evelyn aparece poco después con una yegua. Alex sale con ropa más cómoda y tarda en montar, lo que me hace reír bajo. Pero al final, seguimos camino.

—Deberías hacer esto con más frecuencia —comento, cuando ya estamos más alejados.

—Prefiero una mujer cabalgando sobre mí que yo montado en un caballo —dice, cínico.

Me río, pensando en lo mismo, aunque no quiera.

—Deja de decir esas mierdas…

—¡Eh! —exclama, riendo—. Estás todo alterado solo porque no estás follando. Pobrecito…

Alex se burla.

—Sigue diciendo mierda y te tumbo de esa yegua.

—¡Calma, carajo! —refunfuña—. Solo bromeé porque sé que la nueva señora Stell no está en tu cama como antes, pero es por poco tiempo.

Suspiro.

—Eso me repito todos los días. Que es por su madre, que si fuera la mía me apoyaría, pero está difícil este tiempo separados.

Él sacude la cabeza, a mi lado.

—¿Por qué no haces un viaje relámpago solo para... reanimar ese matrimonio de ustedes?

—Porque mi suegra me detesta.

—Joder.

—Y no es solo a mí, es a todos los Stell. No sé la razón, pero por eso ni consigo ir.

—Si yo fuera tú, tomaría un vuelo y me iría, pero... después de disfrutar una noche en Safovia —comenta, riendo—. Por los viejos tiempos.

—Hasta iría, pero... quien quiero es a mi América…

—No hablo de que te busques a otra, sino... de sentir una noche. El sonido de la música. La diversión. ¿Vamos hoy?

Lo pienso unos instantes y la respuesta llega lista a mi mente.

—Vamos, sí. Si hace falta, llamo a Caty para que vaya con Lindon.

***

Estoy frente al espejo, listo para salir y llamando a mi Serena. Ella no atiende mis llamadas, pero decido dejar un mensaje en el teléfono para avisar dónde estaré. Lo que realmente quería era hablar con ella antes de irme; en caso de que surja alguna noticia, estaré preparado y con respaldo.

—Lucius, vamos —escucho el golpe en la puerta de Lindon.

Está claro que Caty lo convenció y quienes se quedaron de niñeras fueron las niñeras de la reina. Así que, todo en paz.

Seguimos en coche hacia una zona exclusiva. Se sirven bebidas. En poco tiempo, Alex desaparece en busca de alguna distracción. Yo permanezco en la mesa. Pronto, Caty y Lindon también se esfuman. Apuesto a que viene otro sobrino en camino.

Hablando de eso, recuerdo que América no me habló del resultado de su prueba de embarazo y... no quise preguntar de inmediato. Tal vez esté esperando el mejor momento o algo así. No lo sé, pero…

—Hola, Lucius. ¿Todo bien?

Entonces, como la invocación de mi dolor de cabeza, nadie menos que la condesa Ingrid Aurélis aparece frente a mí. Con un vestido sensual que deja muy poco a la imaginación. Sin embargo, América detesta a esa mujer, por lo tanto, mi objetivo es mantenerme bien lejos. Aunque sea mi prima.

—Lucius…

—Ingrid... estoy saliendo. Mi esposa me está llamando. Con permiso —miento, levantando el móvil y desapareciendo.

Voy hacia la entrada. América no está llamando, pero aun así quiero mantenerme lejos.

Pido un taxi que cruce la frontera de Safovia con Diamántia y en poco tiempo estoy cayendo en mi cama.

—¡Alexander me la paga! —murmuro antes de quedarme dormido.

***

Despierto con el teléfono vibrando y veo que es la foto de América. Que ella llame tan temprano es una mierda. Joder. Ya sé que salió alguna cosa en internet y ni siquiera tengo tiempo de intentar armar mi defensa, porque mi esposa no deja de llamar, ciertamente queriendo explicaciones.

—Hola, Serena —atiendo.

—¿¡Serena!? —explota—. ¿Ahora soy Serena? ¿Y la desgraciada que llevaste a casa ayer? ¿Cómo se llama?

—Mi linda, no sé lo que viste, pero no estuve con nadie. ¡Te lo juro!

En el mismo instante, pongo el aparato en videollamada, pues quiero que ella vea cómo estoy.

—¿Estabas llorando? —pregunto, notando sus ojos enrojecidos.

—¡De rabia, desgraciado! —rebate.

Mi pecho se aprieta. Ver a América lejos y así... destroza cualquier rastro de calma.

—Amor, mira nuestra habitación. —Le muestro el cuarto.

Sábanas desordenadas, el caos habitual de un hombre solo.

—Nadie más que tú se acostó aquí. Créeme.

Ella parpadea despacio. Lágrimas resbalan.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo está diciendo que me engañaste, Lucius?

—Es mentira. Desafortunadamente, son comunes las noticias falsas en nuestro medio y, aunque hablamos todos los días, este océano de distancia está entorpeciendo demasiado.

—Hay artículos diciendo que renunciaste a mí para quedarte con la condesa…

—No quiero nada con Ingrid. Solo te quiero a ti, América.

Paso la mano por mi cabello.

—Es una gran mierda esta historia de relación a distancia. Daría todo por traer a tu familia a Diamántia, pero hasta eso mi suegra se niega a aceptar.

—Lucius, yo… —empieza a hablar, pero enseguida la llamada se corta.

—¡América!

Intento llamar de nuevo, pero no me atienden. Parece que su teléfono fue apagado.

—¡Carajo! —exclamo nervioso y enseguida me viene el temor por su seguridad.

¿Y si fue secuestrada en Estados Unidos? Principalmente ahora que su nombre está en destaque.

—¡Mierda!

Intento llamar dos veces más, pero nada ocurre.

—¡Joder!

Me visto a toda prisa y voy detrás de Liam. Golpeo la puerta con fuerza.

—¿Qué pasó, Lucius? —aparece, confundido.

—Necesito ir a Estados Unidos. Creo que algo le pasó a América.

—¿Cómo así? —Wendy surge envuelta en una bata.

—Puede que no sea nada... pero estaba en llamada conmigo. De repente, desapareció. Ya no contesta.

Wendy me tira hacia dentro.

—Necesitas calmarte. Razonar.

—Ella no quiso guardaespaldas y después de la mentira que divulgaron ayer…

Desordeno mi cabello, irritado.

—Liam, no estoy pidiendo permiso. Voy detrás de mi mujer.

—Lleva de dos a tres guardias reales. Deja uno con ella, de preferencia, una mujer para acompañarla.

—Amor, aquella chica que es hija de un guardia es una buena opción —recuerda Wendy.

—Sí, que yo recuerde, tiene curso de enfermería. Di que la enviaste solo para cuidar de la madre de América —explica Liam.

Respiro hondo, agradecido por la ayuda.

Menos de una hora después, yo y tres guardias privados de paisano seguimos rumbo a Nueva York, deseando con todas mis fuerzas que ella regrese conmigo a nuestra casa.

Capítulo 19

América

Todos dicen lo que ya he oído antes. Que Lucius Stell, el príncipe de Diamántia, nunca fue hecho para relaciones. Que, inevitablemente, volvería a ser el mismo de siempre. Y ahora... ya tiene un nuevo affaire.

Dolió más de lo que me gustaría admitir.

Despertar con esa noticia fue como recibir un puñetazo.

Fue Amber quien me envió el mensaje. Una simple captura, el enlace y con la leyenda: "¿Ya viste esto?"

No. No lo había visto. Y preferiría seguir sin verlo.

La imagen de él al lado de aquella mujer, en una discoteca, la misma víbora venenosa que siempre supe que estaba al acecho, me dejó sin aire.

Sí, él dijo que no pasó nada, pero el mundo dice lo contrario. Y hoy mismo vi a esa infeliz dando una entrevista hablando del inicio de su relación.

¡Qué desgraciada!

No sé si es suerte o ironía del destino que mi madre esté demasiado debilitada por los efectos de la quimioterapia. Porque, si tuviera energías, ya estaría en la puerta de mi habitación, con el dedo en alto y ese discurso listo:

"Te lo advertí."

Y sinceramente, no estoy preparada para eso. Ni siquiera sé cómo reaccionar. ¿Cómo pudo? Solo pasó un mes…

Luché tanto contra este sentimiento y cuando finalmente lo dejé suceder, él simplemente... salió en los titulares con otra.

—Señora, su madre la está llamando —avisa la enfermera.

Respiro hondo y entro en la habitación.

—Hola, mamá —murmuro, intentando sonreír mientras acomodo sus almohadas.

—¿Ya viste lo que salió en la televisión? —suelta, como quien comenta el clima, pero sé bien lo que hay detrás.

Mierda.

—No quiero hablar de eso —respondo, con la voz más firme que el corazón.

—¿Entonces finges que no lo viste? —insiste—. ¿Así es como vas a llevar tu vida, América?

—Así es como elijo llevar mi cordura, mamá. Ya tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Ella me mira fijamente. Por un instante, parece querer continuar, pero desiste. O está demasiado cansada o se dio cuenta de que, esta vez, no voy a retroceder.

Me giro para ajustar su manta y me relajo, quedándome dormida en la butaca de acompañante. Lamentablemente, en mis pensamientos surge la imagen de esa infeliz y eso basta para revolverme el estómago.

Y lo peor es saber que, aun con la rabia, todavía quiero una explicación más convincente de él.

***

—¡América, despierta! —Loreta aparece en medio de la noche, en el hospital, despertándome.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar durmiendo en casa? —murmuro, aún somnolienta, apretando la almohada contra el rostro.

—Sí, pero... quería quedarme con mamá hoy —dice, con ese aire angelical que solo usa cuando está ocultando algo.

La miro con un solo ojo abierto.

—Loreta... ¿qué estás tramando?

—¿Yo? Nada —responde, con una sonrisa tan inocente que llega a ser criminal.

—Vamos. Habla de una vez.

—Vete a casa. Nueva York es peligrosa de noche y... dejé un conductor de aplicación esperándote abajo.

Alzo una ceja, desconfiada.

—¿Has planeado algo?

—Soy un ángel, hermana. Créeme.

Resoplo, irritada. Bajo y realmente hay un conductor esperándome. Pido viaje a la casa de mi madre y, cuando llegamos, veo un sedán ejecutivo estacionado justo al frente.

Inmediatamente, mi corazón se salta un latido, pero... ¿y si es otra cosa? Porque perfectamente puede no ser lo que estoy pensando.

—Hemos llegado, señora —dice el conductor.

Salgo del coche en silencio, intentando mantener la compostura, pero cada paso hacia la puerta parece un tambor retumbando dentro de mi pecho.

Abro la puerta y, como quien no quiere nada, encuentro el azul que más he querido ver en este mes entero. Mi Lucius Stell.

—Gracias a los cielos estás bien, Serena —exclama Lucius, tirando de mí hacia un abrazo.

Lo aparto, mirando sus ojos azules, y mi primer acto es besarlo, matando un poco la falta que sentí de él, pero enseguida

me viene a la mente el recuerdo del escándalo y lo empujo con fuerza.

—¿Qué haces aquí?

Él sonríe, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Te dije que vendría a buscarte, Serena.

—Suéltame, Lucius. No quiero que me abraces con el olor de esa maldita condesa encima.

Él sostiene mi rostro, firme pero con cuidado.

—Sabes que eso es mentira. Pura manipulación. No hubo absolutamente nada entre esa mujer y yo.

—¿Y cómo quieres que lo crea, Lucius? Estaba en todas partes. Vídeos, fotos... Hasta en el noticiero de la mañana.

—Por eso mismo vine. Porque necesito que mires a mis ojos y veas que solo me importas tú. Necesito que entiendas lo única que eres para mí.

Cruzo los brazos, intentando parecer más firme de lo que me siento.

—¿Y los otros motivos? Porque me parece que hay más que solo limpiar tu nombre.

Me atrae de nuevo hacia sí y su tono cambia.

—Cortaste la llamada en mi cara en medio de una conversación importante y luego desapareciste. No tienes idea del infierno que fue no saber cómo estabas. No tener noticias tuyas. No poder alcanzarte.

Mierda. Justo eso.

—América... ¿qué ibas a contarme en esa llamada?

—No quiero hablar de eso ahora.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué?

Desvío la mirada, sintiendo la garganta arder.

—Porque... no es importante ahora —declaro.

Él me observa unos segundos, pero no insiste. Solo aprieta mi mano con fuerza.

—Sea lo que sea, Serena... estoy aquí. Y no voy a ningún lado.

Ni se imagina cuánto quisiera que eso fuera verdad.

—Deja eso, Lucius…

Él roza mi rostro y me duele solo pensar en decir la verdad.

—Cómo extrañé tu olor.

Su mano baja por mi cintura hasta mi trasero y un mes sin él... no ayuda en nada.

—Lucius... estamos peleando —intento decir, pero toda mi fuerza de voluntad ya se fue al carajo.

—Quien está peleando eres tú, Serena. Porque para mí, ya está todo resuelto.

Ah, cómo quisiera que fuera verdad.

Me aparto y cometo la estupidez de encontrar sus ojos, que arden de deseo y... no puedo negar que yo también lo quiero.

—Eres un completo canalla, Lucius Stell.

—Sí, y te encanta. Ahora dime cuál es tu habitación, o no voy a resistir y voy a follarte aquí mismo en la mesa del salón.

Le tomo la mano y lo arrastro hasta mi cuarto, en el que viví hasta ir a la universidad.

Claro que su primer acto es mirar los pósters de boybands que dejé en una de las paredes. Su expresión es confusa, pero pronto una sonrisa se forma en sus labios.

—Eso explica muchas cosas.

Entonces se quita el traje y abre la camisa blanca de botones, dándome una vista sexy de su pecho trabajado, que me pone con la boca hecha agua.

—¿Cuál prefieres? ¿El en vivo o el de las fotos de tu pared?

Ni respondo y me acerco, besándolo con intensidad mientras lo toco, dejando que mis uñas marquen su piel.

—¿Qué tal esa respuesta, presumido?

—Aún no estoy convencido.

Resoplo, alejándome de él, pero en ese instante me atrae de nuevo a sus brazos, apretando mi trasero contra su erección.

—Solo hay una forma de convencerme, Serena —susurra al oído, erizándome entera.

—No vas a conseguir lo que quieres, Confusión —respondo, riendo, sabiendo bien que ya me tiene completamente conquistada.

Sin embargo, no quiero ponérselo tan fácil.

—Ya me besaste, me llevaste a tu cuarto... ¿estás segura de que no voy a conseguir una follada deliciosa con mi esposa fogosa?

Me giro sobre él y lo empujo a la cama.

—Solo esta vez —le advierto, y él se ríe en mi cara, acariciando mi pierna.

—Bien podrías no haberme tumbado en tu cama, ¿no? Quién sabe así no pensaría…

Entonces, rueda sobre mí.

—En cuánto extrañé estar así contigo.

Lucius pasa los dedos delicadamente por mi rostro y cierro los ojos, sintiendo su toque.

—En ver tu piel erizarse así —besa mi brazo—, en tu olor delicioso que me hace olvidar que amaneció y tengo que irme de tu lado.

—Estás siendo un tonto.

—¿Solo porque estoy aprovechando cada instante contigo?

Él ríe y siento sus dedos levantando poco a poco mi camiseta, hasta tocar los pezones de mis senos con sus dedos calientes. Todo mi cuerpo se estremece y solo quiero entregarme perdidamente.

Lucius me besa con intensidad y su barba raspa mi piel, volviéndome loca de placer, pero en cuanto besa mi cuello, no sé por qué, comienzo a desconectarme de las sensaciones y a pensar en lo que pasó.

En realidad, en todo lo que vivimos en este mes separados. Entonces, todo cambia y empiezo a pensar racionalmente.

—¡Para, Lucius! —exijo, apartándolo.

—¿Qué pasó, América? —pregunta, confundido.

Lo empujo, sentándome en la cama.

—¡Llámala ahora!

—¿A quién?

—Tú sabes a quién. A la infeliz de la condesa —respondo.

Él pone los ojos en blanco.

—¿Es en serio esto?

Solo asiento, confirmando.

—Lo que quieres es dejarme a medias, ¿no? —se queja—. No follamos hace un mes y…

—¡Ahora, Lucius! Después del sexo vas a intentar enredarme para una segunda ronda y sé bien cómo terminaría esta noche.

En sus labios se dibuja esa sonrisa pícara que conozco, pero que deja claro lo mucho que tengo razón al detenerlo ahora.

—¿Qué quieres que le diga a Ingrid?

—¿La llamas ahora mismo delante de mí? —exijo, cruzando los brazos—. Quiero saber si ustedes tienen... intimidad. Quiero que asuma la verdad.

Él vuelve a poner los ojos en blanco.

—Ya te hablé de eso. Solo es mi prima.

—¡Llama! —exijo, inflexible.

Lucius resopla, pero me muestra su móvil, llamando a Ingrid Aurélis.

—Mi amado primo. ¿Todo bien contigo? —responde la voz de la bruja al atender.

—Ingrid, ¿qué mierda fue esa de decir que engañé a mi esposa? ¿Y que tú eres mi amante? —pregunta.

—Pero, Lucius…

—Ya te dije que estoy casado y que nunca tuvimos la oportunidad de tener un futuro. Así que deja esa mierda de chismes, porque si continúas, tendremos grandes problemas. ¿Me entiendes?

Él me mira sonriendo.

—Sí... claro —responde ella, tartamudeando.

—Y tu primer acto será decir la verdad a la prensa internacional. Deshaz la mentira de que eres mi amante o... lo que sea que inventaste. Porque tengo una esposa; puede que AÚN no estemos casados por las leyes de Diamántia, pero para nosotros cuenta como tal. Por eso, no quiero oír cuestionamientos por tus actos. ¿Comprendiste?

—Sí.

—Entonces, llama ahora mismo a quien sea que te buscó y di la verdad sobre esta historia.

Luego cuelga y no puedo evitar sonreír.

—¿Convencida ahora, esposa? —pregunta.

Me quito la camiseta al mismo tiempo que él se deshace de su teléfono.

—Muy convencida.

Sus manos van a mis pechos, apretándolos lentamente.

—¿Ahora puedo disfrutar de mi esposa deliciosa a la que no veo hace un mes?

—Puedes todo, Confusión. Soy completamente tuya.

Capítulo 20

Lucius

—Fóllame fuerte, vamos.

Le doy una palmada firme en el trasero a mi Serena mientras la penetro de lado, de la forma que más le gusta. Su cuerpo encaja perfectamente en el mío. Y el sonido de su risa, mezclado con los gemidos, es la mejor banda sonora que podría desear.

—Mi pervertida deliciosa —susurro en su oído, sintiendo sus uñas clavarse en mi cuello.

A ella le encanta dejar marcas, como si quisiera recordarme que soy suyo. Y, sinceramente, lo soy.

—Estoy a punto de correrme —avisa, jadeando.

Deslizo mis dedos hasta su clítoris e intensifico los movimientos, hasta sentirla temblar entera debajo de mí. Su cuerpo aprieta mi polla de una forma que me arrastra con ella. Derramo dentro de ella sin poder contener el gemido. Beso su hombro, intentando saciar al menos un poco la falta que me devoró este último mes.

Nunca estuve tanto tiempo sin ella desde que nos casamos en Las Vegas. Pero por América, esperaría el tiempo que fuera.

—¿Ahora me vas a dejar dormir? —pregunta, riendo.

—Quien me despertó fuiste tú —la acuso, sonriendo—. No resististe a un boyband-príncipe desnudo en tu cama, ¿no? Me despertaste chupándome la polla sin la menor ceremonia.

Ella pone los ojos en blanco y yo solo río. Voy a provocarla así hasta que seamos viejitos.

—Voy a dormir, Confusión.

—Puedes dormir, Serena.

Se acurruca en mi pecho y yo me quedo allí, observando la claridad surgir poco a poco por la ventana. El sol está naciendo. Estoy exhausto, pero satisfecho. Dos polvos intensos con la mujer de mi vida. Nada mal.

Cuando creo que se ha dormido, siento sus dedos tocar mi mano. América besa el anillo en mi dedo y, de repente, el ambiente cambia.

—¿Cuál es el problema, Serena? —pregunto, preocupado por el cambio sutil en el aire.

Ella se sienta despacio y me mira. El brillo de antes desapareció. En su lugar, tristeza.

—Lucius... sé que pensábamos que tal vez... podría haber pasado, pero…

—¿Pero qué? —pregunto, sentándome también, sin entender.

Ella baja la mirada.

—No estoy embarazada. La prueba dio negativo.

En el mismo instante, siento miedo dentro de mí. No por el bebé, que también esperaba, sino por nuestra situación como pareja de verdad. Aun sabiendo que... no estamos tan distantes como cuando nos casamos en Las Vegas semanas atrás.

—¿Lo entiendes? No hay un bebé real dentro de mí.

—Podríamos haberlo hecho ahora mismo —bromeo, aunque confieso que estoy tenso.

¿Y si ella quiere el divorcio?

—Lo sé, pero... ¿no es raro?

—¿Raro qué?

—Que de tantas veces que... lo hicimos y nada pasó.

La abrazo, riendo.

—Creo que estamos intentando poco, Serena —bromeo.

—Deja de ser tonto, Lucius.

—Sí… porque si estuvieras todos los días en mi cama…

Ella pone los ojos en blanco, riendo mientras la beso.

—América, ¿y si es un falso negativo?

—¿Y si es un verdadero falso? —pregunta.

Pienso antes de hablar, porque lo que no quiero es que se aleje de mí.

—Si lo es. ¿Cuál es el problema, Serena? Solo significa que no... tenemos un bebé en camino.

—Yo... no lo sé. Porque todo lo que…

Trim Trim

—¡Mierda, es Loreta! —exclama, levantándose.

Toma el teléfono y en el mismo momento su semblante comienza a cambiar.

—¿Qué? ¿Una nueva cirugía?

Silencio.

—Voy para allá, Loreta —avisa América, colgando la llamada.

Me abraza de inmediato, con miedo, y sus lágrimas caen.

—¿Qué pasó?

—Descubrieron un nuevo nódulo en el cuerpo de mamá y... van a hacerle una nueva cirugía.

Cierro los ojos, sintiendo el golpe. Aun con todo, es su madre. Mi suegra. Y eso también me afecta.

—Voy a tener que apoyar a Loreta, Lucius. Tengo que ir.

—Lo sé, pero... prometo que volveré a verte.

Ella me sonríe y va a darse un baño. Enseguida, empiezo a arreglarme, sabiendo que... aunque me quede algunos días más, no podré llevarme a mi América conmigo.

Presento a la empleada que traje para ayudar a doña Úrsula Feitag, que se llama Zoe. Doy el apoyo que puedo a las dos hermanas, aunque no entro a ver a mi suegra, que me aborrece.

Los días pasan y, lamentablemente, necesito irme.

Es una de las peores despedidas, saber que mi América se quedará aquí, mientras yo estoy a un océano de distancia de la mujer de mi vida. Pero al menos ya no me odia, porque hice que Ingrid desmintiera todo lo que dijo e incluso hice una publicación oficial mostrando que estoy al lado de mi esposa.

—Volveré, ¿está bien? —digo en el aeropuerto, aún atrapado en el calor de sus brazos.

—Lo sé, el problema es que va a tardar —murmura.

Mi sonrisa sale torcida.

—Sí. Pero cuando te vuelva a encontrar…

—¿Lo harás como me gusta? —provoca, besándome.

—Con todo y bebida energética.

Ella ríe y me besa con deseo.

—Serán días tristes sin ti aquí —confiesa.

—Y en Diamántia también, porque mi cama quedará helada sin mi Serena.

Ella sonríe de lado.

—Eso espero. Porque en el momento adecuado voy a volver. Es solo que mamá mejore aquí…

—Lo sé, Serena —digo—. Cuida de ella. Si fuera la reina Joan yo haría lo mismo.

El motor de la aeronave real comienza a rugir. Es hora de partir.

—Llegó mi hora, Serena.

Veo que sus ojos se llenan de lágrimas.

—No llores por mí, porque parte mi corazón.

—Lo intentaré —dice, secándose los ojos.

Nos damos un último beso. Un beso que promete regreso.

Entro en el avión, pero llevo conmigo el peso de dejarla atrás.

Solo espero que, la próxima vez, vuelva conmigo. Y que sea para quedarse definitivamente.

Capítulo 21

América

Tiempo después…

—¡Feliz segundo aniversario de casada! —dice Loreta, con una sonrisa juguetona, entregándome un pastelito con una vela ridículamente tierna.

Pongo los ojos en blanco, con una tristeza escondida detrás de la sonrisa. Sí. Ya han pasado dos años desde mi matrimonio relámpago con Lucius. Y desde entonces... mi vida se ha puesto patas arriba.

Poco después de aquella locura en Las Vegas, mamá enfermó. Loreta y yo dejamos todo para cuidarla. Y, como siempre, Lucius hizo lo imposible posible: mandó a Zoe para ayudarnos. Y Zoe ha sido un ángel. Literalmente. Salvó nuestra rutina. Nos salvó a nosotras.

Loreta consiguió volver a estudiar. Está terminando la secundaria y llena de planes, el principal de ellos es viajar por el mundo. Y ahora que mamá está en remisión, apoyo totalmente que lo haga.

En cuanto a mí... me reencontré con un pedazo de la antigua América. Retomé algunas asignaturas de la carrera de asistencia social, aquella que comencé con Grace y Amber tiempo atrás, cuando el mundo parecía menos complicado.

Hablando de ellas... Grace se graduó. Ahora tiene un consultorio odontológico en el Upper East Side y una placa dorada con su nombre en la puerta. Y Amber... está tan obsesionada con mi matrimonio real que hasta hizo el vestido de novia. Así es. El vestido. ¿Y lo peor? Me lo hizo probar. Con lágrimas incluidas.

Solo hay un pequeño detalle.

No sé si ese matrimonio va, de hecho, a suceder.

Lucius ya no habla más del tema. No insiste. No pregunta. Como si estuviera esperando que yo decidiera. Principalmente ahora que mamá está sana. Pero ¿cómo voy a decidir si... ni siquiera sé cómo me siento en relación con todo?

Quiero decir... sí lo sé. Y es un hecho: mi corazón es suyo.

Pero lo que realmente me preocupa, más que vestido, altar, corona o tradición, es otra cosa.

Es que... hasta hoy, después de tanto tiempo juntos... nunca he quedado embarazada.

Ni una sola vez.

Y ese silencio dentro de mi cuerpo... ha empezado a gritar dentro de mí. También por miedo. Los herederos reales deben tener hijos.

Lo sé, está en las leyes de Diamántia y pienso que... si Lucius ya no insiste más es porque... ya está desistiendo de nosotros. Porque todos saben que la consorte debe ser fértil y... por lo que parece, yo no lo soy. Lo afirmo porque los príncipes son examinados para que nunca piensen que la culpa es de la realeza y... Lucius me contó en una de sus visitas sobre la prueba que le hicieron.

No quiero perderlo, pero sé que es el peso de la corona y…

—Estoy segura de que fue esa infeliz otra vez. Parece que no se cansa —reclama Loreta, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué pasó?

—Mira esto —dice, entregándome el teléfono.

Veo un artículo en un sitio de chismes:

“Boda cancelada en secreto. ¡La princesa consorte es estéril!”

—¿Qué es esto? —pregunto, con la voz fallándome.

—Léelo tú misma —dice Loreta—. ¿Cómo quería que quedaras embarazada cuidando de nuestra madre enferma?

La boca se me seca de nervios.

Nadie de mi familia sabe que todas las veces que estuve con Lucius fue sin protección. Que nunca tomé anticonceptivos.

—Esa mujer es una maldita vaca que no soporta la felicidad ajena.

—Loreta…

—Si la agarro…

—Hermana.

Ella me mira fijo.

—¿Qué pasa, América?

—¿Y si... el artículo es verdad?

Pregunto, sintiendo que el corazón se me aprieta en el pecho.

—¿Cómo así? ¿Quieres decir que…?

—Siempre hubo la posibilidad de... —hablo con la voz entrecortada— de que quedara embarazada de un bebé real, pero... nunca pasó. Todos los meses me llega el ciclo y... me frustro otra vez.

—¿Pero cómo supo ella eso?

Aprovecho y me siento en la silla de la sala, ya que mamá salió a pasear con Zoe.

—Para que lo entiendas, necesito contártelo todo.

Ella solo asiente y le cuento todo desde el inicio. Loreta escucha atentamente y se escandaliza en algunos puntos.

—¡Guau! Ustedes eran... intensos.

—En realidad... —muerdo mis labios— perdí la virginidad con Lucius a los dieciséis.

—¡Dios mío!

Sé que no debería contarle eso a mi hermana menor, y todavía virgen, pero estoy sacando todo afuera. Le voy contando lo que recuerdo, hasta cuando tuvimos que irnos en medio de la guerra. Y que Loreta era muy pequeña.

Le cuento sobre nuestra boda en Las Vegas y la Eclipta que usaron contra mí. Le explico todo, hasta el día de hoy, nuestro segundo aniversario de casados.

—Entonces, ¿querías un hijo de Lucius? ¿Incluso sin una boda real?

—Al principio no, pero después de un tiempo... —sonrío— sueño todos los días con tener un bebé parecido a él. Con esos ojos azules intensos que son tan diferentes de los nuestros.

Ella sonríe.

—¿Quién sabe si no es el momento?

—¿Después de dos años? —pregunto, levantándome—. Y Lucius ya se dio cuenta de que hay algo mal conmigo. Debe ser por eso que... ya no habla más de casarnos y convertirme en su princesa. Que está desistiendo del tema y... esperando el momento adecuado para terminar y pedirme el divorcio.

Sonrío triste solo de imaginarlo. Pensar en verlo con otra mujer. Una que sí pueda darle herederos…

—No creo que él esté pensando en separarse…

—Existen leyes en Diamántia…

—Acabas de decirme que un príncipe no puede casarse fuera de un castillo y ustedes lo hicieron en una capilla en la hermosa ciudad de Las Vegas hace dos años.

—Loreta…

—Deja de tonterías, América. Ese príncipe está loco por ti. Viene todos los meses solo para estar contigo.

Pongo los ojos en blanco.

—Viene por sexo…

—Sabes que si solo quisiera eso, podría tener a cualquiera en la cama con total discreción.

—Sí, pero...

—América, estás siendo injusta con él. Y contigo.

—Yo solo... necesito pensar.

—Entonces piensa en Diamántia. ¿Por qué no viajas hasta allá?

Frunzo el ceño.

—¿Cómo así?

—Te conozco. No vas a conseguir dormir con eso martillándote en la cabeza. Mamá está bien y puedes aprovechar todo este chisme... para pedirle matrimonio a tu príncipe.

Sonrío de lado.

—¿Y si él decide terminar?

—Pues te vas a Safovia y vives un romance de verano. Las discotecas de allá son increíbles.

En ese momento, recuerdo a Catherine, la princesa casada con Lindon Stell, y me viene a la mente la historia tórrida de ellos dos.

—Está bien. Iré... y si realmente quiere separarse…

—Te quedas con el próximo hombre guapo que encuentres.

Abrazo a mi hermana, agradecida, y comienzo a preparar mis cosas. Claro que no voy a dejar a Loreta sola con mamá, el año pasado Zoe me explicó que también es guardaespaldas personal y que yo podía viajar sola si quisiera. Sin embargo, siempre que pensaba hacerlo, Lucius aparecía.

Solo que esta vez, soy yo quien va.

***

—¿Entonces vas de verdad? —me pregunta Amber, emocionada con mi casi seguro matrimonio—. ¿Estás segura?

—Sí —confirmo, en el aeropuerto, en una videollamada con mis amigas.

—¿Cuántos más protocolos vas a romper, América? Solo para que llevemos la cuenta —indaga Grace, haciéndome reír.

—No lo sé... pero es complicado quedarme donde estoy. Todos me miran como la rechazada, principalmente ahora que saben que voy rumbo a Diamántia.

—Manda todo a la mierda y sigue con tu vida —aconseja Grace.

—Eso mismo —concuerda Amber—. Quien ya se sentó mucho en el príncipe de Diamántia fuiste tú, no ellos.

Bajo el teléfono de inmediato, sintiendo mi rostro arder de vergüenza.

—¡Grace! —tapé el teléfono con la mano, mirando alrededor con la certeza de que estoy más roja que un tomate.

—¿Dije mentira? —suelta una carcajada.

Amber solo niega con la cabeza, divertida.

—Que todo salga bien, amiga. Y que seas feliz.

Sonrío, emocionada. No sé lo que me espera. Pero esta vez, no estoy huyendo del amor, sino yendo detrás de él. De mi Lucius Stell.

—¡Gracias, chicas! ¡Por todo! Les aviso cuando llegue.

Terminamos la llamada. Y, cuando miro por la ventana de la sala de embarque y veo el avión en la puerta, mi corazón se acelera.

Ahora todo está en manos de Lucius... y de nuestro futuro.

Capítulo 22

Lucius

“Boda cancelada en secreto. ¡La princesa consorte es estéril!”

—¿Qué mierda de chisme es este? Ustedes necesitan detenerlo ahora mismo —digo, furioso, mientras entro en la sala donde están Liam y Lindon.

—Cálmate, Lucius —pide Lindon—, necesitamos conversar antes de cualquier actitud.

—Si fuera Caty o Wendy, estoy seguro de que ya se estarían moviendo —retrucó, con la rabia devorándome.

—Lucius, escucha —dice Liam, firme—, ¿no nos contaste que América estaba con sospecha de embarazo hace dos años?

Cierro los ojos, sintiendo un golpe en el pecho. Mierda. Ni me acordaba de eso.

—Alguien mintió y ahora la verdad salió a la luz —comenta Lindon.

—Ustedes no entendieron… —empiezo, vacilante.

—¿Qué necesitamos entender? —pregunta Liam—. ¿Qué es lo que no nos estás contando?

Pienso por un instante. Porque sí, hay algo que nunca dije en voz alta. Diamántia tiene reglas. Muchas. Y lo que antes era un aplazamiento por conveniencia, ahora es el motivo real por el cual deberían anular mi matrimonio.

Dos años.

Ya habría sido tiempo suficiente para tener un hijo. Lo intentamos. Mucho. Pero nunca ocurrió. Y aun así, nada me saca de

la cabeza que América es la mujer correcta. Que debe ser mi princesa, mi consorte. Con o sin herederos.

—Lucius… —insiste Liam.

—Voy a casarme con América porque la amo —declaro, con convicción.

—Sabes que no es tan simple —responde Lindon.

—Podemos tener hijos de otras formas. Adopción. Tratamientos. Y, sinceramente, ustedes dos ya tienen herederos suficientes antes de mí en la línea de sucesión.

Liam cruza los brazos, estudiándome.

—Tú tienes cuatro hijos, Lindon tiene dos. No necesitan que yo…

—Lucius —comienza Liam—, sabemos lo que es amar, pero también sabemos el peso que trae la corona. No sirve de nada pensar que eso será suficiente ahora.

—No lo pienso, lo sé. Sé que quiero a América. Sé que no voy a renunciar. Si necesitan que abdique por ella, que pierda mi título... lo hago.

—No es necesario llegar a ese punto —dice Liam—. Pero sabes que enfrentarás resistencia. Mucha.

—Pues que así sea, los enfrentaré. Si no tenemos hijos, paciencia. No voy a cambiar a la mujer de mi vida por una heredera fértil cualquiera.

Ellos se miran un tiempo, mientras pienso en lo seguro que estoy de que América es la única que merece ser mi princesa. Mi esposa. Mi consorte, sin importar las consecuencias.

—Si eso es realmente lo que deseas —dice Liam, al fin—, no vamos a oponernos. Pero debes saber que el reino no siempre entenderá tu elección.

—No estoy pidiendo que lo entiendan. Solo que lo respeten.

—Entonces cásate. Y hazlo pronto —completa Lindon—. Catherine va a adorar la noticia.

—Y Wendy ama cualquier motivo para una fiesta —añade Liam.

Siento un alivio súbito y genuino apoderarse de mí.

—Ahora, con permiso. Voy a buscar a mi esposa.

Ellos solo asienten. Salgo de inmediato y llamo al aeropuerto, organizando mi vuelo. Pero antes de que finalice el proceso, uno de los funcionarios de seguridad me llama.

—Majestad, supimos que la princesa consorte América acaba de aterrizar en Diamántia.

Me detengo en seco.

—¿Está seguro de eso?

—Sí, señor. Un conductor fue enviado para llevarla al palacio.

Sonrío. No puedo creerlo.

—¿Hace cuánto?

—Casi media hora.

Cuelgo, agradecido, y me apresuro hacia la habitación donde ella solía quedarse. Pero en cuanto abro la puerta, solo encuentro sus maletas.

—¿Adónde carajo fuiste, Serena?

Cierro la puerta y voy caminando hacia los lugares donde siempre la encontraba, aunque hace un poco de frío. Solo espero que no se haya perdido o... pero hay un último lugar... la biblioteca.

Camino hacia el espacio, que en un domingo como hoy suele estar vacío, incluso siendo el final de la tarde. Todos pasean y sé que Caty fue a Safovia a ver a su hermano Stephan y a su cuñada Annelise. Wendy, a llevar a los hijos a visitar a mi hermana Lindsey en Aldonora.

Por eso, aquí está muy vacío y sé que más tarde Liam o Lindon también saldrán.

Abro la puerta.

Y allí está ella. Cabellos rubios iluminados por la luz del atardecer. Sentada en uno de los sofás, de espaldas.

—Cuando me lo contaron, no lo creí.

Ella se vuelve. Su sonrisa es contenida. Preocupada.

—¿Qué pasó? —pregunto, acercándome ya para abrazarla.

Y solo así consigo respirar de nuevo.

Ella está aquí.

—Lucius, no sé qué…

—¿Qué fue? ¿Por qué estás así?

Ella toca mi rostro.

—¿Sabes qué día fue ayer? —me pregunta.

Mujeres y su manía con las fechas, pero claro que me acuerdo.

—Dos años desde el día en que nuestras vidas se unieron, lamentablemente solo en Estados Unidos —respondo, con pesar en la última parte.

Ella se aparta, sosteniendo mis manos.

—¿Qué quieres decirme, América? Me estás preocupando.

—No sé cómo empezar esto, pero... Lucius, ¿tenemos realmente un futuro?

Frunzo el ceño.

—Claro que lo tenemos…

—Yo... —sus labios tiemblan—, ¿todavía quieres que sea tu princesa aquí en Diamántia?

Su pregunta me toma por sorpresa. Pero no vacilo.

—¿Creo que me estás pidiendo matrimonio, Serena?

Ella pone los ojos en blanco.

—Deja de bromear...

Sonrío, pero aprieto su mano con firmeza.

—No estoy bromeando. Si quieres oírlo de mí, entonces escucha ahora: sí. Quiero casarme contigo. Oficialmente. Frente a todos. En Diamántia. Y todavía darte una corona de princesa, porque te amo y eres la única que quiero a mi lado.

Ella suelta una risa nerviosa, como quien no cree del todo. Pero esta vez no voy a dejar dudas.

—Amor, estoy escuchando de todos lados que no debemos estar juntos porque piensan que no puedes darme hijos…

—Y puede ser verdad, Lucius. Recuerdo la ley.

—Que se joda esa ley —respondo, con firmeza—. Lo que importa ahora es que te amo. Y sé que, aunque intentes negarlo, existe sentimiento entre nosotros. —Me acerco, apretando su cuerpo contra el mío—. Dímelo. ¿Tú también me amas? Porque siento tu amor en cada poro, América. Incluso cuando te escondes. Incluso cuando intentas mantenerme lejos por los innumerables miedos que te rodean.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Esto no es justo contigo, Lucius. Tendrá consecuencias…

—Lo sé, pero estoy dispuesto a todo para tenerte a mi lado. Claro, si tú quieres.

Ella sonríe.

—Claro que quiero. Te amo desde siempre.

—Entonces cásate conmigo, amor —interrumpo—. No por el trono. No por obligación. Cásate conmigo porque ya somos del otro.

Porque aunque el mundo diga lo contrario, yo te elijo a ti. Con hijos o sin hijos. Ante todo el futuro que tenemos juntos.

Ella respira hondo.

—¿Estás seguro? ¿No te vas a frustrar algún día al ver a tus sobrinos crecer y…?

—Si es para tener un hijo, sucederá. Lo que importa para mí es nuestra felicidad. Y nada más.

Ella sonríe y se limpia los ojos.

—Sí. Me caso contigo, amor. Mi príncipe.

Suelto el aire que ni me di cuenta que contenía. La atraigo a mis brazos y la beso con deseo.

—Te quiero ahora, amor —susurra ella.

—Solo dime el lugar, que ya cerré la puerta de la biblioteca.

Ella muerde el labio, atrevida.

—Quítate todo... y siéntate en el sofá —pide, señalando, y obedezco sin pensarlo dos veces.

Entonces tengo una visión privilegiada de mi esposa y prometida nuevamente, quitándose la ropa en un striptease lento y provocador. La observo sonriendo, tocándome, fascinado por cada curva suya. Serena desliza el pantalón por sus piernas y camina hacia mí, vestida solo con bragas y sujetador.

—¿Te gusta lo que ves? —indaga.

—¡Lo amo! —confieso.

La atraigo más cerca, muerdo su trasero y dejo allí la marca de mis dientes. Con un movimiento, le quito las bragas y la inclino hacia adelante. Chupo su coño con hambre y la hago sentarse en mi rostro, embriagado con el sabor que es solo suyo. América está completamente mojada, como siempre para mí.

Pero cuando percibo que está a punto de correrse, ella se aparta con una sonrisa maliciosa.

—Ahora es mi turno —dice.

—Soy todo tuyo.

Se quita el sujetador y se inclina para besarme, pero pronto baja hasta llegar a mi polla. Cómo sabe darme placer esta mujer. Me la chupa de una manera que es difícil resistir y no correrme en su garganta, pero sé que quiere otra cosa.

—Estoy lista para ti.

—Claro, mi majestad.

Ella se sube sobre mí y se sienta lentamente en mi polla. Ambos gemimos. El encaje es perfecto, como siempre lo fue.

—¡Coño delicioso de mierda!

Ella ríe, cabalgando con más intensidad.

—¿Te gusta este coño, amor?

—Sabes que lo amo —respondo, mordiendo suavemente el pezón de su seno—. Así como sé que adoras mi polla follándote bien profundo.

Ella echa la cabeza hacia atrás, riendo de placer.

—Amo sentirte. Amo todo lo que viene de ti.

Le doy una palmada en el trasero, arrancándole otra risa. Luego la acerco a mí y, sin salir de dentro de ella, la llevo hasta la mesa de estudios. La acuesto allí y retomo los movimientos.

—Ahora voy a follarte hasta que me pidas que pare, pervertida.

Ella ríe.

—Fóllame fuerte. Márcame como tuya, Confusión.

Abro sus piernas y la penetro hondo, con fuerza. Sus senos se balancean con cada embestida y sus gemidos llenan el espacio. Cambiamos de posición cuando ella lo pide, quedando de bruces sobre la mesa. Me corro fuerte dentro de ella, pero sigo tocando hasta hacerla correrse también, sintiendo mi semen resbalando entre sus piernas.

—¡Te amo, Lucius!

—Yo también te amo, América. Ahora falta muy poco para que seas legítimamente mía.

Ella frunce el ceño, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo aplazamos al máximo y ahora tengo prisa para que seas mía. Antes de que acabe enero nos casamos.

Ella abre los ojos, sorprendida.

—Eso es en más o menos veinte días.

—Sí, amor. No necesitas preocuparte, pues tendrás mucha ayuda en este palacio, puedes creerme.

Ella me besa con ternura, pero somos interrumpidos por un golpe en la puerta.

—¿Seguimos en nuestra cama?

—No, vamos a nuestra casa.

Sí, otra sorpresa que todavía no le había contado a mi princesa.

Capítulo 23

América

Días después...

—Solo avísame cuándo será el día de desembarcar en Diamántia para asistir a la boda real en vivo. Quiero estar lista para brillar —comenta Grace, con ese sarcasmo elegante de siempre.

—Ay, amiga. Estoy tan feliz por ti. Lástima que Henry no podrá ir, por la temporada de hockey... pero no importa. Yo voy a estar contigo en tu gran día y eso es lo que realmente importa —dice Amber.

—Yo estaré libre, ligera y peligrosamente soltera —afirma Grace, con una sonrisa pícara.

Suspiro. Fue algo trágico lo que pasó con ella, pero entre nosotras… menos mal. Justin Spencer era un trastorno emocional con patines. Jugador de hockey sin mucho talento y con demasiado ego para el sueldo que ganaba. Al menos ahora Grace respira en paz.

—¿Cómo quieres expurgar toda la memoria de tu ex, amiga? —indago, ya esperando una respuesta dudosa.

Ella cruza los brazos y hace esa carita pensativa que nunca termina en algo bueno.

—América, ¿el príncipe Lucius tiene algún amigo, primo o guardia real guapísimo que esté disponible? Porque... si lo tiene, puedes mandarle mi currículum.

Pongo los ojos en blanco.

—Los que conocí hasta ahora están todos casados o son absolutamente desaconsejables. Cambiar a un inútil por otro no

parece buena estrategia, Grace.

Ella resopla, resignada.

—Pero quién sabe, tal vez aparezca algún invitado perdido e interesante…

—Puede ser. Diamántia es enorme. La lista de invitados tiene de todo: desde la élite de la realeza hasta gente sencilla que conocí cuando viví aquí. Hay esperanza para ti.

—La suerte está echada —dice Grace, teatral.

—Veremos si encuentro a algún guapo que acepte a una mujer intensa y ocupada con su propio éxito. Solo eso pido —concluye, haciendo reír a Amber.

—Ahora, vamos a lo que importa —interviene Amber—. Tu vestido aún está en mi atelier, América.

—Sí. Puedes traerlo y venir un día antes. Si da tiempo, intenta encontrar a Loreta escondida y ver si conseguimos algo más neutro para mi madre. Ella todavía está... digamos, resistente respecto a la boda.

—Pobre príncipe. Ya ganó una suegra que juega en contra —comenta Grace, fingiendo pesar.

—¿Ya hablaste con ella, América? —pregunta Amber.

Muerdo mi labio.

—Le pedí a Loreta que lo hiciera. Pero... dentro de unos días —confieso con pesar—. Lucius ni imagina que mi madre, hasta hoy, después de dos años de casados, no lo tolera simplemente por ser un Stell.

—¿Ella nunca te contó el porqué?

—Para nada —resoplo, pensativa—. Antes decía que yo no podía saberlo porque no tenía madurez. Y eso fue hace dos años.

—Guau. ¿Y ella cree que la madurez empieza con cuántos años, exactamente? —ironiza Grace.

—Yo solo quería que estuviera a mi lado. De verdad. No tengo idea del pasado que tanto intenta esconder, pero... no quiero que sea la razón para arruinar mi felicidad.

—Tienes razón, América. Y nos vemos unos días antes de la boda.

—Ya voy a preparar mi impacto —dice Grace.

—Ven con todo, Grace. Extraño tenerlas cerca.

Sonrío a las dos y termino la llamada.

Poco después, veo en el celular algunos mensajes de mi hermana:

Loreta: "Hermana. ¿Qué vestido combina más con 'hermana de la nueva princesa'?"

Ella manda varias fotos y no puedo contener la sonrisa, sentándome en el sofá de mi nueva casa.

Lucius no me lo contó, pero hace un año conquistó el derecho a nuestra casa, aunque guardó el secreto durante todo este tiempo. Fue tan cuidadoso con los detalles que ni me daba cuenta de que, en sus fotos, el ambiente siempre era diferente. Todo parecía una extensión del palacio.

Claro, hizo de todo para que el dormitorio pareciera el mismo que usábamos antes, pero ahora es distinto. Tenemos nuestro hogar. Nuestro espacio.

Para ser la residencia oficial de un príncipe, el lugar es bastante grande y también queda cerca de la casa de Catherine y Lindon, pero no tanto como para salir afuera y ver a la princesa con sus hijos pequeños.

Aquí todo es espacioso. Sin embargo, sé que si necesito ayuda para algo, basta caminar unos quince minutos y llegaré allí.

Otra opción, más sencilla, es llamar por la línea real a la que solo los miembros de la realeza tienen acceso. Está en la oficina de Lucius y con solo apretar un botón podemos hablar incluso con los príncipes de Aldonora y Safovia. Me encantó la practicidad, sobre todo porque no depende de la señal. Es una línea directa y muy práctica que nunca falla.

Ahora, hablando de la mansión —que Lucius todavía llama "casa"—, tiene ocho habitaciones. Algunas exclusivas para la realeza, los dueños de la casa, y otras destinadas a los herederos. Es decir, a los bebés que... puede que nunca lleguen.

Le prometí a Lucius que no me dejaría afectar por eso. Que intentaría no pensar demasiado. Pero es difícil. Queremos intentarlo de nuevo, esta vez con acompañamiento médico y, quién sabe, de la manera correcta y con un poco de esperanza, suceda...

Y reservamos nuestra luna de miel para eso.

Seremos nosotros dos en busca de un bebé con un tratamiento médico. Un lugar distante, que nos dijeron que podría darnos a nuestro hijo.

Y vamos a intentarlo otra vez.

No porque una princesa deba tener herederos, sino porque yo quiero tener un hijo del hombre que amo y... es solo un intento.

***

—¡América, abre la puerta!

Escucho la voz de Lucius al otro lado. Hoy es la víspera de nuestra boda, todos los invitados ya llegaron y decidimos pasar la noche separados, como manda la tradición.

Loreta llegó con un leve retraso, pero ahora duerme conmigo, en una habitación reservada en el Ala de los Reyes.

—¿Amor? ¿Qué pasa? —pregunto, acercándome.

—Necesito hablar contigo. Y tiene que ser ahora.

Hay angustia en su voz, y eso basta para ponerme en alerta.

—Pero... habíamos prometido que solo nos veríamos mañana.

—Lo sé. Pero abre esta puerta. O quizás... mañana no suceda.

Trago en seco.

Me pongo una ropa ligera, no por Lucius, sino porque no imagino quién está con él.

Recojo el cabello en un moño apresurado y abro la puerta.

Lo primero que veo es su rostro: tenso, trastornado.

—América... tu madre está aquí —dice él, en un tono que casi no reconozco.

Hay rabia. Rabia contenida, pero presente.

—Pero eso ya estaba previsto. Hablamos y ella vendría a nuestra boda —respondo, sin entender la gravedad en su mirada.

—Sí, América. Pero la señora Úrsula... acaba de contarnos que fue amante de nada menos que Daxton Bennet —la forma en que pronuncia el nombre ya carga el peso de la traición.

—¿Qué? —susurro, sintiendo que el suelo se mueve bajo mis pies.

Lucius respira hondo, como si quisiera elegir bien las palabras, pero termina soltándolas de una vez:

—Y tu hermana... Loreta. Ella es hija bastarda de él.

Me quedo en silencio. Por un segundo, solo escucho el sonido amortiguado de mi corazón latiendo cada vez más rápido. Mi mente se niega a procesarlo. ¿Mi madre? ¿con Daxton? ¿Y Loreta...?

—Eso... eso no puede ser verdad —mi voz sale baja, como si lo dijera más para mí que para él.

Lucius no responde de inmediato. Sus ojos permanecen fijos en los míos, serios y, por primera vez, inseguros.

—Amor... —dice con cuidado— intenté suavizar todo. Hice lo posible. Pero jamás esperé algo así. Ahora está en manos del rey. Y... no sé si podremos casarnos mañana.

El suelo desaparece bajo mis pies. Literalmente. Me apoyo en el marco de la puerta, intentando respirar.

No se trata solo de mí. Ni siquiera solo de nosotros dos, sino también de mi hermana, que ni imagina este destino. Ella duerme tranquilamente en el corazón del palacio, y ahora sé... que quizá jamás vuelva a ser aceptada.

¿Cómo voy a mirarla a los ojos y decirle que la sangre que corre por sus venas es la misma del hombre que casi destruyó Diamántia? ¿Por qué mamá nos hizo esto? ¿Por qué ocultarlo tanto tiempo? ¿Por qué permitir que construyéramos una vida sobre una mentira?

Mi hermana no tiene culpa de haber nacido de ese hombre, pero... infelizmente pagará una deuda que no le pertenece.

Tal vez incluso yo misma pague. Y ese sea el precio por amar a alguien como Lucius. No poder jamás convertirme en su esposa y sufrir por amor hasta la eternidad.

Capítulo 24

Lucius

El día que debería haber sido el más feliz de mi vida, comenzó de la peor manera. Quince minutos después de entrar en mi habitación para descansar, fui llamado.

En realidad, durante una de las cenas, noté a James, el esposo de mi hermana Lindsey, observando demasiado a la hermana de América, Loreta. Pero no vi deseo ni algo parecido a una traición hacia mi hermana, sino curiosidad.

Más tarde, me preguntó quién era la muchacha y dijo algo que empezó a encender mis alarmas:

"Se parece mucho a mi hermana, Rosaline."

Toda la historia de la familia real tiene una fuerte conexión con los atentados de la época en que Wendy se reencontró con Liam. Después de aquello, todo se convirtió en una gran cascada de eventos que giraron en torno a matrimonios y algunas separaciones tensas.

Pero lo que jamás imaginé es que hasta mi propia historia tendría un vínculo con aquellos sucesos.

No sé si nos permitirán casarnos… y algo me dice que mi suegra esperó el mejor momento para impedir mi unión con América y soltar esa gran bomba.

Ella sabía que sería impedida de cruzar la frontera, porque ninguno de nosotros logra recordar con claridad a todos los que estuvieron al frente de las revoluciones del pasado. Por eso, nuestra aduana es tan estricta.

Por lo que me contaron, Loreta casi fue detenida, pero América llamó diciendo que era su hermana. Si Úrsula quisiera, mi prometida habría hecho lo mismo por ella, pero aquella mujer eligió ser rechazada en la entrada para armar toda la escena y lanzar su verdad directamente a Liam, que es el rey.

Claro que él se enfureció. Mi hermano me preguntó si yo sabía aquello. Y dije la verdad: ni siquiera lo imaginaba.

Después de eso, varios miembros del palacio empezaron a confirmar la historia de Úrsula. Porque, en efecto, Loreta es casi una copia más joven y emocionalmente más estable de la princesa Rosaline. Los ojos, el cabello, el tono de piel… Confieso que mi América no se parece tanto a ella, pero en Loreta, la semejanza es abrumadora.

Ante la gravedad de la situación, se convocó al Consejo. Por eso necesito a América a mi lado, para intentar intervenir y evitar que nuestro matrimonio sea cancelado a pocas horas de la ceremonia.

—Amor, bien sabes que existen muchas leyes… y no puedo luchar contra todas. Los descendientes…

—Lucius, tienes que creerme. Ni yo ni Loreta imaginábamos que teníamos cualquier vínculo con esa gente —dice América, con los ojos llenos de lágrimas.

Toco su rostro con cuidado, como quien sostiene lo que ama en medio de un terremoto.

—Lo sé, amor. Pero ahora... solo el Consejo puede decidir qué haremos a continuación.

***

Las horas pasan y Lindon y Liam están en la sala del trono. Caty está con nosotros y Wendy también vino.

El primer acto de América fue pedir por su hermana ante la reina.

—América… conocí de la peor manera a la princesa Rosaline y confieso que… me estremecí cuando vi a tu hermana en persona. Sin embargo, independientemente de eso, creo en el relato de Lucius, de que Loreta no tiene culpa alguna de los actos de Daxton.

Ella asiente y se aparta pensativa.

—¿Qué haremos, Lucius? ¿Solo esperar?

Yo asiento, confirmando, y la llamo hacia mí. Pasan más horas y Loreta despierta llamando a América.

Wendy actúa de forma extraña al ver a Loreta, que solamente la reverencia.

—¿Está todo bien? ¿Por qué todos están aquí? —pregunta.

Ella necesita saber lo que está ocurriendo, pero no debe ser en medio de todos.

—América…

Ella solo asiente con la cabeza y la lleva de vuelta a la habitación. Nos quedamos los tres encerrados y les cuento todo lo que descubrimos. En segundos, las lágrimas comienzan a correr por el rostro claro de Loreta.

—Pero yo nunca lo supe…

—Loreta, entendemos que no lo imaginabas, pero aquí en Diamántia… —empiezo a explicar con pesar.

—¿Eso quiere decir que… casándose ustedes, nunca más voy a poder ver a América?

Me mira con los ojos llenos de pánico y América también me mira, buscando respuestas.

—No sabemos si será decretada la deportación, pero… debemos aguardar al consejo —explico— no podemos hacer nada

por el momento.

Salimos y América abraza a su hermana, que no sabe más que llorar. No es para menos, vivió toda su vida creyendo que era una persona y de la noche a la mañana la madre revela que es hija de un traidor. Me da tristeza por ella, pero… mi mayor preocupación es mi boda con América. ¿Tenía que pasar hoy algo así?

El tiempo sigue corriendo y solo veo personas entrando a la sala del trono.

Sé que están presentes el padre de mi mejor amigo Alexander, el juez Vanderbilt y grandes miembros de la corte. El rey Leónidas de Aldonora también vino, porque también forma parte de todo esto… incluso mis padres, los antiguos reyes Henry y Joan, que habían llegado solo para presenciar mi boda, ahora también forman parte del consejo. Mientras yo… que estoy en medio del huracán, sigo afuera, esperando que decidan sobre mi vida.

Cuando fui llamado hoy, antes de ir al encuentro de América, mi única oportunidad fue afirmar que desde que me casé nunca vi ninguna interacción sospechosa que pudiera indicar que mi prometida y mi cuñada tuvieran relación con los traidores de Diamántia.

Incluso después del trágico destino de Daxton, sabemos que existen personas que están contra nuestra monarquía y también aquellos que son simpatizantes… son ellos los que más temo.

—Loreta Feitag, América Feitag y Príncipe Lucius Stell, entren ahora —nos llama uno de los consejeros.

Camino al frente con las hermanas y en cuanto cruzamos la puerta, todos están reunidos. La última vez que vi algo así fue cuando se estableció el Acuerdo de los Tres Reinos, salvo que Aldonora no estaba presente, pero la tensión es la misma y el problema es que ahora se dirige a mi cuñada.

—¡Acérquense! —ordena Liam.

Ellas caminan hasta él y yo me quedo un poco detrás. Demasiado tenso para hablar.

—Señorita Loreta Feitag, ¿sabe por qué fue convocada? —pregunta mi hermano.

—Sí, majestad. Mi cuñado me contó que… —su voz se quiebra entre sollozos.

—Majestad, no sabíamos nada —afirma América.

Intento intervenir, pero Liam me silencia con un gesto.

—Señorita Loreta, continúe. Y no será interrumpida.

—Yo… nunca conocí a mi padre. Mamá decía que había muerto como un mártir, pero jamás reveló su nombre. —Mira a América—. Ni yo ni mi hermana lo sabíamos. Ni siquiera en mi registro de nacimiento consta su nombre.

Se escuchan murmullos, pero nadie se pronuncia.

—Loreta, sé que debe haber sido aterrador estar aquí y descubrir todo esto. Pero el Consejo evaluó con seriedad las declaraciones de la señora Úrsula. Y, de acuerdo con la investigación realizada hasta ahora, todo lo que reveló es verídico.

Veo a Loreta negar con la cabeza, mientras llora.

—¿Qué puedo hacer para demostrar que no soy lo que mi parentesco de sangre afirma, Rey Liam? Jamás haría lo que también sé que Daxton Bennet causó a esta gente. No soy como él y… nunca lo seré.

Liam se queda en silencio unos instantes, pensativo, y pronto continúa.

—Yo y el consejo nos reunimos respecto a su situación, señorita Loreta. El consejo entiende que usted puede desvincularse del pasado que no conoció. Para ello, deberá hacer un juramento formal a Diamántia. Ese juramento garantizará su derecho a

permanecer en nuestras tierras sin que su origen sea usado en su contra.

Veo a América suspirar de alivio.

—Quiero hacerlo, majestad. Nunca tuve un padre en mi vida y no voy a dejar que la sombra de uno que ni me reconoció destruya la vida que estoy teniendo ahora.

Hasta yo, solo escuchando, me siento aliviado.

—Muy bien. Eso será hecho en instantes, señorita —informa Liam—. Ahora, acérquense al trono Lucius y América.

Tomo la mano de América y doy un paso al frente con ella.

—Príncipe Lucius Stell, en condición de uno de los herederos del trono real de Diamántia, ¿mantiene su deseo de casarse con América Feitag, aun sabiendo de su lazo familiar con los traidores de nuestra tierra?

¡Joder!

No puedo creer que lo hiciera frente a todo el consejo. Pero no tengo dudas. América no es un riesgo para nuestra monarquía, así como su hermana tampoco lo es.

Entonces, beso su mano, firme.

—Afirmo y digo que hoy mismo América Feitag será mi esposa y princesa de Diamántia.

Liam solo asiente.

—América Feitag, hija de Úrsula Feitag, quien fue reconocida como traidora de nuestra corona, ¿reniega de su descendencia? ¿Promete proteger a Diamántia contra cualquier influencia externa, incluso si viniera de su propia familia, mientras ocupe el puesto de Princesa?

Hace una pausa.

—Espero que comprenda el peso de su respuesta.

Veo a América llorar.

—Esto no puede ser verdad, majestad.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta Liam.

—Quiero hablar con ella antes que nada —exige en voz alta, haciendo que todos los presentes guarden silencio.

—América, tú estás… —empiezo, sorprendido.

—Lucius, es mi madre —declara—. Te amo demasiado, pero fue por ella que pasamos dos años separados. Necesito mirarla a los ojos y escuchar…

—Será escoltada hasta ella —informa Lindon, mientras la guardia se acerca a América.

América se aparta, pero Loreta sigue aquí. Su mirada desborda dolor y rabia. Nadie puede culparla, porque debe de ser insoportable para mi cuñada vivir esta pesadilla despierta.

Ser juzgada por algo que no hizo.

Culpada por el pecado de sus padres, aun siendo completamente inocente.

Capítulo 26

Lucius

—¡Carajo, Alex! ¿Cómo puedes llegar tarde a mi boda? —disparo en cuanto entra en la habitación.

Él levanta las manos con esa cara de quien no se inmuta por nada.

—Tranquilo… estaba muy ocupado. Sabes que no tengo vida de príncipe. Manejo muchas empresas como para estar siempre disponible cuando quiero.

—Pero sé que tu "ocupación" probablemente tuvo que ver con mujeres, ¿no?

Sonríe de lado, con ese aire de canalla profesional que conozco desde siempre.

—Sí… y no.

—¡A la mierda! —murmuro, pasándome la mano por el rostro, sin paciencia—. Hoy no es día para ese tipo de respuestas.

—Eh, recuerda que fui a buscar las alianzas. ¿Crees que iban a aparecer de la nada? Eso es lo que hacen los padrinos. ¿O ya lo olvidaste?

—No tienes idea de la mierda que fue esta noche, Alex.

—Sé exactamente lo que pasó —dice él, de repente serio—. Mi padre es el juez y sabes que soy uno de los nombres de confianza de la Corona. Aun con sigilo, la información llegó hasta mí. Y me cabreé, Lucius. De verdad.

Me siento en la cama, agotado. La imagen de América soltando mi mano para enfrentar a su madre en aquella celda todavía me consume. Durante unos minutos, pensé que la había

perdido. Simplemente me bloqueé. No pude dormir, no pude descansar… solo podía pensar en qué pasaría si decidía no volver.

—Pero, amigo mío, indiferente a lo que ocurrió, tu América está ahora mismo en otra habitación arreglándose para casarse contigo. Para quien pensaba que nunca se casaría, ahora está claro que subirás al altar con la mujer de tus sueños.

Le sonrío de lado.

—Gracias por estar aquí, Alex.

—Sé que Caty está con la novia y ya me mandó mensaje diciendo que está hermosa —comenta él.

Y sé que debe de estarlo.

—Anda, vístete que… —Alex toma un traje con una sonrisa maliciosa— yo voy a ayudarte a ponerte las esposas.

Suelto una risa, tomo el traje real con el escudo de Diamántia bordado en oro y lo dejo entrar al baño para empezar a arreglarse.

Vestirme de príncipe no lleva tanto tiempo, pero el uniforme ceremonial blanco con detalles dorados parece cargar el peso de toda la historia del reino sobre los hombros. Un contraste casi absurdo si pienso que nuestra primera boda fue en Las Vegas, con América usando algo sencillo, un velo barato y yo llevando el traje más común de mi colección. Aquella noche… no teníamos nada más que a nosotros dos.

—Lucius, ¿puedo entrar?

Reconozco la voz antes de ver el rostro. Abro la puerta y encaro a uno de mis hermanos mayores, también ya vestido con el traje real.

—No sé si ya lo sabes, pero… voy a entrar con tu novia. Idea de Catherine —informa Lindon.

—Está bien. Yo solo… quiero que esto suceda ya —respondo, sin rodeos.

Él me analiza con esa mirada clínica de hermano mayor. Luego baja los ojos.

—Todavía no te pusiste las botas.

Miro mis pies. Sí, punto para él.

—Ya casi.

En ese momento, Liam aparece en la puerta. Y, como si lo hubieran ensayado, Alex sale del baño con ese aire despreocupado de siempre.

—Buenas noches, familia Stell —dice, como quien entra en su propia casa.

Natural. Creció conmigo. Todos aquí lo conocen y él conoce a todos.

—Hola, Alex —saluda Lindon.

—¿No eras tú el que debía estar ayudando al novio? —pregunta Liam, arqueando una ceja.

—Ya hizo gran parte del trabajo solo —responde Alex, con una sonrisa de lado.

—Lucius, ¿y la corona de América? —pregunta Lindon, de repente serio.

Mierda. Me estaba olvidando de eso.

—Ya resolví eso —dice Alex—. Traje unos modelos, pero la seguridad los retuvo.

—Pediré que los traigan. Eso debe estar resuelto. No puede haber imprevistos hoy.

Sus palabras me golpean hondo. El recuerdo de la noche anterior, los riesgos, la tensión… todo se acumula en mi pecho. La boda está sucediendo. Ahora.

Me refugio en el baño, no exactamente para terminar de arreglarme, sino para intentar controlar la respiración.

Incluso ahí, escucho claramente la conversación afuera.

—Alex, ¿de verdad se va a casar? —pregunta Liam, con esa voz cargada de incredulidad fraterna.

—Sí. Con toda certeza. Está completamente enamorado de América —responde Alex, sin dudar.

—Liam, hoy termina oficialmente la fase más irritante de nuestro hermano menor —comenta Lindon, y puedo imaginar la sonrisa irónica en sus labios.

Ellos se echan a reír.

—Tenemos que celebrar esto en grande —añade Liam.

Cierro los ojos un instante, respiro hondo y encaro el espejo.

Hoy es el día. Y nadie, absolutamente nadie, va a quitármelo a mí y a mi América.

***

Ya falta poco, pero… solo la familia real permanece de pie en las ceremonias y por eso hasta Alex y las amigas de mi novia están sentados, esperando. Catherine está a mi lado, mirándome con orgullo. Igual que mi madre, que antes de entrar me acarició el rostro, emocionada por ser mi día.

Entonces, como un llamado del viento, la música comienza a sonar y América camina hacia mí. Hermosa. Absolutamente hermosa. Está con mi hermano a su lado, pero no consigo dejar de mirar a la mujer que amo desde que tenía diecisiete años.

La única que me marcó y que, aun con todos los obstáculos de nuestra historia, es mi eterna certeza. Ella es mi Serena y yo soy su Confusión eterna.

—Cuida bien de la chica, Lucius —dice Lindon, entregándome la mano de América y yendo al encuentro de su esposa.

Un sacerdote de Diamántia dirige nuestra ceremonia que… para mí, tarda incluso demasiado en concluir. Pero mi alegría comienza cuando escuchamos:

—Los declaro marido y mujer.

Entonces beso a mi América antes de que tengamos la ceremonia de coronación.

Yo escogí la más hermosa y delicada para ella. Con pequeñas piedras de diamante sumadas a zafiros azul claro que se asemejan al color de sus ojos.

Lo que no puedo dejar de admitir es que Alex acertó con las opciones, aun sin conocer realmente a mi esposa.

—Lucius, ahora lee el término de coronación.

Miro el texto y le hablo a América:

—Yo, Príncipe Lucius Stell, heredero al trono de Diamántia, te declaro, América Feitag Stell, como mi princesa consorte. Hoy y para siempre.

Coloco la corona en su cabeza al sonido de los aplausos de la audiencia.

—Hasta la eternidad, Serena —susurro en su oído, antes de besarla.

—Para siempre, Confusión —responde ella, devolviéndome el beso.

Entonces salimos del salón y comienzan las sesiones de fotos para la posteridad. Toda la familia real posa y, en verdad, somos muchos.

Por supuesto que mi madre y mi padre se colocan al centro y los demás matrimonios se ordenan por nacimiento: Liam y Wendy,

Lindon y Caty, James y Lindsey y, por último… yo y América.

Después vienen los niños. Que ya no son tan niños. Aidan y Sabrina, los mayores, son casi adultos y los hijos de mis hermanos se alinean al frente de sus padres. La familia sigue siendo enorme, con muchos pequeños corriendo por ahí.

La reina Joan, claro, radiante al ver tantos nietos correteando por el salón y, sobre todo, feliz de ver que la estirpe de sus ojos azules inusuales sigue expandiéndose por otra generación.

Sobre la mía con América, aún intentaremos un heredero en nuestra luna de miel, pero si no sucede, ya me considero feliz con tener a la mujer de mi vida a mi lado.

—Ahora vamos a la mejor parte de la boda —dice Lindsey, acercándose con una sonrisa que nunca anuncia nada bueno.

Reconozco esa mirada.

Está por comenzar la humillación pública oficial de mi infancia.

Ser el benjamín de una dinastía tiene sus privilegios. Pero también tiene un precio.

Y ese precio es tener tres hermanos mayores que recuerdan cada detalle ridículo de tu vida… y que adoran repetirlos en voz alta.

—No sé si saben esta historia —empieza Lindon, con ese tono de quien va a echar la última palada de tierra sobre el ataúd de mi dignidad—, pero nuestro querido príncipe Lucius tiene unas perlas inolvidables.

Ya viene.

—Recuerdo perfectamente cuando creó una banda real de un solo hombre. —ya se está riendo antes de terminar—. Tocaba corneta, golpeaba tambor y cantaba un himno en honor a Clementine.

Pausa dramática.

—Clementine era una muñeca de Lindsey. Pero él se la adueñó porque decía que era "demasiado bonita para ser de mentira".

Las risas estallan por todos lados, incluida mi esposa.

Y, como era de esperar, Lindsey entra en la conversación como quien está a punto de ganar un premio nacional.

—Siguiendo con Clementine, que se quedó aquí en el palacio, recuerdo muy bien cuando él organizaba fiestas de té para ella y la llamaba princesa verdadera, mientras decía que yo y mis hermanos éramos impostores de sangre azul.

Me inclino hacia América, que intenta disimular la risa, pero está claramente disfrutando a mi costa.

—Amor mío, solo tú eres mi princesa —le susurro—. Ellos no valen nada. Te lo juro.

Ella ríe tanto que ni siquiera logra defenderme y… ni yo mismo puedo.

—¿Y se olvidan de la fase de los calcetines? —añade Liam, entrando triunfante en el tribunal de recuerdos vergonzosos.

A estas alturas, el nivel de bochorno ya alcanza proporciones históricas, porque hasta mi hermano mayor, que es el rey en ejercicio, quiere contar anécdotas sobre mí.

Entonces, mis hermanos se ríen a carcajadas, mis cuñadas aún más, y mis padres observan en silencio cómplice, con expresiones serenas de quienes disfrutan con el sufrimiento del hijo menor.

—Lucius Stell no usaba calcetines combinados —continúa Liam, con aires de juez implacable— porque decía que un príncipe de verdad debía desafiar las expectativas visuales de la monarquía.

—Hijo, aún recuerdo a tu padre mandándote quitar esos calcetines de dinosaurio para la cena con el cónsul de Terramara —

comenta mi madre, la reina Joan, con la naturalidad de quien narra el menú del día.

—¿Hasta usted, madre? —replico, con indignación digna de veto en el consejo real.

La explosión de risas es general.

A lo lejos, veo a Alex rondando el salón y ya sé que está cazando a alguna desprevenida dispuesta a calentar su cama. Mientras tanto, mi pasado sigue siendo revelado a mi esposa y a los invitados sin mi consentimiento y ni sé a qué hora va a parar esto.

Algunas perlas, América intenta intervenir, y me enamoro otra vez de ella por estar a mi lado.

Después de que se cansan —y yo también—, decido invitar a mi esposa a un baile lento. Y mientras giro a mi princesa en el salón, veo a mi cuñada conversando animadamente con uno de los oficiales de Diamántia. Sería bueno para América que su hermana, que va a vivir con nosotros, también tuviera su propia familia con alguien de nuestro pueblo después de todo. Solo ruego que suceda, y pronto.

Finalmente, llega el momento de irnos. Las despedidas son largas, cargadas de abrazos, consejos y bendiciones.

Nos dirigimos al aeropuerto, rumbo al destino donde iniciaremos el tratamiento. Un lugar lejos de todo. Donde quizá ocurra nuestro milagro.

Pero hay algo que sé:

Si depende de mí, mi América cumplirá cada sueño que guarda en su corazón.

Uno por uno.

Capítulo 27

América

Cuatro meses después…

Ya he perdido la cuenta de cuántas pruebas he comprado, pero conmigo... todavía no ha funcionado.

Acabamos de descubrir que una de mis amigas, Grace Anderson, se quedó embarazada de un desconocido la noche de mi boda con Lucius, pero aún no hemos descubierto la identidad del padre. Solo sabemos que es "Guapo, bueno en la cama y con una gran polla".

Pero, en este momento, mi mayor deseo es que esta vez aparezcan dos rayitas en la prueba y no solo una como siempre.

—América, abre la puerta —escucho la voz de Lucius, firme, al otro lado.

Quito el pestillo nerviosa y él me ve con los ojos llenos de lágrimas.

—Amor, yo...

No me deja terminar la frase y me abraza con fuerza y ternura.

—América, por favor, no te hagas esto porque me mata cada vez que veo la decepción en tus ojos.

—Lucius, yo quiero mucho darte un hijo…

—No te estoy pidiendo eso, amor —me sujeta el rostro, como si me obligara a mirar dentro de su alma—. Sabes que mi corazón es tuyo. Si es para no tener hijos, entonces que no los tengamos. Te amo así. Entera y suficiente.

Asiento con la cabeza, porque tiene razón. Todos los meses me lleno de expectativa por un resultado positivo que nunca llega. Ya me he hecho exámenes, he consultado médicos y nada indica el motivo por el que no consigo quedarme embarazada.

Confieso que, en secreto de la corte, ya he hecho muchas simpatías, tés, centré nuestras relaciones en las fechas de ovulación, pero aun así, no ha funcionado.

El tratamiento caro que hicimos hace meses solo sirvió para otra frustración. El problema es que sé muy bien que mi marido no aguanta más verme sufrir.

—Prométeme que esta será tu última prueba —me pide.

—Lucius…

—América, voy a tirar esas cajas que escondes en el armario y no quiero volver a oírte hablar de este asunto, mi amor. Entiende que, si tiene que suceder, sucederá.

Me limpia los ojos.

—Si algún día quieres adoptar o elegir un vientre de alquiler en otro país, lo haremos, pero no te hagas más esto. A nosotros. Porque te amo y no quiero verte así.

Asiento con la cabeza, abrazándolo, pero mis ojos se desvían hacia la prueba que acabo de hacer y que, lamentablemente, da la misma respuesta de siempre. Otro resultado negativo.

—Está bien, amor. Puedes tirarlo todo —le digo.

***

—¡América, el bebé de Grace está naciendo! —grita Amber en cuanto vuelvo junto a ella, en medio de la panadería, sosteniendo un vaso de zumo de naranja, que parece ser lo único que me baja desde que llegué a Estados Unidos.

Solo vine para ayudar a mi amiga loca a no perder al novio, que también es el padre de su hijo y al que ama demasiado, pero que pasó por muchos traumas en el pasado para poder confiar fácilmente en un hombre.

Y él... no es nada menos que el mejor amigo de mi marido, Alexander Vanderbilt, hijo del juez y nieto del exgobernador de Nueva York.

—¿Pero cómo? ¿La dejamos con Alex hace menos de una hora? —exclamo.

—No lo sé, pero tenemos que ir al hospital, amiga.

Salgo con la llave del coche de Grace rumbo al hospital. Paramos en el estacionamiento y la secretaria de mi amiga, sus padres y su suegra están aquí.

—Señora Alisson Delacroix —la llamo, intentando parecer tranquila—. ¿Ya hay alguna noticia?

Ella niega con la cabeza.

—Aún nada. Solo estamos esperando que mi nieto Frederic nazca bien y sano.

Amber se acerca y me toca el brazo.

—Amiga, ahora toca esperar —dice Amber—. Yo voy a llamar a Henry para que recoja a los niños en la escuela.

Asiento y empiezo a caminar por los pasillos, esperando que alguien nos cuente algo. Estamos en el sector de maternidad, en el que tanto soñé entrar algún día.

Fueron momentos tensos, hasta que realmente desistí de que algún día tendría un bebé dentro de mí. Realmente le pedí a Lucius que donara las pruebas a la farmacia pública de Diamántia. Han pasado cinco meses desde que dejé de hacerlas y... he vuelto a ser feliz con mi marido.

Loreta también se alegró con mi decisión y dice que me apoya, sea o no tía algún día. Hablando de familia, mi madre está de vuelta en Nueva York, nunca más intentó hablar conmigo, pero siempre que puedo le mando un cheque con una cantidad significativa para mantenerla.

Mi hermana, sin embargo, nunca más la buscó. Me dijo que se sintió demasiado dolida con la noticia de que su padre era un traidor y que aún no se siente preparada para hablar con ella.

La entiendo demasiado; si para mí, que todavía no era princesa, fue duro, imagina para mi hermana que nunca eligió nacer y ahora sabe que lleva esa descendencia.

Otro hecho es que ahora Loreta se está preparando para elegir su universidad. Según ella, irá a Roma; la familia real la ayudó a entrar y, aun con el gran parecido con la princesa loca, nadie habla de su pasado ni la trata mal por ser mi hermana.

Sobre la cuestión de que yo sea princesa, lo que pasó fue que me cobraron un heredero, pero Lucius siempre dice que eligió no tener hijos y que yo acepté. Sabemos que no es verdad, pero... es mejor que el pueblo de mi tierra piense así.

Hasta que veo en el mural del hospital lo siguiente:

"Método revolucionario"

Realice su sueño de tener un hijo.

Un nuevo tratamiento que permite a mujeres consideradas estériles dar a luz a niños sanos y perfectos en poquísimo tiempo.

En caso de querer saber más, acceda a la página web.

Ya he visto esto muchas veces y ya intenté muchos métodos, pero... al Dr. Ezra Beaumont nunca lo había escuchado nombrar.

—¿Curiosa sobre el procedimiento?

Un médico me aborda en el pasillo.

—¿Qué? —pregunto.

Se acerca y confieso que es un hombre guapísimo, del tipo que Grace, antes de conocer a Alex, diría: Dios mío, ¿dónde está la fila del infarto?

—Lo normal es que las mujeres se queden mirando a los bebés en la nursery, pero como no es lo que está haciendo…

Sonrío, amarga.

—¿Tan evidente así?

Él se mete las manos en los bolsillos de la bata.

—Es solo mi experiencia —me tiende la mano—. Soy el Dr. Ezra Beaumont, especialista en fertilidad del hospital.

Acepto su saludo.

—Soy América Stell.

—Familia Stell…

—Soy princesa de Diamántia —completo enseguida.

—Vaya. ¿Qué hace tan lejos de su reino? ¿Y sin seguridad?

—Mi amiga está dando a luz y... estamos esperando.

Me observa un segundo y dice:

—Está claro que también querría vivir algo así y creo que podría ayudarla a usted y a su marido a cumplir ese sueño.

Ya escuché muchas promesas de que podrían hacerme madre, pero no sé por qué, el Dr. Ezra me transmite la seguridad de que realmente conseguiría ayudarme con mi sueño y…

De la nada, me viene un hipo que más parece un eructo. Muy elegante estoy yo para ser princesa, ¿verdad?

—Perdón. Es que... acabo de llegar y... estoy un poco rara.

—¿Quiere ser evaluada? —pregunta.

—No —respondo—. Es solo el jet lag, pero en breve estoy de regreso a Diamántia.

Él me extiende una tarjeta.

—Pero, si quiere intentarlo... estaré aquí, princesa.

—Gracias. Hablaré con mi marido.

Me alejo y justo entonces avisan que el bebé Fred nació.

Es tan hermoso y tiene los ojos grises de los Vanderbilt. Es tan pequeño que... despierta en mí, nuevamente, el deseo de tener mi propio bebé.

Entonces, hago una videollamada para que Lucius participe en este momento de nuestros amigos.

—Amor, necesitamos urgentemente tener el nuestro —le digo a Lucius más emocionada que nunca y segura de que esta vez funcionará.

Él me mira, medio confundido, pero como siempre, me apoya.

—Es solo que vuelvas y empezamos nuestro entrenamiento —responde Lucius.

Y este es el hombre con el que me casé. El que me hace feliz y cumple mis sueños.

Me quedo un tiempo mimando a Fred y pido que me busquen un vuelo de regreso. Más tarde, me despido de mis amigas, en especial de Grace, y emprendo el regreso a casa.

***

Nunca tuve un viaje en el que me sintiera tan mal. Vomité durante todo el vuelo y llego a casa fatal, pálida y mareada.

Lucius se preocupa mucho cuando me ve, pero solo con sentir el olor de su perfume, las náuseas aumentan hasta el punto de echarlo todo en el jardín de la entrada.

—América, vamos a llevarte al médico ahora mismo…

—Necesitas darte una ducha y quitarte ese perfume, Lucius. No voy a poder estar cerca.

—Está bien, pero espérame.

Asiento con la cabeza y sigo hacia el baño de la planta baja. Loreta está en clase y solo vendrá en Navidad, que no está tan lejos. Así que estamos solo nosotros dos y los empleados de la casa.

Después de unos diez minutos, él aparece y me ayuda a ir al hospital. Llegamos y nos atienden en cinco minutos, claro que la realeza tiene prioridad.

Me examinan y piden información. Todo empezó hace unos tres días, desde que decidí salir de casa para ir detrás de mi amiga, que estaba deprimida en la cama por haber terminado con el novio.

Me hacen análisis de sangre y noto a Lucius preocupado a mi lado.

—Amor… —lo llamo, y él fuerza una sonrisa que no llega a sus ojos.

—¿Vas a estar bien, Serena?

—Quiero que tú tampoco estés tan nervioso.

Le toco el rostro.

—Como… no hay posibilidad de que sea un bebé… —afirmo con pesar—. Debo de tener algún virus.

Él sonríe de lado, me abraza y me besa la frente.

—Todo va a estar bien, Serena.

—Majestad, tenemos los resultados —uno de los médicos nos llama.

Sigo, aún con náuseas, hasta el consultorio y me siento al lado de Lucius.

—Hicimos todos los exámenes con la princesa y uno de ellos fue concluyente —coloca uno con el escrito Beta-HCG y el resultado positivo.

Claro que sé lo que es, pero... mis ojos se llenan de lágrimas, de una felicidad que no me cabe en el pecho.

—¿Pero qué…? —pregunta Lucius.

—¡Amor, estoy embarazada! —exclamo exultante antes incluso de que el médico concluya.

Las lágrimas empañan mis ojos, pero estoy tan feliz.

—¿Esto es verdad? —él mira al médico, pidiendo confirmación.

—Aquí, majestad —le entrega el examen a Lucius—. Van a tener un bebé.

Me levanto y beso a Lucius, que me sostiene con todo el cuidado del mundo.

—¿Estás embarazada, América? ¿Vamos a tener a nuestro hijo? —está tan emocionado como yo.

—Sí, amor —coloco la mano en mi vientre—. En breve tendremos a nuestro príncipe o princesa.

Capítulo 28

Lucius

Algunas semanas después…

Ya no imaginaba que todavía pudiéramos tener un hijo y por eso mis hermanos me están fastidiando, diciendo que mi temporada de luna de miel sin fin se acabó.

Estoy exultante, pues tendré un hijo con la mujer que amo. Jamás se lo exigí, claro, pero la felicidad de que vayamos a tener un bebé cambió toda nuestra rutina. La noticia ya llegó incluso a mi cuñada y también a todos nuestros amigos que están en Estados Unidos.

Todos están emocionados, pero América y yo aún más, porque fueron casi tres años con un deseo que durante mucho tiempo pensamos que nunca se cumpliría.

Lo que me quita el sueño son las náuseas de América; ha dormido muy poco y comido aún menos. El médico real, que hizo el control prenatal de mis cuñadas y de mi hermana, dijo que es normal, pero hoy estamos de camino al primer ultrasonido.

Debió haberse hecho la semana pasada, pero América se sintió muy mal y pedí que lo cambiaran para hoy.

—¿Cómo te sientes, amor? —pregunto, por quinta vez solo hoy.

—Estoy bien —América se acaricia el vientre—. Sé que estas náuseas son solo mi cuerpo adaptándose… que hay un bebé formándose aquí dentro, como siempre quise.

Solo con verla feliz, me siento bien.

Yo sabía de su deseo, pero no quería que sufriera por un sueño que parecía que jamás se realizaría. Entonces, cuando menos lo planeábamos, nuestro hijo está en camino.

—¿Este examen es largo? Porque me está empezando a dar náuseas otra vez —pregunta ella.

Suspiro.

—Si quieres, lo cancelo y…

—No, amor —me pide, sonriendo—. Tengo curiosidad de ver a nuestro hijo. Saber si está todo bien y que él o ella se esté desarrollando bien.

Coloco la mano en su vientre.

—¿Segura?

Ella asiente y me besa con deseo.

—Te amo tanto, Lucius.

—Yo más aún, América.

Y en ese momento nos llaman para el examen.

Ella se pone una bata y el médico explica cómo será la visualización de nuestro bebé. Es atento. Hasta que de repente, agarra un maldito pedazo de plástico de casi treinta centímetros, coloca un preservativo en la punta y…

—¿Qué coño es eso? ¿Dónde piensa meterlo? —suelto, en un tono que roza la amenaza—. No será en mi mujer embarazada, ni de puta broma.

Él suspira en medio de sus no sé cuántos años de experiencia, ajusta las gafas y sigue hablando.

—Majestad, por favor. Este es el transductor para la ecografía transvaginal. El feto todavía es muy pequeño. Solo así conseguimos visualizarlo con precisión.

América me sujeta del brazo antes de que reviente la silla donde estoy sentado.

—Amor, calma. Eso no entra entero en mí. Es un procedimiento común, ya sabía que sería así. Está todo bien.

Respiro hondo, mirándola. Aunque incómoda, América está tranquila. Confiada.

Pero la idea de ese maldito consolador médico invadiendo el cuerpo de mi esposa embarazada de mi hijo me saca de quicio.

—Si eso te hace daño, juro que cancelo toda esta mierda y te llevo a…

Ella sonríe, intentando calmarme.

—Todo va a estar bien. Te lo prometo.

Vuelvo a sentarme, con los puños cerrados. Observo cada movimiento del médico como si estuviera a punto de atacar a un criminal que ofendió a la corona de Diamántia.

Él comienza el examen. Y cuando la imagen aparece en la pantalla…

Todo cambia. En una imagen no tan nítida como podría ser, y con sonidos, se ve a mi hijo. Pero la imagen parece replicada, porque hay otra debajo.

—Majestad… hay algo que debo mostrarles.

—¿Qué pasó con mi bebé? —pregunta América, asustada.

—Calma. Está todo bien, pero…

—¿Pero qué? —pregunto.

El médico gira la pantalla y empieza a mostrarnos tres imágenes diferentes en la pantalla… que también se mueven, pero no como un espejo.

—¡Ay, Dios mío! —exclama América, sonriendo y llorando al mismo tiempo.

—Son trillizos, majestades —aclara el médico.

—¿Son tres bebés? —mi esposa susurra, mientras yo intento recuperar el aliento.

Joder. No es solo un hijo. Son tres de una sola vez.

Suelto una risa nerviosa. Una risa que mezcla desesperación, alivio, incredulidad y muchísimo amor por mi esposa.

—Tres, América. Joder… vamos a tener TRES hijos.

Ella me mira como si estuviera entre reír y desmayarse.

—No sé si gritar, llorar o salir corriendo de aquí.

—No vas a correr, amor. —Le tomo la mano y la beso—. Pedí tanto un milagro para nosotros que… creo que el universo se pasó un poco con la dosis.

Se me llenan los ojos de lágrimas de alegría. Porque mi familia, que antes éramos solo nosotros dos, en breve seremos cinco.

***

—Por lo que he recopilado, tenemos toda la información cartográfica de Diamántia y la región —les digo a mis hermanos Lindon y Lucius.

Ellos evalúan mi trabajo.

—El benjamín de la goleada tiene razón, Liam —comenta Lindon, ironizándome.

Desde que se supo la noticia de que seremos padres de trillizos, gané el apodo de Benjamín de la goleada, porque ninguno de mis hermanos consiguió trillizos y yo… después de tanto tiempo intentándolo, logramos de manera natural tener tres.

—Hablando de eso, necesito irme, porque América está a punto de dar a luz a mis niños.

—Claro, puedes ir —dice Liam—. Avísale a América que, si quiere ayuda, Wendy se ofreció. Tenemos experiencia con gemelos y… un bebé más no será tanto problema.

—Gracias, hablaré con ella en cuanto regrese a casa.

Sigo, dejando mi trabajo porque el parto de mis hijos está muy cerca y les dije a mis hermanos que quería pasar el máximo de tiempo posible con mi esposa. Ellos lo aceptaron y se pusieron a disposición en la línea de la realeza.

Camino saliendo del palacio y, por distracción, termino chocando de frente con Ingrid.

—Hola, primo —me saluda—. ¿Cómo está la princesa?

Todos saben del embarazo de América. Es el tema más comentado y que refuerza que Diamántia es la tierra de los embarazos múltiples, así que no entiendo bien su pregunta.

—Va bien, pero… ¿dónde estabas? Hace tiempo que no te veo.

En realidad, un poco antes de mi boda con América fue la última vez que escuché su nombre. Se comprometió con alguien, pero… nunca llegó a nosotros la noticia del casamiento. Y como mi preocupación era mi esposa, no pregunté.

—Yo… enviudé —declara, mostrándome la alianza.

—Mis condolencias.

—Gracias, pero… ¿la familia? ¿Está bien? ¿Tu suegra, tu cuñada…?

Es muy extraña esta conversación, pero… debe ser mi imaginación. Aun así, mejor no seguir con ese asunto.

—Todos están bien, pero… necesito irme a ver a mi esposa.

Paso junto a ella y sigo hacia casa, pero antes de salir, percibo una sonrisa en sus labios que me provoca escalofríos.

En cuanto cruzo la puerta de mi casa, encuentro a América en el sofá del salón, viendo televisión acompañada de su hermana, Loreta.

Mi cuñada, que decidió tomarse un año sabático, dijo que se quedará aquí hasta un poco después del nacimiento de los sobrinos. Luego, nos avisó que quiere cumplir el sueño de viajar por el mundo y, por supuesto, apoyé su deseo.

Loreta sufrió tanto por haber perdido el contacto con la madre, que ya no volvió a buscar a las hijas, y hoy hago lo que puedo para ayudarla. Ese affair que tuvo en la boda duró pocos meses, pero hoy quiere estudiar y llegar a ser alguien. Está estudiando cálculo y sé que será muy buena en ello.

—He llegado, familia.

—Hola, cuñado.

—Amor, tráeme una botella de agua. Se nos acabaron y hace bastante frío.

Hago lo que mi amada pide y luego le doy un beso en los labios.

Me siento en sus piernas y pongo la mano en su vientre hinchado, sintiendo los movimientos de nuestros hijos. América casi no camina, pero está tan radiante como feliz con las vidas que crecen dentro de ella.

—¿Volvemos a la votación de los nombres? —pregunto.

—¡Sí! —exclama mi cuñada, levantándose—. Como son dos niñas y un niño, mi idea es Alec, Alisson y Abigail.

—Alisson es el nombre de la suegra de Grace, ni pensarlo —dice América.

—¿Pero por qué todos con A? —pregunto.

—Ya hay demasiadas L en la familia, Lucius —rebate mi esposa.

—Sí, pero somos los Stell. La familia es enorme —concuerdo —. Pasemos a otras letras. ¿Qué tal Peter, Paige y Pilar?

Se quedan mirándome.

—Me gustó —empieza mi cuñada—. Son cortos y bonitos.

—A mí también —afirma América, sonriendo y acariciando su vientre—. Entonces, se llamarán Peter, Paige y Pilar.

Los siento moverse en señal de acuerdo.

—Falta muy poco para que lleguen y no aguanto la ansiedad —comenta América.

—Tranquila, que según comentó Wendy, en breve tú y yo ya no vamos a dormir.

Reímos.

—Yo voy a ayudar en lo que pueda, chicos —promete mi cuñada.

—Será de gran ayuda, pero… ya contratamos niñeras para que nos ayuden en cuanto nazcan. —América me toma de la mano —. Sin embargo, familia es familia.

***

Estoy durmiendo con el espacio limitado, cuando soy despertado por mi esposa.

—Lucius. Está pasando algo extraño.

Abro los ojos, aún somnoliento.

—¿Qué fue, amor?

Ella muestra dolor al intentar incorporarse y eso me despierta por completo.

—Serena, ¿tú crees que…? —pregunto.

América asiente con la cabeza.

—Ya estoy en el período de parto, vayamos al hospital porque siento que será hoy.

Me acomodo rápido y agarro su bolsa y las de los niños, llevándolas al coche que había dejado preparado para el día del nacimiento de nuestros hijos.

Llegamos al hospital y, como todos estaban en aviso sobre el parto de la princesa, no tardan en llevarla a la sala de partos. Nuestro plan era un parto natural, pero decidimos que, por la complejidad de ser tres niños, sería una cesárea.

Gracias a Dios, todo sucede de manera tranquila: nace nuestro niño, Peter, luego una niña y después la otra. Nos emocionamos al mirar los rostros de nuestros bebés milagrosos y, en poco tiempo, ya estamos en la habitación.

—Mis mayores riquezas, mis hijos hermosos —dice América, tocando las cunas—. No imaginan cuánto esperó la mamá para que ustedes estuvieran aquí.

Le beso la frente a mi esposa, muy agradecido por tener esta hermosa familia.

—Tú y nuestros hijos son la razón de mi felicidad, Serena.

—No imagino mi vida sin ti en ella, Confusión.

Ella me besa con todo el sentimiento que tenemos y que cultivamos durante todos los años que llevamos juntos. Porque nuestra historia no empezó ayer, sino cuando éramos adolescentes. Fuimos los primeros el uno del otro, las circunstancias nos alejaron, pero el destino nos volvió a unir.

Fuimos entre tropiezos y aciertos, hasta reavivar aquella antigua llama que hasta hoy arde intensamente en nuestros corazones.

Yo siempre fui de ella y sé que… en lo profundo de mi esposa, ella siempre fue mía.

—¿Por qué me miras así, amor?

—Estoy admirando a la mujer de mi vida, en medio de sus tres hijos que también son míos.

—Yo también te amo, mi príncipe Lucius Stell.

Capítulo Bônus

Loreta

—¡ES ELLA! —gritan algunos hombres, corriendo en mi dirección.

Tardo en entender lo que está pasando y solo entonces suelto mi bolso y salgo corriendo por las calles de una tierra que apenas conozco.

—¡Auxilio! —grito, pero nadie me responde.

Intento entrar en una casa, pero antes de alcanzar el picaporte, dos hombres me sujetan, levantándome del suelo y alejándome a la fuerza, ignorando totalmente mis protestas.

—Eres tú, la hija bastarda de Daxton Bennet.

¡Que Dios tenga piedad de mi vida!

Epílogo

América

Semanas después…

—Amor, dime que pediste que compraran los pañales de los niños —le pregunto a Lucius en cuanto lo veo pasar por la puerta.

—¡Joder!

Cierro los ojos, respiro hondo y cuento hasta tres.

No sirve de nada, porque el caos es la nueva rutina.

Pues, aunque haya cumplido mi sueño, es una verdadera locura cuidar de tres recién nacidos. Confieso que no sé lo que es darme una ducha en condiciones desde hace días y siempre que uno de los pequeños duerme, otro se despierta, y normalmente es nuestro niño.

Bromeo diciendo que Peter salió al padre: terco, intenso y siempre exigente, pero aún es pronto para confirmar esa teoría genética. En cuanto a mis niñas, Paige y Pilar, que son rubiecitas como yo, son más tranquilas.

¿Qué tienen los tres en común? Hambre. Mucha hambre. Todo el tiempo. Y yo… quedo completamente agotada, incluso teniendo empleados y amigos de la realeza para ayudarme.

Por lo menos, en el baño y en los cambios de pañales los empleados colaboran, pero en la hora de amamantar, es mi momento con mis bebés. Es doloroso, porque mis pechos aún se están acostumbrando, pero también es mágico. Es cuando siento el vínculo más profundo de la maternidad.

El momento en que acaricio sus cabecitas, viendo sus mejillas sonreír mientras maman de mi pecho, es cuando me siento

más feliz y tengo la absoluta certeza de que daría mi vida por el bien de cada uno de esos tres bebés.

—Voy a mandar a alguien a comprar un paquete de pañales ahora mismo, amor.

Lucius se acerca a mí, jugando con la manita de Peter, que está en mis brazos, y luego me da un beso.

—Cuida de mamá que papá va a llamar para resolver los problemas de los pañales de la realeza —dice, haciéndome reír.

—Sigues siendo un tonto, Confusión.

—Porque me encanta hacerte sonreír, Serena.

Me da otro beso y se aparta para hacer una llamada, mientras nuestras princesas duermen.

—Hola, Peter —dice mi hermana, tomando a mi bebé de mis brazos—. Qué príncipe más hermoso —declara, sonriéndole, mientras él siempre sonríe a su tía.

—Va a extrañarte —comento, cruzando los brazos.

Ella tuerce los labios.

—Pero será por poco tiempo —afirma—. Tengo muchísimas ganas de ver crecer a estos tres y debo darte la razón, hermana: Peter se parecerá mucho a su padre.

Sonrío, feliz.

—¿Ya tienes todo listo? —pregunto.

Ella señala una maleta y la mochila grande que le regalé en su último cumpleaños.

—Ahora solo falta tomar el coche, ir al aeropuerto y vivir.

Loreta está más feliz que nunca la había visto. Siempre quiso conocer el mundo, pero era muy joven y nuestra madre no se lo permitía.

Hablando de ella, doña Úrsula Feitag está tranquila y bien en el interior de Nueva York. No habla con nosotras, pero jamás rechazó los cheques que le mando todos los meses para que se mantenga.

Sin embargo, mejor no hablar de esa situación. Loreta va a vivir su sueño. ¿Patrocinada por un príncipe real de Diamántia? Totalmente, pero mi marido aprecia mucho a mi hermana y, de alguna manera… la ve como a la princesa Caty, que aún es nuestra vecina. Claro, sin las locuras del pasado, porque mi hermana es mucho más reservada, pero es una buena chica.

Al contrario de mis amigas, a quienes extraño tanto, ya que viven tan lejos. A Grace todavía la veo un poco más seguido, gracias a la cercanía entre Lucius y Alexander, que son amigos. Amber y Henry, en cambio, están algo más distantes por ahora y solo nos encontramos en verano. Y cuando eso sucede, es una fiesta.

—Voy a dar un beso a mis sobrinas —dice, pasando junto a mí y hablándole a las bebés, que aún duermen—. No crezcan demasiado porque la tía volverá pronto a verlas, princesas.

Un poco después llegan los pañales y también el transporte de Loreta, que va a viajar por el mundo, pero insistió en hacer su primera parada en Estambul. Lucius le dejó una reserva financiera bien generosa, pero ella dijo que solo la usará en caso de última necesidad.

Loreta aún teme que descubran lo de su padre y, por eso, dijo que pasará este "año sabático" viviendo de manera simple y lejos del lujo de la realeza. Eligió hoteles en las ciudades a las que irá y está muy curiosa por conocer gente diferente en las tierras que visitará.

—Ha llegado mi momento, familia —dice, abrazándome.

—Cuídate, ¿sí? Y si sientes algo…

—Tomar mi medicamento —declara, sonriendo—. Ya lo sé todo, mamá. Todo saldrá bien.

Lleva la maleta hasta la puerta.

—Y ustedes dos… compórtense, porque no quiero volver y enterarme de que hay otros tres sobrinos en camino.

Lucius ríe, abrazándome, pero como siempre, con su faceta de descarado, ya empieza:

—No puedo prometerte eso, cuñada. Tu hermana es del tipo que…

—¡Ahórrame los detalles sórdidos! —lo interrumpe, sonrojándose levemente y sonriendo—. Me voy… y los voy a extrañar mucho.

—Hasta pronto, Loreta.

—Hasta, América.

Sale por la puerta y, como me he vuelto una llorona después de dar a luz, las lágrimas me suben a los ojos.

—No estés así, amor. Loreta estará bien.

—Es lo que más deseo —digo, abrazándolo.

—Entonces, ¿por qué no aprovechamos que… en la casa solo estamos tú, yo y los empleados que cuidan de nuestros pequeños, y vamos a nuestra habitación?

Sonrío y pienso de manera muy simple.

¿Cómo decirle que no a un príncipe seductor y descarado que además es el marido al que amo con locura?

—Solo si no tardas demasiado —le pido, sintiendo cómo su mano desciende hasta mi cintura.

—No me pidas eso, Serena. No puedo hacerlo rápido y lo sabes muy bien.

Se me escapa una sonrisa, pero antes verifico que haya tres personas cuidando de nuestros bebés y solo entonces lo sigo hasta nuestra habitación, en nuestra maravillosa casa llena de alegría.

En pocos minutos, ya estamos amándonos apasionadamente, y lo que puedo afirmar es que, aunque mi matrimonio haya sido por accidente, fue el mejor acaso de todos los tiempos.

—Me vuelves loco, Serena —dice, tomándome en sus besos ardientes.

—Quiero todo de ti, Confusión. Para siempre.

Epílogo

Lucius

Años después…

—¡Papá, ayúdame! —mi hija, Paige, me toma de la mano, llamándome hacia el parque donde está reunida la familia real.

—Vamos, princesita de papá —le digo, cargándola en brazos.

Fueron años tensos desde que la monarquía de Diamántia fue cuestionada. Tuvimos períodos intensos, en los cuales Aldonora y Safovia tuvieron que ayudarnos para poder enmendar nuestros errores del pasado y seguir adelante.

No fue fácil, pero hoy la paz está restablecida nuevamente. Las revueltas terminaron y nuestros niños crecen tranquilos. Hubo momentos en que fue necesario que esposas e hijos se apartaran, pero fue breve y hoy todo está en orden.

Sin embargo, lo que más dejó huellas en mi esposa América fue el secuestro de mi cuñada, Loreta, y todo lo que sucedió después. Al menos, a pesar de todo, ella siempre tuvo el apoyo de las amigas y de la familia real, que estuvo a nuestro lado. Yo también estuve presente en cada instante y jamás la dejé desamparada.

—Vayan a hablar con papá, Peter y Pilar —América los anima, y nuestros pequeños vienen caminando hacia mí.

Mis cuatro amores, mis hijos y mi esposa.

Ella me abraza y me besa, mientras estamos en una colina que es frontera con los tres reinos: Diamántia, Aldonora y Safovia. Aquí es tierra neutral donde no puede haber conflictos y toda la realeza interactúa con tranquilidad.

En este momento, todos mis hermanos están aquí. Catherine lleva a mis trillizos a jugar y, a lo lejos, veo a quien será el próximo rey: Aidan Stell, mi sobrino que ya se ha convertido en un hombre. Es hermano gemelo de Sabrina Stell, que cada día se parece más a la reina Wendy. Sabemos que él será el próximo en sentarse en el trono, pero… ahora no es momento de pensar en ello, principalmente porque estamos en familia, celebrando nuestro nuevo feriado llamado Día de los Tres Reinos.

La fecha simboliza la unión de los tres reinos y comenzó a ser conmemorada durante aquellos años tensos que vivimos. Lo importante es que ahora… el mal pasó y podemos seguir nuestras vidas en paz.

—¿En qué piensas, Confusión? —me pregunta América, abrazándose a mí mientras contemplamos la maravillosa puesta de sol en un día de verano.

Pongo mi mano en su cintura, acercándola a mí.

—Que, incluso con todo lo que pasamos, soy el hombre más feliz del mundo. Tengo una esposa hermosa, el amor de mi vida, y tres hijos sanos que iluminan nuestros días.

Ella sonríe y me da un beso casto.

—Mi amor, ya era tuya desde siempre, pero… sabes lo que estoy pensando y lo que también extraño…

Esbozo una sonrisa ladeada, porque conozco muy bien el tono de mi fogosa esposa.

—Lo sé, pero… algo en lo que mis hermanos acertaron fue en decirme que en cuanto nacieran los trillizos, se acabaría nuestra era de luna de miel eterna.

—Sí, pero… la abuela Joan y el abuelo Henry se ofrecieron para quedarse en el palacio con todos los nietos y… tendremos un gran tiempo solo para nosotros dos.

Ella me muerde la oreja, excitándome como siempre.

—Prepárate, porque voy a pasar toda la noche follándote, Serena —le susurro al oído.

Mi esposa sonríe de un modo pícaro.

—No imaginas cuánto deseo eso, Confusión.

Entonces, me importa un carajo quién nos esté viendo, la llevo hacia un tronco de árbol poco concurrido y la beso con deseo, tocando su cuerpo del modo que sé que adora.

—Más tarde… será mucho más intenso que esto.

Ella se acomoda el cabello, respira hondo, pero sus ojos siguen clavados en mí con deseo.

—Prométeme que, incluso con el tiempo, con los años y con todo lo que aún vamos a vivir… seguirá siendo así. Siempre nosotros dos.

—¡Lo prometo! —respondo con firmeza—. Lo nuestro es para la eternidad.

Ella me besa, lento y con amor.

—Te amo para siempre, Confusión.

—Hasta el fin de nuestras vidas, Serena.

Fin.

Agradecimientos

¡El fin de una era ha llegado!

La Dinastía de Poder termina aquí, pero con el corazón lleno de gratitud por tantos millones de páginas leídas en Brasil y en el mundo con esta serie, les digo a mis amadas lectoras: ¡MUCHAS GRACIAS!

Comenzar una serie de realeza fue algo muy poco común, principalmente por situarse en la actualidad, en la era de las videollamadas, los viajes en avión, la tecnología… fue muy diferente, pero también maravilloso.

Recorrimos cuatro historias principales y tuvimos libros derivados que nos llevaron de regreso a la tierra de los diamantes. Y qué hermoso fue todo esto. Ustedes rieron, lloraron y se emocionaron con historias llenas de acción y con una trama intensa que no permitía soltar la página.

Fue precioso y solo puedo agradecer por todo el cariño hacia los hermanos Stell.

Pero les digo más… se acerca el desarrollo de la historia de Loreta, la hermana de América. Así que prepárense, porque vienen novedades candentes con una nueva trama para ustedes.

Ahora ha llegado el momento de los agradecimientos.

Primeramente, agradezco a Dios por el maravilloso don de transformar letras en hermosas historias. Historias que emocionan y encantan a personas en todos los rincones.

Y ahora, un enorme gracias a ti, mi querida lectora, que llegaste hasta aquí. Te agradezco de corazón. Es por ustedes que continúo creando más historias.

Muchísimas gracias y…

Mil besitos y hasta la próxima historia.

Sobre La Autora

Carlla Arine, brasileña y carioca del barrio de Madureira, siempre ha estado rodeada por el mundo artístico. Comenzó en el teatro siendo aún adolescente, más tarde estudió canto, desarrolló poesías y escribió guiones. Al ver sus textos representados en escena, deseó que las personas pudieran llevar su arte consigo, a sus hogares. Así fue como nació su amor por la escritura.

Su primer libro, lanzado en 2018 en formato digital, le trajo grandes aprendizajes en su nueva carrera, así como múltiples premios en la plataforma Wattpad. Sin embargo, eso fue solo el comienzo: Carlla no ha dejado de escribir desde entonces, dando vida a nuevas historias llenas de emoción, romance y personajes inolvidables.

Actualmente vive en el interior del estado de Río de Janeiro junto a su madre y sus mascotas. Carlla sigue estudiando escritura dramática y cuenta con el apoyo constante de su familia, amigos y lectores que la acompañan en cada paso de su trayectoria como autora.

Otras Obras

En Español

Serie Dinastía Del Poder

Libro 1 – Los Gemelos Rechazados por el Príncipe Mujeriego

Libro 2 – Engañada Por El Príncipe Vengativo

Libro 3 – El Bebé Del Príncipe Que Nunca Me Amó

Redes sociais

Página da Autora

@carllaarine.autora
Conta Nova!

Grupo de Leitores

@a_carlaarine

@carlaarine

Autora Carla Arine